









CHABREA ✓

MEMORIAS

FAMILIARES Y LITERARIAS

545  
2641  
1858

DEL POETA

DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA

PUBLICALAS

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES



MADRID

M C M X X V



MEMORIAS

A Don Wenceslao J. Oloeros con  
la cordial simpatía y profundo  
afecto de su amigo

M. Artigas

Madrid 7. III-26

MEMORIAS  
FAMILIARES Y LITERARIAS

PROL. MIGUEL ARTIGAS

MEMORIAS  
FAMILIARES Y LITERARIAS

MEMORIAS  
FAMILIARES Y LITERARIAS

DEL POETA

DON LUIS DE ULLOA Y PEREIRA

PUBLICALAS

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES



MADRID

M C M X X V

MEMORIAS

FAMILIARES Y LITERARIAS

DEL PORTA

400 EJ.

Número 137.

Exemo. Sr. D. Jerónimo Bécquer.



Imp. de Ramona Velasco, Vda. de Prudencio Pérez.—Libertad, 31, Madrid.

R. 186303

## PRÓLOGO

Acogiéndome a las franquicias, exenciones y privilegios concedidos a los colectores de estos volúmenes en el capítulo V de la Epístola que el señor secretario de nuestra Sociedad, Sr. Amezáa, dirigió al marqués de Laurencín, y que bien pudiéramos llamar *Carta magna* de la nueva época de los Bibliófilos Españoles, me atrevo a publicar en esta colección las *Memorias* del famoso poeta D. Luis de Ulloa Pereira, conforme a la redacción completa del manuscrito de la Biblioteca Menéndez y Pelayo (1).

---

(1) Otra redacción de estas *Memorias*, conservada en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, fué incluida por el sabio y eruditísimo investigador D. Manuel Serrano y Sanz en su libro *Autobiografías y memorias* (págs. 507-31). El manuscrito de la Nacional parece un extracto del que ahora publicamos, y es curioso observar que quien lo extractó suprimió, no sólo las poesías intercaladas, sino toda alusión a Ulloa como poeta, excepto la noticia de haber visto el borrador de sus poesías. Como *Apéndice* insertó el Sr. Serrano y Sanz las principales variantes del manuscrito de Menéndez y Pelayo, en las que se indican los primeros versos de las numerosas poesías que faltan en el texto. Como de estas poesías algunas son inéditas y casi todas las que vieron la luz en las dos ediciones de *Versos* de Ulloa contienen importantísimas variantes o redacciones diferentes; si se tiene en cuenta, además, que estas dos ediciones son rarísimas y que la lectura de las poesías arroja mucha luz en la parte puramente familiar y personal de las *Memorias*, la cual, a su vez, explica y completa la parte literaria, la publicación del manuscrito completo tiene un gran valor literario y viene a ser, además, una *Antología* de los hermosos y raros versos líricos del poeta de Toro. Al manuscrito que reproducimos le han arrancado una hoja que contenía las páginas 61 y 62.

Está escrito en 260 páginas de un volumen en 4.º, encuadrado en pergamino. Lleva al principio una hoja de guarda, en la que se lee: *De los libros de D. Andrés González de Barcia. Carvallino, agosto 13 de 1693*, y otra, sin numerar, ocupada por el prólogo. Al final, en tres hojas sin numeración, se inserta la *Tabla de los versos que Ay en este discurso*, y en la guarda final escribieron sus nombres *Miguel de Baldeita* y *D. Francisco Bravo de Sobremonte*, poseedores, sin duda, en diferentes épocas, del manuscrito. Su letra, del siglo XVII, hermosa y de una uniformidad casi geométrica, denuncian a un diestro copista; pero las faltas de sentido, la deficiente y arbitraria puntuación y, sobre todo, la ignorancia del latín nos lo revelan como menos que medianamente docto. Las *Memorias* (sigámoslas llamando con el nombre que les diera D. Marcelino) no tienen título ni encabezamiento alguno, y comienzan con el prólogo rotulado *AL QUE LEIRE* (sic), en el cual expone su autor el propósito que le guía de ejemplarizar por el contraste, con el relato de la vida escandalosa de un hombre, y adelanta la promesa, si logra algún fruto con éste, de pintar otros dos retratos, el del famoso caballero *Sargidoro de Merlo* y el del venerable *doctor Marcelo Cassado*, todos tres nombres insolentes «que a los ojos de la corte, y, lo que es más, a los de un Rey tan católico, de sus consejos y ministros mayores, an robado, en espacio de veinte y cuatro años, más de ochocientos mil ducados.....» Advierte el autor que en la *Vida de Fraudelio*, asunto principal de las *Memorias*, se han fingido los nombres en *respeto de la estampa*, unos atendiendo a que tengan conveniencia con las personas—es el caso, por ejemplo, de Fraudelio, como veremos—y otros que habían de llevar como señal una cruz en aspa (que el escribiente se dejó en el tintero), por medio de anagramas. Todo el asunto gira alre-

dedor de Fraudelio, monstruo de egoísmo y maldad, que se complace en mortificar a sus hermanos, principalmente a Suldino Dovalle, mayorazgo de cierta casa linajuda y pobre, en una ciudad de la provincia de los Arevacos. En las primeras páginas se insinúa ya la sospecha de que el tal Fraudelio no es verdadero hermano de Suldino, sospecha que el autor se cuida de recordar de vez en cuando, hasta que al final, por la conocida solución de las confidencias de un criado fiel, se viene en conocimiento de que en los primeros días de la vida de Fraudelio se verificó una sustitución de niños, clave que explica, sin desdoro del linaje, las perversas inclinaciones del hermano malo. Si se tratase de un relato puramente novelesco, no merecería, por su vulgaridad, ni una línea de comentario a la historia literaria (1); pero se trata de unas *Memorias* de D. Luis de Ulloa y Pereira, en las que intercaló su autor gran número de versos del poeta, algunos todavía no publicados, con la explicación de los motivos y ocasiones en que fueron escritos; se aclaran y completan en ellas muchos datos y noticias de su vida y del ambiente social que respiraba, documentos todos de inapreciable valor histórico y literario que bien merecen ser conocidos y divulgados por sí mismos, aun sin tener en cuenta las galas de lenguaje y dicción en que vienen envueltos.

No puede haber duda ninguna en la identificación de los principales personajes que en ellas intervienen. El principal, Suldino de Ovalle, es anagrama transparente de D. Luis de Ulloa. Además, a *Suldino de Ovalle* le fué concedida por el

---

(1) No sólo es frecuente este enredo en las producciones literarias (recuérdese, entre otras, la novela de Castillo Solórzano, *El Ayo de su hijo*), sino que también se ha querido trasladar alguna vez a la vida real e histórica. Algunos partidarios de D. Juan de Austria hicieron correr la especie de una sustitución de niños, para dotar al hijo de la *Calderona* de todos los derechos al trono.

doctor D. Rodrigo de Mandioa y Porga, en 22 de noviembre de 1653, licencia para que se pudieran imprimir los versos que juntó de D. Luis de Ulloa, según consta en la licencia de la edición primera de ellos (1). Las fechas y los sucesos de la vida de Suldino que constan en las *Memorias*, coinciden, en general, con fechas y sucesos referentes a D. Luis de Ulloa, atestiguados en documentos de toda fe, y si todo esto no bastara, se insertan en el manuscrito, que ahora sale a luz, 79 poesías de Suldino, las más de ellas publicadas en las dos ediciones, y al final de las *Memorias* se nombran como perdidas, además de la fábula de Anaxarte, que continúa sin hallarse, una Egloga de sus sucesos, en diferentes metros, que dejó trasladar pocas veces y debe ser la que empieza

*Qué templo elegirán mis escarmientos,*

y, por fin, *Los amores que se dice tubo el Rey Don Alfonso otabo con una judía en Toledo, que escribió en ochenta estancias con maravillosos afectos y no permitió que se sacasen del borrador*, que es, evidentemente, la *Raquel* de Ulloa. El anagrama del nombre de la madre, Valeria Lucrecia (doña Lucrecia de Valera) y el de su tío Antonino (Antonino), no ofrecen duda. En los nombres fingidos del padre, *Prudencio Dovalle* (D. Juan de Ulloa, del hermano

---

(1) «Versos que escribió D. Luis de Ulloa Pereira, sacados de algunos de sus borradores. Dirigidos a la Alteza del Señor Don Juan de Austria. Madrid.—Diego Díaz.—1659.»

La licencia se reproduce también en la segunda edición: «Obras de don Luis de Ulloa Pereira, prosas y versos, añadidas en esta última impresión, recogidas y dadas a la estampa por D. Juan Antonio de Ulloa Pereira su hijo... Madrid.—Francisco Sanz.—1674». Por la *Suma del Privilegio* y por la advertencia *A los que abrieren este libro* se deduce que esta segunda y última edición la había preparado el mismo poeta, a quien se concede el *Privilegio* por diez años.

apócrifo *Fraudelio* y del otro hermano *Bonifacio*, se ha atendido a que tengan conbeniencia con las personas.

*Fraudelio* debía ser, además, entre la familia y amigos íntimos el sobrenombre vulgar de aquel hermano. En el *Romance a un hijo suyo, escrito desde Toro, aviendo dexado la Corte*, publicado en las dos ediciones, describe D. Luis de Ulloa la descansada vida que hace, cuidando el jardín de su casa de Toro, y entre los encargos que hace a *Perico* va el siguiente:

Allá dirás a *Fraudelio*

Que no le invidio que goce

En otras amenidades

Escrupulosos verdores,

Ni que tenga este verano

Algún jardinero doble

Que le lleve otro Belardo

Tan sin olor de las flores.

Y en otro romance burlesco *A don Luis Alçar (sic) escrito de Madrid a Toro, estando allí el conde Olivares*, enumerando los supuestos regalos que lleva para los más familiares, escribe:

Unas conchas a *Fraudelio*

Que no pueden penetrarse;

Para defensa insolente

De su calumnia cobarde.

Estas alusiones públicas nos dejan adivinar que las *Memo-rias* habían corrido en copias diferentes.

Si todo esto es claro y lógico, puede ofrecer alguna difi-

cultad, siquiera sea aparente, el atribuir al mismo D. Luis de Ulloa la redacción de las *Memorias*, ya que en ellas se refieren los trabajos y necesidades de Suldino en su última enfermedad, y hasta su misma muerte *en tal pobreza que dificultó su entierro*, y es claro que nadie ha escrito *Memorias* después de muerto.

Pero esta objeción sólo puede serlo para quien se obstine en conceder al relato un valor histórico absoluto, hasta en los más pequeños detalles. En lo de anticipar la muerte del protagonista, como en lo otro de asegurar el autor que un hijo de Ulloa, después de la muerte de su padre, le confió los secretos que publica, no hay que ver más que recursos, poco originales por cierto, para despistar a los lectores y dar cierta unidad artística a la relación. Y, efectivamente, con este aire de novelesco interés y con los versos intercalados profusamente, llega a olvidar el que lo lee que está frente a un alegato, réplica a violentos ataques de Fraudelio, defensa personal y agresiva de Suldino, vejado en su buena opinión y fama por la maledicencia de su hermano.

Si, como es de creer, las *Memorias* corrieron en copias entre familiares y amigos de los Ulloas, bien vengado quedaría D. Luis, porque en pocas páginas se traza una fuerte y repulsiva semblanza de Fraudelio, hombre de vida equívoca, sin dignidad y lleno de vicios, ingrato y miserable. No puede, sin embargo, Fraudelio afrontar ni mancillar el limpio linaje de los Ulloas con todas sus maldades, porque también el apellido que ostenta es *fraudulento* y usurpado.

La viveza y el fuego que caldean las *Memorias*, la intimidad de cien detalles y secretos, nacidos *ex abundantia cordis* y algunas contradicciones un poco inocentes que se escapan en ellas, denuncian a D. Luis de Ulloa como a su legítimo autor. Y le denunciara sin todo esto, el estilo vibrante y

sobrio de su prosa, tocada de conceptismo, que forma el marco ajustado y el engarce conveniente y natural de los versos del poeta.

Hasta la manía de los anagramas sería, a falta de otros, un indicio delator; porque nos consta el gusto y la habilidad que tuvo en hacerlos D. Luis de Ulloa y Pereira.

Don Tomás Tamayo de Vargas, en el libro segundo del tratado *Cifra, contracifra antigua y moderna*, escribió estas palabras: «No puedo dejar, llegando a este punto, de traer a la memoria los suavísimos ratos que con los nobles e ingeniosos D. Luis de Olloa y D. Antonio de Labarja tuve el año pasado (1611) en la ciudad de Toro; donde, entre otras veces en que su caudal hacía experiencia de mi rudeza, venimos al ejercicio destes ingeniosos anagramas; y propuesto el nombre que primero se ofreció, de su hermano D. Jerónimo de Ulloa, el felicísimo ingenio de su hermano, D. Luis de Ulloa Pereira, hizo ésta:

Allí gano donde muero...» (1)

Conocido el objeto esencial que persiguen estas *Memorias*—defenderse D. Luis de las calumnias de su hermano Fraudelio y llevar al ánimo del lector el convencimiento de que no son los dos de la misma sangre—, tratemos de averiguar si, efectivamente, lo que en ellas se narra tiene fundamento real e histórico.

Ya hemos apuntado que la mayor parte de los anagramas y de las noticias personales que hacen referencia al poeta y algunas personas de su familia, coinciden con nombres y no-

---

(1) Apud: *Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos, formada con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo...*, tomo IV, col. 677.

ticias comprobados por los documentos; pero la duda fundamental que asaltaré al lector de las *Memorias*, ha de girar en torno a la realidad histórica, a la índole y cualidades morales de Fraudelio y a la verisimilitud del fraude que le dió una familia y unos apellidos que no eran los suyos.

El día 23 de septiembre de 1592 murió D. Juan de Ulloa y Pereira, y el 18 de octubre del mismo año doña Lucrecia de Valera, su mujer, dejando huérfanos a sus tres hijos Luis, Diego y Jerónimo. Luis, que era el mayor, fué bautizado el día 15 de diciembre de 1584; no había cumplido, por tanto, los ocho años cuando murieron sus padres. Diego era dos años más joven. La partida de bautismo del tercero, copiada del libro original en el archivo de la parroquia de la Santísima Trinidad, de Toro, dice así: «En diez días del mes de octubre del año mil quinientos ochenta y nueve años se bautizó D. Gerónimo de Ulloa, ijo de D. Juan de Ulloa y Pereira y de doña Lucrecia de Balera, sus padres; fueron sus padrinos D. Luis de Ulloa y doña Luisa de Ulloa, sus hermanos; y en fe lo firme io el cura de dicha iglesia.—*Andres del Bollo*».

Estas fechas y estos nombres coinciden con los de las *Memorias*, salvado el error inicial de un año, explicable por los meses de más o de menos que dificultan la exactitud del cómputo. Jerónimo es, pues, el nombre propio de Fraudelio. Ya hemos visto que D. Tomás Tamayo de Vargas visitó a los dos hermanos, D. Luis y D. Jerónimo, hacia el 1611. Están también de acuerdo las *Memorias* y los documentos en que, en el año de 1625, se concedió un hábito de Santiago a don Jerónimo de Ulloa.

En las pruebas del expediente, que he leído con todo detenimiento y curiosidad, no hay noticia alguna desfavorable para D. Jerónimo, antes bien, todos los testigos se deshacen en

elogios y alabanzas del linaje y de la persona. Cristóbal de Sarriá, en su afán de enaltecer al pretendiente, hace una afirmación que revela el estado espléndido de la hacienda particular de D. Jerónimo, sobre la cual tanto se habla en las *Memorias* de su hermano. Declaró el Cristóbal de Sarriá que «el dicho pretendiente y sus padres y los dichos sus abuelos paternos se han tratado en esta ciudad (Toro) con mucho lustre y ostentación como muy grandes caballeros, sin que en ellos haya habido trato de mercadería ni oficio alguno, antes tenían muchos criados y muchos caballos, exercitándose el Don Jerónimo en andar a caballo, y *teniéndolos propios comprados con su dinero*» (1).

Este dinero podía haberlo ganado honradamente un caballero de treinta y siete años, aunque es muy raro que sin haber tomado mujer, ni tener oficio alguno, ni ocupación, de los que la limpieza de sangre permitían, él fuese rico y D. Luis, mayorazgo y jefe de la casa, anduviese tan falto de ducados. No sería yo quien por solas estas palabras pretendiese haber hallado una prueba justificativa de las gravísimas afirmaciones que respecto a los medios de adquirir hacienda el D. Jerónimo se hacen en las *Memorias*.

Lo que puso ante mis ojos la prueba patente de que Fraudelio no es un ente imaginado ni una creación del odio o de la enemistad fraterna y de que las *Memorias* no mienten —aunque pueden exagerar— cuando nos pintan a Fraudelio como caballero de fortuna, tahir empedernido y rodeado siempre de personas de mala vida y costumbres, fué la lectura del *Memorial que se divulgó en Madrid para Su Magestad, en que esta villa y corte advierte muchas cosas: es picante y salado* (2). Empieza así: «Señor: La villa de Ma-

(1) Archivo Histórico Nacional.—Sección de Órdenes.

(2) Publicado en el *Memorial Histórico Español*.

drid, como madre de los que la hacen corte, viendo que V. M. (Dios le guarde) hace jornada a la defensa de sus reinos, porque sepa en lo que les puede ocupar, o le sirvan más bien, y para qué son a propósito los caballeros que le sigan en los encuentros que tuviere con el enemigo, hace las advertencias siguientes», y continúa recomendando sarcásticamente para ciertos oficios y cuidados a personajes cortesanos conocidos y ridiculizados aquí por sus vicios y malas artes. En dos párrafos de este *Memorial* se menciona a D. Jerónimo de Ulloa.

«Para clavar la artillería a Palacios, Luzón y Ulloa, que se la clavarán al más amigo.»

«Hágase una junta por si faltase dinero y no lo hubiese de Luzón, D. Jerónimo de Ulloa y D. Bernardo de Salas, que ellos dirán cómo viven tan lucidamente no teniendo nada.»

Sigamos copiando otros párrafos que se refieren a estos compañeros de D. Jerónimo, por aquello de que «dime con quien andas.....»

«Todas las órdenes que no quisieren que se sepan se las den a Palacios, y las dirá al revés, como no se entiendan.» Es este Palacios, D. Martín de Ledesma y Guzmán, de la familia del conde-duque, lucido cortesano, protagonista de galanteos escandalosos y de pependencias nocturnas, que nos han relatado los noticieros de la época. En los *Prodigios de Madrid*, sátira impresa en el mismo volumen que el satírico *Memorial* de que se hizo mención, se dice del marqués: «Hubo quien dijese que el marqués de Palacios pagaba bien».

En una de las *Cartas de los Padres de la Compañía* (1), correspondiente al día 19 de enero de 1638 se cuenta: «Esta corte tiene gran número de vicios, y en su variedad maldades

---

(1) *Memorial Histórico Español*.

muy sacrílegas, y el marqués de Palacios, primo del duque de Medina de las Torres y otros, hacían congregaciones para murmurar del Gobierno, y en su casa la industria del tahir hacía milagros que daba a sus bolsas lo que no heredaron de sus abuelos, y así han desterrado al dicho marqués, al de Mirollo, a Garci-Patón, hijo segundo del conde de la Puebla....., con lo que, aunque no limpia, queda la corte aliviada de sabandijas». A este destierro se refiere también, con parecidas palabras, el autor de las *Noticias de Madrid*, que forman el libro titulado *La corte y la monarquía de España en los años de 1636 y 1637* <sup>(1)</sup>, añadiendo entre los personajes desterrados a D. Francisco de Luzón. Trae, además, a propósito del marqués de Palacios, un *cuento muy gracioso*, en el cual intervienen dos compañeros de D. Jerónimo de Ulloa, y que viene de perlas en estas averiguaciones. «Deseaba el marqués de Palacios engañar en el juego a D. Francisco de Luzón, y halló por buena traza hacerse el enfermo para que D. Francisco le viniese a visitar, como sucedió, hallándole en la cama, y como D. Francisco le preguntase si quería jugar a los naipes, respondió el marqués que sí lo haría, aunque de mala gana, y habiéndose puesto a jugar, en los lances y ocasiones que al marqués le estaba bien de mudar los naipes, daba voces como si le sobreviniera un dolor de costado, y poniendo las manos debajo de las sábanas como para ayudarse, trocaba los naipes que tenía, tomando los que le hacían al caso para ganar, estando toda la tarde D. Francisco sin caer en la cuenta y perdiendo más de dos mil ducados. Esta es una de las habilidades que tenía el marqués para ganar» <sup>(2)</sup>.

---

(1) Publicación de D. Antonio Rodríguez Villa.—Madrid, 1886.

(2) Don Luis de Ulloa y Pereira, en sus temporadas de disipación, trató también al marqués de Palacios y fué muy su amigo. En la segunda edición

En el año de 1639 se disputaban estos dos caballeros, Palacios y Luzón, la plaza de capitán de la guardia tudesca, con ofrecimientos por ambas partes de cuantiosas sumas.

Don Francisco de Luzón era, al decir de D. José Pellicer y Salas de Tovar (1), de las familias más antiguas de la corte: tomaba parte muy principal en justas, torneos y corridas de toros; era pendenciero y espadachín, aunque no muy valiente. De él y de D. Bernardo de Salas se dice en el *Memorial*: «A D. Francisco de Luzón fué buen acuerdo hacerle maestre de campo, que para el francés basta un escarabajo, y con su sargento mayor Bernardo de Salas deja la villa, que por cautelas y trampas no se lo llevará el enemigo». Efectivamente, fué

de sus versos se incluyó un romance, *A Martín de Guzmán, escrito en Toro*, que empieza:

Señor Marqués de Palacios,  
Porque me entendáis os nombro  
.....

Por algunos versos de este romance se infiere que fué escrito después de 1639 y a raíz de su viaje a Toro, después de solicitar en vano la ayuda fraterna:

.....  
Si vuestro primo el Virrey  
No estuviera tan remoto,  
Yo sé que el señor destino  
No se me hiciera del sordo.  
Valedme por su excelencia  
De que os elija, glorioso,  
Sucesor de tanto amparo,  
Agradecido al soborno.  
Y por vos mismo también  
No puedan decir, que solo  
Entráis en la Cofradía  
De los hermanos dichosos.  
.....

Los últimos versos son una referencia manifiesta a la amistad del marqués con Fraudelio.

(1) «Avisos históricos...», por D. Josef Pellicer de Tobar, *Semanario Erudito...*, tomo XXXI, páginas 15 y siguientes.

Luzón maestro de campo de un tercio que levantó la villa de Madrid, y D. Bernardo de Salas su sargento mayor. De cómo cumplieron su cometido nos da idea la noticia de que en el año de 1644 son capitulados los dos, «porque habían metido la mano más de lo que convenía en el dinero de las levadas; condenaron al Luzón en privación perpetua del oficio de regidor, ocho años de destierro y en mil ducados; a Bernardo de Salas le condenaron a ocho años de privación del oficio de regidor y un año de destierro y en quinientos ducados». Y añade Pellicer: «El pueblo aún deseaba mayor rigor». Por los *Avisos* (1) sabemos también que en 23 de agosto *la sala de mil y quinientas* confirmó en todo y por todo las sentencias de vista y revista contra Luzón y Salas.

¿Será alguno de estos personajes el *Sargidoro de Merlo* o el *Doctor Marcelo Cassado*, cuyos retratos promete hacer D. Luis de Ulloa y Pereira en el prólogo de las *Memoorias* si logra algún fruto con el de Fraudelio?

Confieso que mi torpeza ingénita para resolver jeroglíficos y anagramas no ha podido descubrir ninguna correspondencia satisfactoria entre los nombres verdaderos y los desfigurados.

De un Agustín de Merlo, hombre degenerado y repulsivo, nos habla largamente el autor de las *Noticias de Madrid*; pero los vicios y pecados que confesó en el potro no son de los que condena el séptimo mandamiento del Decálogo, sino el sexto, y lo que D. Luis de Ulloa quería sacar a plaza para ejemplaridad y público escarmiento, eran robos y rapiñas de los retratados, que ascendieron a *más de ochocientos mil ducados en espacio de veinte y cuatro años*.

Si en estas sátiras hemos descubierto claramente que don

---

(1) «Avisos.» *Semanario Erudito...*, tomo XXXIII, pág. 220.

Jerónimo de Ulloa es el original de Fraudelio, no encontramos en ellas el menor indicio respecto a la sustitución que, según las *Memorias*, llevó al seno de la familia de los Ulloas a uno de los hijos de los criados de la casa.

Según el relato del criado confidente, siendo muy pequeños Luis y *Bonifacio*, hijos de D. Juan de Ulloa y Pereira, y de tan delicada salud que hacía temer se malograsen como otros hermanos mayores que habían muerto en la infancia, en ausencia del padre dió a luz doña Lucrecia de Valera, su mujer, un tercer varón. Algunos días antes, cierta criada de la casa, mujer de un lacayo de D. Juan, trajo al mundo dos mellizos, también varones. Esta criada se encargó de la crianza del hijo de su señora, y en una de las primeras noches apareció el niño muerto en la cama de su nodriza. La madre, muy afligida por la desgracia y pensando en el disgusto que iba a sufrir su marido, ansioso de tener sucesión masculina y sin esperanzas de que los dos hijos que dejó al marcharse viviesen mucho tiempo, se dejó llevar por el parecer de una sirviente; se fingió que el niño muerto era uno de los dos gemelos de la criada, y al regresar el padre a su casa, se encontró con un tercer hijo sano y robusto.

Desde muy niño dió claras señales, el fingido Ulloa, de que ni física ni moralmente se parecía a las personas que llevaban este apellido, mientras que con su hermano, con el hijo de los criados, le ligaba una gran afinidad de sentimientos y cualidades, manifestada alguna vez por sorprendentes correspondencias. Pero ni estas señales, ni el parecido físico, ni otros sucesos más notables que sirvieron de fundamento a un fraile astrólogo para formar un pronóstico terrible del muchacho, abrieron los ojos del padre ni de los parientes.

El lector comprenderá cuán difícil ha de ser toda investigación encaminada a descubrir qué es lo que pudo haber de cier-

to en este asunto. Yo acudí a la única fuente que, si no pruebas y testimonios, algún indicio podía suministrarnos sobre el cual poder basar una conjetura. Esta fuente no podía ser otra, en mi opinión, que el libro de bautizados de la parroquia de la Santísima Trinidad, de Toro. En él podría comprobarse si, por los día en que fué bautizado el D. Jerónimo (Fraudelio), recibieron las aguas bautismales dos hermanos mellizos; porque nacidos éstos en la casa de los Ulloas, serían bautizados en la misma pila.

Y será pura coincidencia, acaso; pero en el libro de partidas de bautismo, inmediatamente después de la de D. Jerónimo (10 de octubre de 1589), siguen las de dos hermanos gemelos bautizados el día 24 de noviembre del mismo año: Inés Moreno, hija de Cristóbal Moreno y de su mujer Isabel González, y Antonio Moreno, hijo de los mismos padre y madre.

No son pocas, ni leves, las dificultades que ofrecen estas inscripciones o partidas de bautismo para considerarlas como pertenecientes a los dos hermanos gemelos de que hablan las *Memorias*. Se dice en ellas que el padre, lacayo de D. Juan de Ulloa, se llamaba Amaro Carilhet, que era inglés y luterano, soldado en su juventud a sueldo de los hugonotes, y la madre genovesa, de nombre Julia, y conocida por el apodo de *La Lavandera*; los mellizos nacieron, según las *Memorias*, seis días antes que Fraudelio, y aparecen bautizados un mes después; allí son los dos varones y en el libro de bautizados varón y hembra.

He aquí una ocasión propicia para lucir el ingenio, aventurando hipótesis; que no faltarían buenas y sutiles razones que resolviesen todas estas dificultades, teniendo en cuenta el empleo de los anagramas y el fingimiento de los nombres *atendiendo a la conbeniencia*, confesados en el prólogo. Las confusiones y yerros, muy explicables en quien narra su-

césos de la niñez, buscados tal vez intencionadamente por quien escribe con *respeto a la estampa*, serían también cantera de prolijos argumentos y consideraciones en pro de la identificación de los mellizos de las *Memorias* con los del libro de bautizados.

Como por este camino nunca llegaríamos a la certeza absoluta, quédense las cosas como están, indicada la extraña coincidencia y hasta la posibilidad de ser cierto este primer fraude, *involuntario*, de Fraudelio.

Por lo demás, si a D. Luis de Ulloa le interesaba mucho, por el honor de su casa, que tal fraude existiera, a nosotros nos interesa mucho más la importancia que para la vida y la obra del poeta de Toro tienen estas páginas autobiográficas.

No abarcan, ni mucho menos, toda la existencia de su autor, y ya vimos que la última parte, la relativa a la enfermedad postrera y a la muerte de D. Luis son un mero recurso literario.

El año de 1653, en que se le concedió licencia a Suldino de Ovalle para imprimir los versos de Ulloa, nos señala el término ante quem debieron escribirse *las Memorias*, porque dan como desconocidas muchas composiciones que entraron a formar parte del libro impreso. Todavía se puede retrasar la fecha hasta 1650, porque en este año se imprimió por primera vez la *Raquel*, de cuyo poema se habla con tanto misterio al final del manuscrito. Este misterio demuestra que el poema ya estaba compuesto, pero no publicado.

Menéndez y Pelayo, en el prólogo a las *Paces de los Reyes y judía de Toledo*, copia del *Ensayo*, de Gallardo, el encabezamiento de un curioso manuscrito: *Censura de Don Gabriel Bocángel a las Rimas castellanas de Alfonso VIII, habiéndoselas remitido D. Luis de Ulloa para este efecto. Responde D. Luis de Ulloa a la censura que*

de algunos versos hace D. Gabriel Bocángel, que es el mismo, sin duda, que guarda la Biblioteca Nacional (sig. 41-47).

Así reza el título completo: «Alfonso octavo, príncipe perfecto/ Divertido por hermosa o Raquel/ Hebrea/ En rimas castellanas/ Al Excelentísimo Señor Duque de Medina de las Torres, Príncipe de Astillano Virrey/ de Nápoles. La dirige/ Don Luis de Ulloa Pereira/ *Faciebam sed cum velut nihil agere*».

Después de las octavas del poema, comienza, al folio 509 del manuscrito, la *Zensura de Don Gabriel Bocángel de las Rimas castellanas de Alfonso octavo, abiéndoselas remitido Don Luis de Ulloa para ese efecto. Responde Don Luis de Ulloa a la Zensura de algunos versos de Don Gabriel Bocángel*.

La gran extensión de este opúsculo importantísimo para conocer las ideas literarias y estéticas de ambos poetas, me hizo desistir del propósito de incluirlo en este prólogo. No deja de ofrecer también algunas noticias biográficas importantes. En la réplica de Ulloa a la censura que hace Bocángel de la octava 59, se dice que «este papel..... aora salió del borrador intempestivamente, sin consentimiento mfo, y me rendí después a repetir algunas copias; porque corría lleno de errores de la pluma y me lastimó que tuviese estos defectos más» <sup>(1)</sup>. Las *Memorias*, al hablar de la *Raquel*, aseguran que fué tanta la modestia del ingenio de Ulloa, que *no permitió que se sacasen del borrador*. Debieron acabarse, pues, antes de que fuesen escritas la censura y sus respuestas. La copia de la *Raquel* que las precede está dedicada al duque de Medina de las Torres, príncipe de Astillano y virrey de Nápo-

---

(1) Téngase presente, en cuanto a esto, que la disposición de las octavas en este manuscrito no corresponde a la de las ediciones.

les. Es de suponer que el borrador tuviese ya la dedicatoria, y, en ese caso, los títulos con que se designa al duque nos ayudan a concretar más y más la fecha aproximada de la terminación de las *Memorias*. Entró en posesión del virreinato de Nápoles, el duque, en noviembre de 1637. Se escribieron, por tanto, pasado este año y antes del 1644, en el cual ya estaba de regreso en España. Concuerdan, además, estas fechas con el contenido histórico de las *Memorias*, que relatan, como el último episodio externo cronológicamente comprobable, una desavenencia entre D. Luis y D. Jerónimo, acaecida, precisamente, dentro de los años que duró el virreinato del duque de Medina de las Torres.

Convocadas las Cortes de 1638, D. Jerónimo, que había sido procurador de Toro en las anteriores, no entró ahora en suertes y puso pleito contra la designación (1). Desde Toro vino a Madrid, y trajo consigo a su hermano mayor para que le ayudase en sus pretensiones.

En este viaje a Madrid quiso D. Luis de Ulloa tentar una vez más a la fortuna y trató de reunirse en Nápoles con su mecenas el virrey, llevándose, además, a la corte napolitana a dos de sus hijos. Valiéndose de un su amigo como mediador, solicitó de Fraudelio, que había tenido en aquella temporada grandes ganancias en el juego, alguna ayuda de costa para emprender el viaje. Fraudelio, no sólo le niega todo auxilio, sino que, además, dice pestes de su hermano, achacándole toda clase de vicios y torpezas. Con este lance puede decirse que termina el texto de las *Memorias*. Siguen las sabias reflexiones y los estoicos discursos de D. Luis, algunos versos, las confidencias del criado, el recuento de las obras poé-

---

(1) Vid. Danvila y Collado (Manuel), *El Poder civil en España...*, tomo VI, páginas 358, 369, 381, 390.

ticas que se fingen perdidas y las vagas alusiones a la última enfermedad y a la muerte del poeta.

Es casi seguro que esta última desavenencia entre los dos hermanos ocurrió en el año de 1639. Poco después, tal vez como consecuencia y desahogo, debió comenzar D. Luis la redacción de sus *Memorias* (1). Si atendemos, no sólo a lo que dicen, sino también a lo que callan, se echa de menos en ellas toda noticia y alusión a la guerra con Portugal, que obligó a D. Luis a trasladarse a su casa; nada se dice de la caída del conde-duque, ni de su retiro a la ciudad de Toro, donde el poeta acompañó y trató con intimidad algún tiempo al desvalido Olivares. Antes de todos estos sucesos daría fin a las *Memorias*. Quedaron inéditas, porque era la de D. Luis alma muy noble y generosa. Si su pluma, empapada en vergüenza y despecho, pudo trazar aquellas páginas sobre las que vertería sus dolores y amarguras; si, cegado por la ira, pensó en algún momento darlas a la estampa, serenada su frente, apaciguado su corazón magnánimo, era imposible que un hombre como él entregase tan tristes sucesos a la malicia de las gentes. La caridad venció al orgullo del linaje, a los humanos instintos de venganza y al anhelo de justicia. El poeta se resignó también a sacrificar en aras de la caridad, los hijos de su fantasía. En la trama parda de una historia de deslealtades,

---

(1) Son de notar a este propósito estas palabras, puestas en las *Memorias* en boca de Fraudelio: «Si parecía conveniente llevarlos a Italia (a los hijos de D. Luis) aora dos años se pudo disponer, con mucha sobra, el viaje que quieren hacer a mi costa...», dos años antes, es decir, en la comitiva y acompañamiento del Virrey, a fines de 1637. Suponiendo que las palabras de Fraudelio se dijeron o se fingieron dichas a fines de 1639, la redacción empezaría ya en 1640. Esta fecha concuerda con un dato en que se fijó D. Manuel Serrano y Sanz. «En quanto a la fecha en que se escribieron las Relaciones, hay un dato que la determina bastante. Fraudelio tenía entonces cincuenta y dos años, y como D. Luis afirma, aunque inexactamente, en otro lugar que había nacido en 1588, resulta que dicho libro fué redactado en 1640.»

vicios y calumnias, iban entretejidas hebras de oro purísimo, suspiros, anhelos, moralidades, aspiraciones, sonetos platónicos, epístolas graves de moral estoica y cristiana, ecos de pasión turbia y emotiva... Purificado por estos sacrificios, ¡qué belleza adquiere su espíritu y las obras de su espíritu; qué plácida serenidad su vida; cómo se elevan y simplifican sus anhelos hacia el reino luminoso de la libertad interior!

*Yo no quiero ser nada sin ser mío.*

Dos eruditos diligentes y estudiosos han dedicado especial atención a la biografía de D. Luis de Ulloa y Pereira.

Don Cayetano A. de la Barrera, en su *Catálogo del teatro antiguo español*, consagra algunas páginas al escritor dramático, de quien sólo se conocen dos comedias, que sin duda ninguna escribió; otra, que se duda mucho, y la cuarta, escrita en colaboración con D. Rodrigo Dávila. Barrera, hombre de muchas y reposadas lecturas, comprendía que no era Ulloa y Pereira un escritor vulgar, y con muy buen acuerdo aprovechó la ocasión de tener que escribir sobre él para reunir cuantas noticias supo sacar de las obras del poeta y de otros varios libros de la época (1).

En el año de 1879, D. Fernando de la Vera e Isla dió a las prensas un volumen titulado *Traducción en verso del salmo L de David «Miserere mei Deus» y noticia y versiones que de dicho salmo se han hecho en lengua castellana y de sus autores.*

(1) *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, por D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado. Madrid, 1860; páginas 407 y siguientes. Las Comedias seguras de Ulloa son: *Porcia y Tancredo*, *No muda el amor semblante*; la dudosa: *La mujer contra el consejo*; la escrita en colaboración: *Pico y Canente*, muy rara.

Ocultas en sus páginas y desconocidas por manuales y guías bibliográficas ha permanecido una buena biografía de don Luis de Ulloa. Lástima que su autor no hiciese de ésta un solo libro, ampliando las investigaciones con los documentos interesantes y auténticos que tuvo a la vista. Examinó el señor Vera e Isla los papeles del archivo de la casa de Ulloa-Pereira, puestos a su disposición por el excelentísimo señor marqués de Santa Cruz de Aguirre, con quien le unían lazos de parentesco y amistad.

Vera e Isla rectifica algunos errores de Barrera y establece (es su mayor mérito) en la vida del poeta, una cronología segura y comprobada. La fecha del nacimiento, y de la muerte, y los años de los dos últimos matrimonios, con algún otro dato importante, quedan ya definitivamente señalados en el trabajo de Vera e Isla (1).

Ni Barrera ni Vera e Isla conocieron el manuscrito de las *Memorias* de D. Luis de Ulloa. Aprovecharé ahora las noticias que contienen y las que suministran otros curiosos papeles y documentos inéditos para dar un nuevo paso en el estudio biográfico del poeta de Toro, interpretando y explicando con ellas y con datos recogidos en libros impresos los puntos menos claros o los completamente oscuros que todavía quedan.

Entre los papeles que consultó el Sr. Vera figuraba una genealogía de los Ulloa de Toro, escrita al parecer por nuestro poeta, y según la cual «proceden los Ulloas del reino de Galicia, donde tiene este linaje antiquísimo y muy ilustre ori-

---

(1) Ocupa las páginas 162 a 186 del mencionado libro. D. Cesáreo Fernández Duro dedica algunas páginas a Ulloa en su *Colección bibliográfica-biográfica de noticias referentes a Zamora...* y el Sr. Serrano y Sanz hace un breve, pero muy atinado, resumen de la vida de Ulloa en la página 508 de su libro *Autobiografías y memorias*.

gen, y vinieron a establecerse en Castilla antes del reinado de Don Juan I».

Las *Memorias* sólo de un modo general se refieren al origen de la familia. «La casa Dovalle (de Ulloa) se diferencia de las demás de este apellido con otro de un linaje de Portugal (Pereira).» La unión de los Pereiras con los Ulloas acontece poco después de la trágica batalla de Aljubarrota, en la cual la familia de los Pereiras, como la familia ibérica de la cual vino a ser entonces un símbolo, se desgajó, interviniendo en los partidos de la guerra fratricida. Nuño Alvarez Pereira iba al frente de la vanguardia de las tropas portuguesas.

Sus hermanos Pedro y Diego, fieles a la causa de los Reyes de Castilla y Portugal, Don Juan I y Doña Beatriz, hallaron en aquella batalla gloriosa muerte. Don Nuño alcanzó por su heroísmo, en el país vencedor, honores, dignidades, poder y valimiento.

Otro de los hermanos, Vasco Alvarez Pereira, servidor de Doña Beatriz, puso su lealtad por encima de los halagos de la fortuna, y prefirió ser fiel en Castilla a medrar junto a su hermano, el victorioso D. Nuño, ya condestable de Portugal. El Rey Don Juan, para premiar esta generosa conducta, «le hizo merced del palacio real que tenía en la ciudad de Toro, con otros accesorios, en recompensa de los castillos que había perdido en Portugal».

Isabel, hija de Vasco Alvarez Pereira, casó en Toro con Diego de Ulloa y Sosa. Unidas en este matrimonio las dos familias, se incorpora el Palacio de las Leyes de Toro y las demás donaciones accesorias, al patrimonio de los Ulloas, cuyos mayorazgos adoptan en adelante los dos apellidos Ulloa-Pereira. Sus descendientes enlazaron con otras familias de rancia nobleza, y los Monterrey, Olivares, Lermas, Infanta-

do, Albuquerque, etc., tienen entre sus apellidos los de Ulloa o Pereira.

En el último tercio del siglo XVI mantenía aún la casa cierto lustre y esplendor: «no era inferior a ninguna de muchas de su lugar que, brevemente, consiguieron títulos y crecieron en encomiendas».

El abuelo de D. Luis, D. Diego de Ulloa, que desde el año 1528 vestía el hábito de Santiago, en cuya orden tuvo una encomienda, estaba casado con doña Magdalena de Bazán, hija de D. Pedro de Bazán y de doña Inés Tavera, sobrina del marqués de Santa Cruz y del cardenal Tavera.

Don Diego y sus dos hermanos, uno de ellos gran personaje en la Orden de San Juan y el otro dignidad de la iglesia de Toledo, tenían puestos los ojos y las esperanzas del engrandecimiento de la casa, en el futuro mayorazgo, el padre del poeta.

El matrimonio, hecho por amor y *sin hacienda*, de D. Juan de Ulloa y Pereira, que así se llamaba, echó por tierra aquellas ilusiones de grandeza y precipitó la decadencia de la casa.

Las cosas pasaron así. Tocóle en suertes ser procurador de Toro para las Cortes de 1576 a 77 a D. Luis Avila y Ulloa, que cedió graciosamente su procuración al futuro mayorazgo de los Ulloas Pereira, caballero de Alcántara desde 1568 (1).

Marchó a Madrid el flamante procurador y hospedóse en casa de una señora viuda que tenía una sola hija, hermosa y discreta. Llamábase la viuda doña Catalina de Vallejo, su hija doña Lucrecia de Valera, y el marido y padre D. Juan de Valera, contador que había sido de la casa del marqués de Villena en Escalona, villa que dió el nombre al ducado.

---

(1) Vid. *Actas de las Cortes de Castilla...*, tomo V, páginas 37 y 487, y Danvila y Collado (Manuel), *El Poder civil en España...*, tomo V, páginas 652, 657, 681 y 684.

Enamoradizo y apasionado, el D. Juan prendóse perdidamente de la doncella y, mediando un ama de Lucrecia, se correspondieron, y antes que se advirtiesen los ocultos amores, se casaron.

Aunque entre los Vallejos había varios santiaguistas y un obispo de Papairo en Indias, fray Ambrosio de Vallejo, carmelita, los Ulloas Pereira de Toro llevaron muy a mal esta unión, y consideraron que, ni por el linaje, ni por la hacienda, eran dignos los Vallejos y Valeras de emparentar con ellos <sup>(1)</sup>.

Don Juan, temiendo el enojo de los suyos, no se decidió a salir de Madrid, donde debía encontrarse a gusto, y en esta villa le nacieron dos hijos, Antonio y Fernando, que murieron muy pronto, «el uno en haciéndose cristiano y el otro antes de acortarle las mantillas». El orgulloso D. Diego, su padre, falleció en Toro en el año de 1580, y poco después Rogerio, hermano tercero de D. Juan, en las galeras de Malta, después de haber sido rescatado por 7.000 ducados del cautiverio de Argel, cuando lo fueron también D. Antonio de Toledo, después conde de Alba, D. Francisco de Valencia y otros caballeros.

La pobre madre, doña Magdalena de Bazán, viuda y huérfana de hijos, porque el segundo servía al Rey en la administración de justicia fuera de su ciudad, no pudo resistir mucho tiempo el vacío y desamparo de sus muertos y ausentes, perdonó al mayorazgo, convencida de que su yerro *sólo lo había sido en hacienda*, y trajo consigo a Toro al hijo y a su mujer, que en el año de 1584 le dieron un nieto, futuro heredero de la casa, nuestro poeta D. Luis de Ulloa y Pereira. Fué bautizado el día 15 de diciembre en la iglesia parroquial

---

(1) Constan estos datos en las pruebas del santiaguista D. Jerónimo de Ulloa y Pereira.

de la Santísima Trinidad por Francisco del Bollo, en brazos de su abuela y madrina doña Magdalena de Bazán (1).

Ya nombramos, al escribir sobre el valor histórico de las *Memorias*, a los otros hijos de D. Juan de Ulloa, nacidos en Toro, Diego y Luisa, acaso mayor que el poeta, madrina con éste en el bautizo del hermano menor, Jerónimo.

También hemos narrado prolijamente los sucesos que, según dichas *Memorias*, siguieron al nacimiento de Jerónimo, acaecido mientras estaba de viaje D. Juan. Añadamos ahora que este viaje fué el último de los varios que hizo a Madrid como procurador en Cortes por la ciudad de Toro o a consecuencia de estas procuraciones. Después de la primera, la del año 1576, que le valió el matrimonio de contado y 50.000 maravedíes de juro de por vida tras largas y dilatadas instancias, volvió a ser procurador en las Cortes celebradas en Madrid en los años 1583 a 1585.

Dijimos ya que D. Juan y su mujer doña Lucrecia murieron en el año de 1592, y que sus tres hijos varones (Luisa había fallecido antes) quedaron huérfanos cuando el mayor, el poeta, no había cumplido los ocho años. La tutoría recayó en el único hermano del padre, D. Antonio de Ulloa, corregidor de Valladolid, viudo a la sazón de doña Juana de Berruguete, nieta del escultor famoso (2).

En Valladolid estuvieron los pequeños Ulloas siete años, hasta el de 1599, en que D. Antonio volvió a casarse en Toledo con doña Inés de Bazán, señora *de condición terrible, sumamente miserable, de ánimo encogido y desconfiado que temió por las cuentas con los menores*, y persuadió a

---

(1) Está copiada la partida de bautismo en el libro de Vera e Isla citado, página 169.

(2) Véase Alonso Cortés, *Índice de documentos útiles a la Biografía*. Extracto del *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* (1922), pág. 56.

su marido para que se desembarazase de ellos, casando al mayor (Luis) con una prima de los Ulloas (que poseía una casa de las principales de aquellas tierras), y llevando a los demás *a un estudio cercano, donde se enseñan cuidadosamente las primeras letras*. Este primer matrimonio del poeta debió celebrarse en el año de 1599, porque, según el cómputo de las *Memorias*, quedó viudo a los diez meses de casado, de menos de quince años y cuando su mujer no había cumplido los trece. En tan temprana edad tomó sobre sí el peso del mayorazgo y la tutela de sus dos hermanos, a los que ya en 1602 tenía consigo en la casa de Toro, porque en el estudio donde los había encerrado D. Antonio, su tío, no disfrutaban de muy buena salud.

El mayorazgo y Diego estudiarían las Humanidades en Valladolid. Don Luis habla de la natural aversión que sentía su hermano *Bonifacio*, más inclinado a Marte que a Minerva, por la gramática latina y la dificultad grande que encontraba en el estudio. De sí mismo, por modestia, nada nos dice; pero aunque no tuviésemos otros testimonios de su aplicación y aprovechamiento en las letras humanas, que las obras que escribió, ellas lo serían muy elocuente.

Existe en la Biblioteca Nacional un precioso manuscrito en folio, autógrafo de D. Luis de Ulloa y Pereira, que viene a corroborar lo que sus escritos revelan: que el poeta debió tener una seria formación humanística. Este manuscrito es el cartapacio o libro de apuntes de un estudiante curioso y aplicado. Lleva la advertencia de que «escribiólo D. Luis de Ulloa siendo de catorce años» (1).

---

(1) Consta así a la cabeza de la primera página; tiene 350, y acaba con estos dos versos castellanos:

Por tomar a porfía,  
De la noche, el color; la luz, del día.

Comienza con el *Argumento de los doce libros de Virgilio y versos notados en el poema*, y siguen muchísimos *versos notados en los doce libros de la Eneida*. En la página 87 empieza la *Suma de la Vida de Ovidio, Tabla de las Transformaciones, Argumentos y versos notados*. A continuación, los *versos notados en Horacio*; después, los notados en las comedias de Terencio, en los epigramas de Marcial y de Ausonio, en las elegías de Tibulo, en las obras de Propercio Persio y Juvenal. Los versos entresacados del poema de Lucano y los argumentos de los libros de *La Farsalia* cierran esta evocadora antología poética, formada por un joven estudiante de catorce años. Acaba el voluminoso infolio con el comento de algunas frases latinas y con versos de los salmos de David, de quien, por lo visto, se aficionó ya en los primeros años de su vida el futuro traductor de los salmos.

Es seguro que quien espigó tan aprovechadamente en los poéticos campos, apuntaría en otro cartapacio las frases, dichos, máximas y enseñanzas bellas y provechosas de los prosistas latinos, y en Cicerón, Quintiliano, Séneca, Tito Livio, Apuleyo y Tácito las encontraría muy abundantes.

Tal era, entonces, la preparación fundamental que recibían los escolares antes de pasar a mayores estudios.

Las circunstancias separaron de ellos a nuestro poeta; pero aquella educación humanística y su afán estudioso suplieron lo que la Universidad hubiera podido enseñarle.

El detenido y amoroso estudio de las obras clásicas de la literatura latina en una edad tan tierna y tan dispuesta a absorber y a asimilar, incorporaba al espíritu de los jóvenes la esencia y la forma de una espléndida cultura, un mundo nuevo de imágenes, de mitos y alusiones, el caudal de las bellezas literarias perennes y frescas. ¡Cuántas energías y cuántas reservas morales, tesoro de ejemplos, manantial de goces para

el alma, recreo alentador, visión amplia y serena de la vida!

Para vencer el obstáculo de la lengua muerta, para ir penetrando en el cuerpo y alma de esta cultura, había que aguzar las potencias intelectivas que, con esta gimnasia, se templaban, infundiendo en los espíritus juveniles, con la confianza en el propio esfuerzo, el afán de escudriñar y descubrir.

Pudiera creerse, por algunos versos de la «Epístola al padre Hernando Dávila, de la Compañía de Jesús, en la provincia de Andalucía, cuando la embidia procuró estorbar el valimiento que tuvo con el conde de Olivares en Toro», que este P. Dávila había sido el maestro de Humanidades de nuestro poeta en el Colegio de Valladolid:

Y sólo a vos este misterio oculto,  
por mi primero y único maestro  
como a infalible oráculo consulto.

.....

si, además, se atiende a las alabanzas que en la misma epístola prodiga a la Compañía de Jesús. La cronología, sin embargo nos hace abandonar esta hipótesis. El P. Dávila era catorce años más joven que Ulloa; fué relator de la Real Audiencia de Sevilla y, ya muy hombre, hacia 1635, entró en la Compañía. Lo de maestro hay que tomarlo, pues, en un sentido más amplio y elevado: dirección espiritual, consejos de amigo experimentado y hasta favor y mercedes. Como Ulloa, fué también aficionado el P. Dávila a los anagramas, y con el de Fernando de Ayora Valmisoto, dió a las prensas de Pamplona o de Sevilla el *Arbitro entre el Marte francés y las vindicias gálicas...* en el año 1646, dos antes de su muerte (1).

(1) *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de tutores de la Compañía de Jesús, pertenecientes a la antigua asistencia española...*, por el P. J. Eug. de Uriarte; tomo III, pág. 157.

Con el matrimonio a los quince años terminaron para don Luis de Ulloa los estudios de Humanidades y dieron comienzo los trabajos y preocupaciones de la vida vulgar y demasiado humana. Jefe de familia y dueño de un enorme palacio que se caía por todas partes por haber estado mucho tiempo deshabitado, apenas le alcanzan las rentas para las más indispensables reparaciones, porque su mayorazgo era «de los antiguos de Castilla y de aquellos primeros que se fundaron con facultades y se contentaban con vincular limitadas posesiones para conservación de los apellidos». «Esta casa, infeliz por los casamientos de los que se han sucedido en ella, que siempre han sido calificados, nunca ricos; poco dichosa en las mercedes de los Reyes; por extremo desgraciada en los hijos segundos, que habiendo sido todos bien afortunados, ninguno se ha inclinado a sus aumentos, no se ha acrecentado en hacienda desde su fundación, antes, por general calamidad o estragos de los tiempos, le faltan las tres partes.»

Con razón podía estar orgullosa la familia Ulloa Pereira de tener por casa solariega uno de los más antiguos palacios de los Reyes de Castilla, en el cual «tuvieron lugar sucesos de grande importancia histórica, tales como la jura de Doña Juana *la Loca* por heredera del trono de Castilla, algunas reuniones de Cortes generales del Reino, entre ellas las que celebraron allí los Reyes Católicos en el año de 1505, y, sobre todo, la promulgación de las ochenta y tres famosas leyes que se conocen con el nombre de la ciudad donde fueron por primera vez sancionadas y promulgadas» (1).

Si todo esto es verdad, no hubiera sobrado que el Rey Don Juan I, al hacer esta donación a su fiel servidor D. Vasco Alvarez Pereira, le hubiese asignado rentas proporcionadas a

---

(1) Vera e Isla, libro citado, pág. 166.

tan alto honor. No se hubiera visto entonces el poeta en las estrecheces y apuros de quien se esfuerza en conservar un tan magnífico legado y el rango social que le corresponde, reedificando lo caído y sosteniendo lo ruinoso.

Por otra parte, la candidez e inexperiencia del adolescente, aprovechada por hábiles pleitistas, como aquel canónigo citado en el codicilo del poeta, que por 200 ducados de presente explotó su necesidad e ignorancia y le hizo reconocer un fuero de siete cargas de trigo en cierta finca del lugar del Soto, complicarían las dificultades económicas que amargaron su trabajosa juventud.

Uno de los derechos que llevaba consigo el mayorazgo era el de ser regidor de la ciudad y entrar en suertes para procurador en las Cortes del Reino. Correspondió a D. Luis la procuración en las Cortes de 1597, y por ser menor de edad hizo sus veces el tío y tutor D. Antonio, que recibió al terminar la legislatura, como merced, un hábito y encomienda de Santiago (\*).

Para las Cortes de 1602 tuvo que ser representado nuevamente el poeta como procurador, y muerto ya D. Antonio, fué en su lugar otro de sus tíos, D. Diego de Bazán.

En un viaje que había hecho D. Diego a Toro se aficionó de Jerónimo, el menor de los Ulloas, llevándolo consigo a la ciudad donde servía con pretexto de que, habiendo Universidad, podía seguir en ella estudios mayores. No pasaron muchos meses, y tuvo D. Luis que ir a buscar a su hermano, que no se hallaba a gusto. Ahora, al terminarse las Cortes de 1602 y recibir D. Diego como recompensa un gobierno de importan-

---

(\*) *Actas de las Cortes de Castilla...*, tomo XX, páginas 41, 485 y 552, y Danvila y Collado (Manuel), *El Poder civil en España...*, tomo V, páginas 659, 681 y 694.

cia, se llevó de nuevo a Jerónimo, que permaneció en casa de su tío hasta el año de 1609 (1).

Tres años antes había casado D. Luis de Ulloa, por segunda vez, con doña María de Vallejo, hija de D. Félix Vallejo (2), regidor de Madrid y corregidor de Toro, señora de limitado patrimonio, *pero de tan aventajadas prendas que excedieron el dote más numeroso*. Claro es que con estas prendas tan aventajadas el mayorazgo no mejoró la mala situación de su casa, tan mala que alguna vez para pagar los gastos de su hermano Jerónimo en Salamanca, donde había ido a continuar sus estudios, le envió *sus libros de entretenimiento para que los vendiese*.

Hacia el año 1612 tuvo necesidad de ir a Madrid D. Luis de Ulloa y llevó consigo a su hermano Jerónimo. Este viaje fué el comienzo de la prosperidad del hermano menor. No sabemos de él que saliese buen estudiante de Salamanca; pero según cuentan las *Memorias*, volvió de aquella Universidad consumado y diestro tahur. Jugaron en Madrid los dos hermanos, al principio con muy buena fortuna, y pareciéndole a Jerónimo la corte campo adecuado en el que ejercitar su arte, allí se quedó con pretexto de solicitar una plaza en Indias por mediación de su tío D. Diego de Bazán, que ya tenía cargo de asiento en el Consejo de Hacienda. El poeta, reclamado por sus asuntos familiares, tuvo que regresar a Toro, dejando en Madrid a su hermano, que, bien recibido por su tío y mucho mejor por una prima a quien hizo cómplice y confidente de sus flores y aventuras, soplando favorable la suerte pudo reunir al poco tiempo *cinquenta mil reales de pla-*

---

(1) *Actas de las Cortes de Castilla...*, tomo XXII, pág. 552, y tomo XXVI, páginas 401 y 402.

(2) También esta segunda esposa era pariente de Ulloa por parte de su madre, D.<sup>a</sup> Lucrecia de Valera y Vallejo.

ta para comprar un juro de comodidad. Sin salir de Madrid había encontrado la más productiva plaza de Indias. Orgulloso con sus ganancias y muy entretenido con la compañía y conversación de encopetados y disolutos personajes, se olvidó pronto por completo de la casa de Toro y de su pobre hermano el mayorazgo.

La vida triste y monótona que arrastraba por entonces el poeta en su ciudad se animó, exaltada por cierta aventura galante, en la que jugaron, sin duda, muy principal papel la fantasía y la literatura. Se encontró con su musa platónica. En la égloga que las últimas páginas de las *Memorias* daban como perdida, impresa más tarde en la edición póstuma de los versos de Ulloa, se nos ha transmitido el núcleo de esta aventura y algo de sus orígenes envueltos en seudónimos y metáforas que reciben alguna luz de alusiones y recuerdos esparcidos en otras poesías (1).

Las *Memorias* se nos antojan en este punto excesivamente discretas y meticulosas.

Según la égloga, *Erasto*, hombre tosco, aunque principal, casó en una ciudad vecina con cierta mujer hermosa sobre toda ponderación y de gran entendimiento, y la llevó consigo a la ciudad de Toro. Inflammóse nuestro poeta con la presencia y con el trato de la nueva *Laura*, y comenzó a verter su pluma alabanzas, rendimientos y ternezas, que tomaban, por lo general, la forma de sonetos alegóricos y conceptuosos.

Si bajo el nombre de *Fillis* ha quedado demasiado oculto para nosotros el de la dama, los ociosos hidalgos de Toro, que podían fijarse y observar alguno de aquellos indicios indefectibles por los cuales se manifiestan siempre las pasiones

---

(1) Lleva por título «Égloga, dirigida a una Dama, quejosa de mal correspondida», pág. 162, segunda edición.

exaltadas, pronto averiguarían quién era *Fillis*, sobre todo si, como es de suponer, el poeta subió de punto las melódicas endechas de su lira o se dejó arrastrar por la vanidad literaria, haciendo públicos sus versos y dando materia a las cavilaciones y sospechas.

*Evagardo*, envidioso, despechado tal vez, descubrió el peligroso juego que la dama consentía y cultivaba con imprudencia. Sobrevino el escándalo, y D. Luis de Ulloa tuvo que abandonar precipitadamente la ciudad.

A estos amores y a esta fuga precipitada hace sin duda relación el soneto que compuso en el año 1616 D. Luis de Góngora: *A D. Luis de Ulloa que, enamorado, se ausentó de Toro.*

Generoso esplendor, sino lucente,  
No sólo es ía de quanto el Duero baña  
Toro, más de el Zodiaco de Hespaña,  
I gloria vos de su murada frente.

¿Quién, pues, región os hiço diferente  
Pisar amante? Mal la fuga engaña  
Mortal saeta, dura en la montaña,  
I en las ondas más dura de la fuente.

De venenosas plumas os lo diga  
Corcillo atraesado. Restitúfa  
Sus tropheos el pie a vuestra enemiga.

Tímida fiera, bella Nimpha huía:  
Espíritu gentil, no sólo siga,  
Mas bese en el harpón la mano suía.

«Pasando por Córdoba D. Luis de Ulloa y Pereira (dice don García Coronel en los *Comentarios*), caballero nobilísimo de

la ciudad de Toro, grande amigo nuestro y uno de los mejores poetas que hoy tiene España, y que puede competir con los más ilustres de la antigüedad, le escribió D. Luis este soneto, habiendo entendido que iba huyendo de los desdenes de su dama.»

No era, precisamente, de los desdenes—si no es que sobrevinieron como secuela del escándalo—, de lo que huía Ulloa; pero, ¿adónde se encaminaba pasando por Córdoba?

En el año 1616, que bien pudo ser el de la precipitada fuga del poeta de Toro, estuvo D. Luis de Góngora en Toledo, y como en esta ciudad Ulloa tenía parientes, bien pudo ser allí donde se encontrasen los dos Luises.

Por Córdoba o por Toledo fué a parar Ulloa a Madrid, con la esperanza de que su hermano, cada día más afortunado en los lances del juego, le ayudase mientras duraba su peregrinación. Volvió a sufrir el poeta injurias y desdenes, frecuentó, en el tiempo que fué andante en Corte, el trato y amistad de los compañeros de su hermano, gente de malas artes y no buenas costumbres, hasta que Jerónimo esparció la noticia de que D. Luis, dondequiera que iba, llevaba la mala suerte. Esquivaron entonces su trato los supersticiosos tahures y, al fin, sin lograr aumentos, caso de que los pretendiese, y ofendida su dignidad por la crueldad de su hermano, se volvió de nuevo a su casa.

Ya había muerto el marido de Filis, y la pasión, que lejos había cristalizado en purísimas y sutiles metáforas, parece que zozobra a la vista de la musa, bella y libre ya de su dueño, entre las poéticas idealidades y otros apetitos.

Algunos favores y señales de amor le enardecen; pero un cambio repentino y radical de Filis (volvió a casarse, sin duda) sumen al poeta en la desesperación, poéticamente evocada en la égloga piscatoria.

En 1621 volvió Ulloa a Madrid, representando a la ciudad de Toro, para dar el pésame a Felipe IV por la muerte de su padre y la enhorabuena por la sucesión en el trono. Permaneció en la corte algún tiempo, que gastó en pretender y conseguir un hábito para su hijo mayor Miguel, y también *con ocasión de asistir a un señor a quien con el título de marqués se atribuía el origen de grandes casas en España.*

Era este señor D. Ramiro Núñez Felpéz de Guzmán, marqués de Toral. El de Toral y D. Luis de Ulloa eran antiguos amigos; se habían tratado en Valladolid, y el poeta de Toro había compuesto en honor de su amigo poesías que éste sólo podía pagar entonces con mostrarse sinceramente aficionado a la musa de Ulloa. Aunque el de Toral estaba en corta fortuna a los comienzos del reinado de Felipe IV, algo influiría con su tío el de Olivares en la consecución del decreto del hábito de Santiago para D. Miguel de Ulloa. Conseguido en 1623, y cerrada fuertemente la bolsa de su hermano Jerónimo, muy contra su deseo emprendió el poeta el camino de su casa de Toro. Allí, «los cuidados familiares le fatigaban, la comunicación de los amigos le entristecía, con los libros se acongojaba y en todo daba menos señas de sosegado que de mal contento». Sólo en la poesía encontraba algún alivio para sus tristezas, y poco a poco se acomoda, o finge, por lo menos, acomodarse, a la vida simple y ordenada de su ciudad y a las bellezas de la fértil ribera del Duero, que inspira a su musa levantadas y nobles estrofas. «Escribió en esta ausencia una carta en tercetos al marqués mostrando que se ajustaba con su retiro y le remitió otros versos.» Si hemos de creer a las *Memorias*, a esta amistad con el marqués de Toral debemos el que se nos hayan conservado gran número de los versos amorosos de

Ulloa a Filis. La epístola que escribió en esta ausencia empieza así:

Después que pudo más suave Orfeo,  
suspendiendo el furor de las pasiones,  
romper los lazos que formó el deseo  
.....

La plácida existencia que se imaginaba en sus tercetos el poeta cuando decía:

Oh infalible quietud, donde perfectos  
percibe los acentos el oído  
y distintos la vista los objetos.  
.....

Dichoso aquel que en tu secreto olvido  
pasa ignorando la distancia breve  
del primer llanto al último gemido,

la paz y belleza de los campos, el señorial y apacible cuidado de las flores de su jardín, toda la poesía bucólica soñada y revivida para alivio de su soledad, se disipó como nube ligera con la llegada de una importante noticia que venía de la corte. El marqués de Toral casaba con la hija del conde-duque de Olivares. Adiós paz y sosiego; cierra D. Luis su Virgilio y emprende apresurado nuevo viaje a la Corte.

La omnipotente voluntad del conde-duque hizo que el de Toral, ignorado prócer leonés, pasase a ocupar, con sorpresa, admiración y envidia de los cortesanos más linajudos, el primer lugar, después del valido, en la Corte de Felipe IV. El de

Olivares lo eligió para esposo de su hija única con preferencia a los hijos de Medina-Sidonia, del Carpio y hasta de príncipes extranjeros. Los apologistas del conde-duque dieron una razón genealógica para explicar esta preferencia. La casa de Aviados, cuyo mayorazgo recaía en D. Ramiro, era la cuna de los Guzmanes; el nieto que le diera al conde duque su hija, casada con el señor de Aviados, vendría a ser de esta manera cabeza de todos los Guzmanes. ¿Sería ésta la única razón que decidiera al orgulloso prócer a entregar la mano tan codiciada de su hija María al señor de Aviados? La previsión política, el temor a criar junto a sí un cuervo excesivamente poderoso, si encumbraba demasiado a cualquiera de los otros pretendientes, que se apresurase a sacarle los ojos de la privanza, ¿no pesaría también en su ánimo para decidirle a crear de la nada al marido de su hija? Y el afán de mostrarse omnipotente y soberano en negocio de tanta cuenta, afirmando una vez más el absoluto dominio de su voluntad, ¿no influiría algo en su decisión? Y en último caso—o en primero—, ¿por qué no hemos de suponer que le prefirió a todos por el valor personal, por las prendas de carácter y por su entendimiento?

Con el anuncio de este suceso la fortuna comenzó a sonreír al poeta de Toro; encontró ahora muy afable y muy humano a D. Jerónimo, que le hospedó en su casa, y en extremo cariñoso al marqués.

Adoleció el de Toral de unas tercianas prolijas que le retuvieron en la cama algunos meses, durante los cuales el poeta le asistía continuamente, divirtiéndole *con lo que más parecía de su gusto*, que era, naturalmente, los versos de Ulloa. Compuso entonces muchos, que el enfermo aprendía y repetía de memoria, y entre otros, una extensa y bien entonada epístola dándole la enhorabuena por su casamiento, llena de sa-

bias observaciones políticas y morales, un soneto a la enfermedad que padecía y otro a un retrato del marqués (1).

En los ratos que la asistencia del enfermo le dejaba libres frecuentaba el poeta estoico, el austero moralista, las casas de conversación. «Ha despeñado siempre (dicen las *Memorias*) a Suldino la inclinación del juego; él dice que la sigue forzado; nunca le falta al amor propio afeite con que disimular la fealdad de los vicios; éste ha sido en él más culpable, porque le ha cautivado sin costa, lo ha engañado sin premio». Jugó fuerte, perdió más fuerte, quedó sin dinero y, lo que es peor, empeñado en 3.000 reales de plata. Su hermano Jerónimo, que por naturaleza, contra sus mejores propósitos, no podía ser generoso, le abandonó y volvió a ser el mal hermano de siempre, llegando a afrentarle y desacreditarle entre los tahures sus amigos, con el sabido cuento de que su compañía traía siempre la mala suerte.

Sanó el de Toral de sus tercianas, y en el mes de octubre de 1624 se celebraron sus capitulaciones y la boda del condestable, que el noticiero más diligente y entrometido de la Corte, Andrés de Mendoza, describió con su acostumbrada y puntual prolijidad (2). La boda de los marqueses de Toral se celebró en 9 de enero del año siguiente de 1625.

(1) La Epístola es la que comienza:

Ahora que a los méritos premiados  
Está, señor, la emulación rendida

y los sonetos:

Físico Apolo, del dolor te mueve

y:

En esta que el pincel ha trasladado

(2) Relación de Andrés de Mendoza, capitulaciones de los señores marqueses de Toral y boda del señor condestable de Castilla, mascarada y acompañamiento de Su Majestad. En Madrid.—Por Bernardino de Guzmán.

Marcharon los recién casados a Aranjuez, donde estaban los Reyes, y quiso el marqués que entre las personas de su séquito los acompañase D. Luis Ulloa, el amigo poeta. En cuanto llegaron a oídos de D. Jerónimo las nuevas del viaje y de la privanza de su hermano, se presentó a él con amable y rendido continente, y el poeta, que estaba muy favorecido, pero muy sin dineros, aceptó del hermano algunos ducados para gastos de viaje.

Tuvieron una larga y seria conversación. Le expuso Jerónimo las inquietudes de su vida, el ardiente deseo de borrar el mal nombre y la mala fama que su equívoca conducta le había granjeado y su propósito decidido de marchar a Indias; pues las cosas de España venían estrechas a su corazón. Si alcanzaba un hábito que le abriese puertas y voluntades, esperaba volver de allá muy pronto tan rico, que le sobrase con que levantar la vieja casa de los Ulloa-Pereiras. Si el poeta con su valimiento le conseguía el hábito, podía contar también con su gratitud contante y sonante.

Con repugnancia, mitad convencido y mitad obligado, accedió D. Luis a interponer su amistad con el yerno del conde-duque, para conseguirle esta merced. A los pocos días, por intercesión de la marquesa de Eliche, ya de Toral, recibió el poeta un decreto de hábito de Santiago. Al abrirlo, vió con gran asombro que venía extendido para él, y acudió inmediatamente al conde-duque con el fin de que se enmendase, poniendo el nombre de su hermano Jerónimo en lugar del suyo propio. No quería acceder ni rectificar el valido, prometiéndole para contentarle, que muy en breve se le haría una merced semejante a su hermano; pero tuvo que rendirse el de Olivares a las insistencias del poeta que *llegaron a los términos de la necesidad*, en opinión de los cortesanos, testigos de la entrevista.

*No hay enfermedad tan mala como la salud que se recibe de los enemigos.* Don Jerónimo recibió displicente lo que con tanto ahinco solicitara, y desengañado y confuso volvióse D. Luis a Aranjuez al lado de los marqueses.

No tardó en recibir de su Mecenas una muestra positiva de aprecio. Antes de terminar el año de 1625, o a lo sumo en los comienzos del siguiente, se le hizo merced del oficio de Corregidor de la ciudad de León.

Llegó el momento de cobrar a su hermano los ofrecimientos espontáneos y generosos, ahora que para el viaje y acomodo le estarían bien algunos ducados; pero había tenido mala temporada con el naípe el flamante santiaguista; le mostró todo su capital, 100 doblones, repartieron a 200 escudos, y con ellos tomó el poeta la vuelta de Toro para despedirse de los suyos y continuar el viaje a su ínsula.

Aún no había pasado el primer año de su gobierno, cuando murió la hija del conde-duque, la esposa de Toral. Temieron entonces los allegados y protegidos del marqués que pronto se le enfriaría a Olivares el entusiasmo por el yerno, que volvería a su anterior mediocridad. Para consolar al amigo y protector en la desgracia, que tan viva y sinceramente sintió, al mismo tiempo que para acreditar su afecto y adhesión en los tiempos nublados, escribió el poeta una larga epístola elegíaca, llena de pensamientos morales, si no muy nuevos, muy bellamente expresados. Al final de esta epístola alude el poeta con mucha discreción a los nuevos favorecidos del marqués y a las incomodidades de su vida de corregidor:

Que yo, de vuestras sombras animado,  
En cuanto asisten otros al semblante,  
Más merecido, sí, no más amado,  
En el clima más áspero y más crudo

Que la codicia penetró sedienta,  
Será, señor, que vuestras glorias cante.

.....  
Y así mi nave fatigada intenta  
Exercitar el piélagos espumoso,  
O suceda la calma o la tormenta;  
Que si cediendo al tiempo riguroso  
Atravesare sin bonanza alguna  
De la vida el estrecho proceloso,  
En la patria del alma no hay fortuna.

Mal contento se hallaba en León, porque si embozadamente lo apunta en esta epístola, sin rebozo lo declara en la canción *A una dama muy entendida y de muy buena voz*, a la que ruega solicite del marqués le saque del lugar de su destierro junto al Torío,

Rudo nombre de río  
Donde confuso ahora  
Con los acentos que cantaba llora.

En otra epístola escrita también por este tiempo a su amigo y paisano el poeta D. Francisco de Vitoria, pondera también sus fatigas:

A este príncipe excelso, en aras pías  
Como a causa primera en mis acciones  
Rendirán gracias las potencias más,  
Y si bien oprimido en las prisiones  
Que limara solfícito el deseo,  
Arrastro los molestos eslabones

En el afán prolijo de mi empleo,  
Le reconozco cuanto en ocio lento  
De Títilo envidiaba Melibeo.

Aquel profano estruendo del casuístico ejercicio, tan mal avenido con el ocio de las musas, al cual sólo puede consagrarse Ulloa en algunos días de descanso en su casa de Toro, fué, andando el tiempo, motivo de orgullo y satisfacción para el poeta, cuando redactó un notabilísimo documento en el que adoctrinaba con prudentes y políticas lecciones, aprendidas en el ejercicio del corregimiento, a su hijo D. Juan, nombrado a su vez corregidor de la ciudad de Ecija. ¡Con cuanta complacencia evoca entonces D. Luis sus años de corregidor en León y su diligencia y acierto en la carestía del año 1627, que lograron tener provista a la ciudad con tal abundancia de mantenimientos, que de las comarcas próximas venían las gentes a comprarlos!

Por lo que toca a los nuevos servidores y criados del marqués, no andaba descaminado el corregidor de León. Como moscas a la miel rodearon al de Toral escritores y poetas, en cuanto le vieron encumbrado y favorecido por modos tan extraordinarios; y desde el famélico y atolondrado Mendoza, hasta el gran D. Francisco de Quevedo, más adulator de lo que se supone y de lo que pudiera esperarse de sus alardes de independencia, pasando por D. Juan Ruiz de Alarcón, todos, quién más, quién menos, trataron de cobijarse bajo el amparo del marqués, ya duque de Medina de las Torres.

Los vaticinios de los agoreros pesimistas no se confirmaron, y el conde-duque puso especial empeño en honrar al viudo de su hija, y fué acumulando en él cargos y honores. Duque de Medina de las Torres, presidente del Consejo de Indias, del de Italia, tesorero de Aragón y virrey de Nápoles,

todos estos cargos y otras dignidades y oficios fué obteniendo, sucesivamente, por gracia y afecto de su suegro.

En la epístola que D. Francisco de Vitoria escribió a don Luis de Ulloa en la temporada de descanso que pasó en Toro, le instaba a que siguiese cultivando la poesía, alabando las prendas del prócer a quien servía, o cantando a la dama que, en otro tiempo, tan bellos sonetos le inspirara. Al prócer lo quisiera Ulloa más cerca—señal de que el poeta había salido de León y manera de evitar que en la Corte se aficionase a otros escritores—, y en cuanto a su Filis:

Ahora que al doméstico cuidado

Convierte, humana la atención divina

Y a conjugables fueros el agrado,

Y la violenta Juno ya Lucina,

Que voluntaria al tálamo introduce,

Desdén depones y altivez inclina

Cuando a fecundos lazos se reduce,

Y asida al tronco que el desdén hufa

Renuevos felicísimos produce,

¿Quién moverá la lírica armonía

Que templada en unida consonancia

Por calidad oculta se movía?

En verdad que con el agrado de los *conjugables fueros* y con esos *felicísimos renuevos* perdía mucho Filis para musa platónica.

Siendo corregidor de León intervino D. Luis de Ulloa en un acontecimiento histórico importante.

El día 21 de abril del año 1629 fué bautizado en la parroquia de San Justo y Pastor, de Madrid, un niño con el nombre de Juan, «hijo de la tierra». Algunos días después una humil-

de mujer, llamada Magdalena, entraba en León con el niño, y el corregidor de la ciudad, por especial encargo del duque de Medina de las Torres, vigilaba y atendía con esmero la crianza del nuevo *Don Juan de Austria*.

Sabida o supuesta la participación del duque en los secretos y aventuras amorosas del Rey, y, si como se dijo, él fue quien puso en relaciones a Felipe IV con *la Calderona*, nada tiene de extraño que se confiase a la guarda y cuidado del fidelísimo Ulloa el hijo de estos amores. Muchos años después recordaba Ulloa, muy discretamente, estos servicios en la dedicatoria de sus versos «A la Alteza del señor Don Juan de Austria.....», «el corto valor deste obsequio puede aventajar cualquiera (no competir con la antigüedad de la inclinación que ha deseado algún empleo en el servicio de V. A.) desde que en los primeros días de su infancia (hallándome ocupado en León) admiré la esperanza que daba de las heroicas prendas que hoy se reconocen». Estas palabras nos prueban, además, que debió permanecer Ulloa en León hasta bien entrado el año 1631.

Antes de comenzar el siguiente de 1632, estaba ya Ulloa de vuelta de su empleo en Madrid, tan alcanzado como se había ido, y ésta es la mejor alabanza de sus gestiones como corregidor.

Encontró a su hermano en la Corte más rico que nunca y tan tacaño como siempre. Tal vez, huyendo del poeta, emprendió entonces D. Jerónimo un viaje por Andalucía con el propósito de visitar a su tío D. Diego, que ejercía entonces un cargo en aquella tierra. El duque había crecido mucho en autoridad y jerarquía; le rodeaba ya una lucida corte de plausores que no vería con buenos ojos la llegada del antiguo y constante servidor. No es extraño por esto que experimenta se algunos sustos de la dicha; «suma infelicidad padecer desco-

modidades de miserable y tener riesgos de poderoso». De estos eclipses del favor y del estoicismo con que soportaba y estaba dispuesto a soportar la adversa fortuna, nos dan buena idea algunos versos y una epístola que por entonces dirigió a una dama (1).

..... de mi vida

Sólo puedo decirte que se pasa  
Ni alentada de nadie ni atendida.

    Mi habitación, mirada como casa,  
O por estrecha o por humilde, fuera  
Al voto de Diógenes escasa;

    Pero mi desengaño la pondera  
Para el mar de la vida por bastante  
Cuando como bajel la considera.

.....  
Ni mendigo la fama ni el socorro,  
Ignóranme el aplauso y el desprecio  
Y ni me desvanezco ni me corro.

    Aquí tan corto que parezco necio  
Y tan esquivo que parezco ingrato.

.....  
    Que en los afanes que me ofrece el cielo  
No es arrogancia, Filis, es ventura,  
Primero que el dolor llega el consuelo;  
    Y en premio a la paciencia ya segura  
Y a tantas pruebas de pesares fuerte,  
Cierto calor de luz ardiente y pura

---

(1) Es la Epístola que comienza:

    Aunque en tu acuerdo, Filis, he vivido  
.....

Más que la lumbre natural me advierte;  
Que cuando al gusto no se ajuste nada  
Y en todo venza la contraria suerte  
Del alma hará más fácil la jornada,  
Más leve el hospedaje de la vida,  
Lo menos que tener en la posada,  
Lo menos que dejar en la partida.

Esta Filis, ¿será la misma musa platónica que años antes cantaba el poeta? ¿Qué nuevos rumbos había tomado la vida de esta mujer, que se atraviesa constantemente, envuelta en misterioso cendal, en la vida de D. Luis de Ulloa?

Otros muchos versos compuso por entonces, dedicados a Filis, y en algunos que no estaban escritos para ella la recuerda y la invoca.

Un poeta amigo y servidor de Medina de las Torres, en la Corte del Rey artista, no podía estar ocioso sin ser mal cortesano, y, así, le vemos escribir sonetos en las *esperanzas del nacimiento del Príncipe Serenísimo de Asturias*, *A la muerte del Rey de Suecia*, *En aplauso del soneto del Infante Don Carlos* y con otros motivos de pública y general preocupación. No podía faltar el soneto de D. Luis de Ulloa en aquel magnífico y banal alarde que las letras españolas hicieron con ocasión del certero disparo de S. M. el Rey contra el toro que había salido triunfador en el anfiteatro de Felipe el Grande (1).

---

(1) Anfiteatro de Felipe el Grande, Rey Católico de las Españas, Monarca Soberano de las Indias de Oriente y Occidente, Siempre Augusto, Pío, Feliz i Máximo. Contiene los Elogios Que han celebrado la Suerte que hizo en el Toro, en la Fiesta Agonal de treze de Octubre deste año de MDCXXXI. Dedicale a su Magestad D. Ioseph Pellicer de Touar... Madrid.—Por Juan González. En la edición del marqués de Xerez (1890) el soneto de Ulloa (epigrama XIII) ocupa la página 45.

No podría excusarse, tampoco, de asistir alguna vez a las Academias de la Corte; por lo menos, un soneto de los que han llegado a nosotros lo compuso con el tema de una Academia (1).

Por consejo del poeta, había comprado D. Jerónimo de Ulloa un oficio de procurador en Cortes, con la oportunidad de que, en las primeras que se convocaron (1632) para jurar al Príncipe, le tocase en suerte representar a la ciudad de Toro. Para hacer valer más sus servicios y mostrarse oficioso con el privado, obligó a D. Luis que le presentase al duque de Medina de las Torres, prometiéndole que le tendría presente en su Memorial de mercedes. Llegó la hora de presentarlo. El conde-duque delegó el ajuste y concesión de ellas en su yerno, y éste echó de menos, entre las peticiones de D. Jerónimo, alguna que se refiriese a su hermano. Así se lo hizo ver al procurador y pretendiente, que hubo de reformar el Memorial solicitando un oficio para el poeta. «Yo no soy amigo de revolver—dijo después el duque de Medina de las Torres a D. Luis—, pero poca parte tuviérades en las mercedes de las Cortes, si se dejara a la voluntad de Fraudelio, que en nada parece hermano vuestro.» Buscado o no, resalta el contraste de los dos hermanos, el egoísmo de Jerónimo con el disgusto del poeta cuando consiguió el decreto de hábito de Santiago extendido a su nombre y aquella su insistencia por reformarlo, que llegó a los extremos de la necesidad.

La merced concedida ahora a D. Luis de Ulloa fué el co-

---

(1) Es el que comienza:

Voz de oráculo fué que se entregara  
.....

En las dos ediciones de los *Versos* de Ulloa, después de copiar el epígrafe que trae el soneto en las Memorias, se agrega: «Después se hizo comedia desto».

regimiento de la ciudad de Logroño, en donde estuvo hasta el año 1637.

Durante este tiempo ocurrieron sucesos y se prepararon acontecimientos que habían de influir notablemente en la vida de nuestro poeta.

El duque, su favorecedor y mecenas, joven y viudo, trató de casarse de nuevo, y ya en camino de subir, pretendió a la heredera más rica de Italia, a la princesa de Astigliano. Su mismo suegro, que seguía profesándole rara estimación, le ayudó a conseguir su propósito nombrándole virrey de Nápoles, aun a trueque de hacer dejar este cargo por la fuerza a su deudo el conde de Monterrey. Una vez en Nápoles el Medina de las Torres supo agradar a su prometida y pronto se celebraron las bodas.

Cuantos han tratado incidentalmente del magnífico príncipe de Astigliano—nadie le ha consagrado todavía un estudio detenido y documentado—han reconocido las excelentes dotes naturales que le adornaban. Cánovas y Gabriel Maura le consideran muy superior a los cortesanos que, muerto el conde-duque, rodeaban a Felipe IV, primero, y a Carlos II, después, ansiosos de la privanza. Su tacto y habilidad a raíz de la caída de su suegro fueron extraordinarios, pues sin pecar de ingrato ni de desagradecido, supo, por sí mismo, conservar la estimación del Rey que si para válido le temía, lo buscaba para consejero. Su cultura nada vulgar, su pasión por las Bellas Artes, de la cual son una prueba elocuente nuestros Museos, su generosidad y trato, le granjearon y dieron un lugar preeminente en la vistosa y elegante corte del Rey artista. Y si su conducta privada no era muy bien regida y austera, ¿del Rey abajo había alguno que pudiese arrojarle la primera piedra? Y aun en esta materia, creo yo, que las murmuraciones, las envidias y los odios cortesa-

nos habrán recargado los verdores de su retrato. Por si hubieran sido pocas las aventuras y devaneos en que sus contemporáneos, con mayor o menor razón, le supusieron mal entretenido, en nuestros tiempos se le ha achacado también el raptó de Isabel Clara, la hija de Lope (1). El Sr. Cotarelo ha echado por tierra estas cavilaciones que no resisten un análisis serio y desapasionado.

El viaje a Nápoles del duque fué una desgracia para el corregidor de Logroño, a quien en estos años sobrevinieron serias preocupaciones y negocios con motivo de la guerra con Francia. Uno de los episodios de ésta se desarrolló en tierras cercanas a las de su corregimiento, y a juzgar por el encabezamiento de una de sus poesías (2), el pacífico Ulloa se vió, contra su voluntad y vocación, mezclado con las gentes y servicios del *Marte español*. Sin embargo, debió gozar también de largas temporadas de descanso y quietud.

Sea porque ya tenía bien aprendido el oficio, sea porque al secundar en él, lo tomó con más filosofía, durante su corregimiento en Logroño, escribió muchas composiciones cortas y un largo y hermoso poema, *La Raquel*, que, como dijimos,

---

(1) Aventuró esta hipótesis Barbieri en su libro *Últimos amores de Lope de Vega Carpio, revelados por él mismo en cuarenta y ocho cartas inéditas y varias poesías*. Madrid.—José María Ducazal.—1876.

(2) Es el romance que empieza:

Para escuchar desventuras,  
Bien, señor Don Constantino,  
Por mi Licenciado Ortiz  
Osadamente os elijo

.....

y dice el encabezamiento o título: «A D. Constantino Ximénez, pidiéndole algunas flores para el jardín que tenía maltratado la sequedad del tiempo: Escribióle viniendo de la asistencia que tenía en Navarra, en los principios de las guerras de Francia, al tiempo de la rebelión de Portugal, con que se inquietó la frontera de Zamora y Toro, donde asistía.»

estaba dedicado en el manuscrito al duque de Medina de las Torres, *virrey de Nápoles y príncipe de Astillano*.

Por las razones expuestas al tratar de la fecha en que hubieron de ser escritas las Memorias, dedujimos que *La Raquel* debió ser escrita hacia el año de 1637. No estaban todavía ni Ulloa ni el conde-duque en la *oposición*; pero la intuición de Menéndez y Pelayo vislumbró en las estrofas de *La Raquel* un cierto resplandor bélico. Menéndez y Pelayo se trasladó, por gracia de su genio histórico, a la época de Ulloa, y juzgó el poema, equivocando la fecha, con los mismos prejuicios que los contemporáneos.

En las respuestas a la *Censura* de Bocángel, ya citada, al llegar al examen de la octava 68, dice D. Luis de Ulloa: «Por no poco sustancial juzgué la moralidad con que aquí se advierte el descuido de los tiranos cuando hacen ostentación de su poder al tiempo que tienen más cerca el fin, y ojalá que hubieran todos juzgado esta estancia por vacía y no trascendiera la malicia a sacar della y de otras de este papel, sentido bien diferente de mi intención.» No faltaría algún envidioso adulator que hiciese notar al conde-duque en alguna copia esta octava:

¡Oh mudanza forzosa en la fortuna!  
¿Qué vanidad en tu valor blasona?  
La que a sus plantas ostentó la luna,  
pareciéndola poco la corona:  
ya sin aliento de esperanza alguna  
entre la turba vil que la baldona,  
es víctima sangrienta de villanos;  
esto acontece, ¿y duermen los tiranos?

o versos como los siguientes:

.....  
Que los príncipes mandan cuando pecan  
y en la vida culpable de los reyes,  
no son vicios los vicios, sino leyes

que serían la causa de cierta desgracia que sufrió el poeta en Toro, en la pequeña corte del conde-duque (1).

Las Memorias nos informan de que, terminado el tiempo de su corregimiento en Logroño, y hacia el año de 1639, pretendió pasar el poeta a Nápoles con dos de sus hijos, buscando el amparo del duque de Medina de las Torres. Acudió a su hermano D. Jerónimo con la pretensión de que le adelantase algún dinero para el viaje; pero, una vez más, experimentó la dureza de aquel corazón codicioso y cruel.

Al año siguiente, en 1640, estalló la guerra con Portugal, y como la ciudad de Toro es de las principales de la frontera, se puso en pie de guerra, y allí acudió nuestro mayorazgo a cumplir sus deberes de vasallo del Rey si la ocasión se le presentaba. Hombre de corazón apacible, no sabemos que empuñase las armas; sí la lira, para dejarnos, entre otras composiciones, una pintura de su jardín en metáfora de la guerra, imitación del romance de Góngora *Esperando están la rosa*, que empieza recordando también el *Dejad los libros ahora*:

.....  
Plaza de armas es mi Patria,  
montados son mis vecinos,  
espías mis camaradas  
y dragones mis amigos.

---

(1) Así se desprende de la Epístola ya citada al P. Hernando Dávila, «cuando la embidia procuró estorbar el valimiento que tuvo con el conde de Olivares en Toro».

Yo, que no sé de Marcial  
sino algún verso latino,  
y de castellanas voces  
era tan legal ministro

.....  
Toda la primera hilera  
de delicados narcisos,  
la degolló de un bochorno  
el invisible cuchillo.

El cuartel de los claveles  
lo sangriento remitido,  
de pálidas maravillas  
toma el semblante pajizo.

.....  
Campa en fe de sus espadas  
rústica escuadra de lirios,  
armas francesas, en quien  
no puede durar el brío.

.....  
Y aun esto inútil que resta  
de tanto escuadrón florido,  
lo quiere pasar a fuego  
el general del estío.

Parece que hasta el año 1644 no volvió a la Corte. Antes ocurrió la caída del conde-duque y su retiro a Toro.

Han llegado a nosotros varias versiones de su entrada y de su estancia en la ciudad, y todas coinciden en relatar el encuentro del conde-duque con nuestro poeta.

En las *Cartas de algunos PP. de la Compañía*, tomo V, página 140, se dice: «Viernes 19: se supo que entraría el día siguiente por la mañana. Salióle a recibir la ciudad por su

corregidor y cuatro comisiones, y a todos dió los mejores lugares en su coche, quedándose en el estribo izquierdo. Así entró por la plaza y calles más principales, y en una de ellas encontró a D. Luis de Ulloa (caballero natural de allí, que después de haber servido a S. M. pasa desacomodado), y como si le hiciera sangre el parentesco de adversidad, paró el coche y le mandó entrase con él en aquel estribo; y aunque lo excusó, hizo que le obedeciese, diciendo que, si bien *estaba muy gordo*, no sería mal vecino, y después de haber tratado con particulares demostraciones de humanidad, hablando en su retiro le dijo: «En fin, es necesario buscar los »hombres para hallar hombres; que los que se van a ofrecer, o »no lo son, o son los más ruines» (1).

Bien supo pagar el poeta estos agasajos, pues seguramente a raíz de la entrada del conde-duque compuso uno de sus más hermosos sonetos.

---

(1) Además de *gordo* debía ser D. Luis de Ulloa muy alto, a juzgar por algunas alusiones de D. Francisco de Avellaneda en el *Vejamen* del certamen de la Soledad: «¡Oh!, qué hermosa cuadrilla se descubre por la puerta del Sol... Llevan por Padrinos al siempre grande D. Luis de Ulloa y al no menor, aunque más joven, D. Román Montero; por ser los primeros, sus sonetos sirven de empresas a sus escudos; al ver los dos mejores raudales de Helicon, les sirvió en dos fuentes esta quintilla el Padre Urbán:

Del premio la contingencia  
La vence sin diferencia,  
Hecho fuentes, fray Urbán,  
Porque Ulloa y Don Román  
Son *grandes* sin competencia.»

Vid. Oña (Tomás), «Fénix de los ingenios que renace de las plausibles cenizas del certamen que se dedicó a la venerabilísima imagen de Nuestra Señora de la Soledad, en la célebre translación a su sumptuosa capilla...» Madrid.—Díaz de la Carrera.—1664.

AL CONDE DUQUE RETIRADO EN TORO

Este varón, que de gloriosa rama  
al Duero se aparece coronado,  
después que de sus méritos fiado  
examinó del sol toda la llama.

Asido de las plumas de la fama  
vive, sobre la envidia contrastado,  
y dentro de las almas retirado,  
logra el amor que universal le aclama.

Siempre con luces de mayor que humano,  
si forzado del vuelo se suspende,  
o no quiere valerse de las alas;  
y en entrambas fortunas soberano  
sube, cuando parece que desciende,  
y son de corazones las escalas.

También corrió por entonces, o poco después, como de Ulloa, este epigrama que no lo hubieran podido escribir más sangriento, ni Villamediana ni Quevedo:

La Monarquía enfermó  
y cada día empeora:  
o el conde gobierna ahora,  
o el Rey siempre gobernó.

La vida de la pequeña ciudad giró desde la llegada de Olivares en torno de su persona. Los toresanos, y acaso la mayoría de los españoles que se preocupaban, desde lejos, de la vida política, tardarían en convencerse, o no se convencieron, de que tan poderoso ministro había caído definitivamente.

Unos temerían y otros desearían—deseo y temor son confiadamente crédulos—que, pasado algún tiempo, habían de volver las aguas a su antiguo cauce. En su pequeña corte de Toro, el conde-duque seguía reinando, agasajado y celebrado por todo el pueblo. Ulloa destacaba entre los más cercanos amigos y conseguía favores, en cierto modo póstumos, de la influencia del de Olivares; pues por su recomendación pudo emplear ventajosamente en Indias a dos de sus hijos.

Sin dificultad y sin competencia, se confirió a sí mismo Ulloa el cargo de cronista del ilustre desterrado. En una poesía escrita años más tarde y dedicada al de Medina de las Torres, habla Ulloa del borrador de las Memorias del conde-duque que tenía compuestas. Nadie las ha visto, pero se nos ha conservado un fragmento de una especie de diario que escribía el poeta y que había de servir indudablemente para la redacción de la nonnata crónica. En este fragmento se relata muy detalladamente la visita oficial que la Universidad de Salamanca, representada por cuatro de sus claustrales, hizo al conde-duque (cosa no vista hasta entonces) y las discretas y elocuentes razones que pasaron entre el antiguo estudiante y rector y los graves maestros de la gloriosa escuela (<sup>1</sup>). El conde-duque recordaba siempre con

---

(<sup>1</sup>) *Visita en Toro, al Conde-Duque, la Universidad de Salamanca, año 1643.* Ms. 4147, fol. 407-10.

«Hizo este papel D. Luys de Ulloa.

«Jueves, nueve de Julio, visitó el Conde-Duque los Monasterios de la Concepción y Santa Catalina de Sena (que le faltaban) y a éste, por ser muy pobre, trató de situar una limosna considerable. Viernes, diez, binieron (por la Universidad de Salamanca) a verle los maestros Merino y Aguilar y los doctores Ramos y Hontiveros; recibíolos con particulares muestras de amor, dando a entender que estimava esta prenda de gratitud. La oración tocó al maestro Merino (por antigüedad) y la hizo más grave que eloquente, ponderando la brevedad con que se haúa resuelto en el Claustro este cumplimiento de su obligación, que sin saberse qual quisiera proponerle primero, se haúa deferminado con aplauso de todos, deteniendose mucho cada uno

orgullo su rectoría de Salamanca, y una de las últimas frases que pronunció, a medias ya, en su última enfermedad, reco-

---

en decir lo que deúan al Conde y en procurar que se hallase alguna circunstancia para esta demostración, que no tuviere exemplar ni le hubiere en lo de adelante. La mayor había parecido imbiar quatro comisarios, cosa no vista hasta entonces; que se trataría de poner en el retrato que tiene suyo, algún eloxio que significase su integridad y prudencia, pues había llegado tiempo en que se pudiesen escriuir estas alabanças en vida sin sospecha de lisonxa.

»Respondió el conde con prontitud y elegancia que tenía por madre a la Universidad y siempre la daba este nombre; en su presencia le turbaba el respeto y se hallaba sin lengua, pero tenía coraçón y en él muy tierna, vivamente depositada, la memoria de los días que se alimentó con su doctrina, y en pocas palabras que mostraron mucho concluyó lo restante. Imbióles luego su regalo de dulces, pescados y caza, y a la tarde fué al Convento de la Merced (donde estauan ospedados) y los llevó en su coche a que viesen los bosques de frutales que enriquecen la ciudad y hacen famosa su ribera, si bien son admirables por la variedad de que se compone su hermosura y por el seguro que les da su abundancia, sin estrecharse con cercas ni aun con señales que dividan la propiedad; dixerón que no habían advertido lo que es tan notable, atentos y pendientes del semblante en que mostraba el conde su constancia y tranquilidad, y sin duda que en esta parte, dexando de decir mucho de lo cierto, parecerá muy poco verisímil; porque si este hombre (realmente grande en todas fortunas) ha dexado voluntario el peso del Gobierno, retirándose a la quietud, camina por senda áspera que ya rompieron otros; pero si, acusado, se ve suspenso de la gracia del Rey, excede los límites de la humanidad disimulando, no sólo las quejas de la fatiga, sino también el ruido del dolor, en que dispensa con él la naturaleza, la ley general de que todos los golpes tengan sonido.

»Sábado, once, en la tarde partieron los comisarios después de hauerse despedido, sin ofrecerse en esto otra cosa considerable.—Domingo, doze, oyó misa el conde en San Idefonso, convento ilustre de dominicos, y estuvo en un Cancel que se le a hecho para asistir a los divinos oficios con más decencia y devoción; a la tarde vió jugar las armas en el patio de su casa (mostrando la inclinación que ha tenido a los ejercicios de agilidad y destreza) y salió al campo caído el sol.—Lunes, treze, por la mañana fué a Nuestra Señora del Canto, ymagen devotísima, en cuyo templo ofrece la piedad desta Provincia frequentes votos y plegarias; la tarde y los demás días hasta el jueves diez y seis de julio pasaron sin novedad, vien que a todas oras hay mucho que advertir en la serenidad deste sujeto, que, berdaderamente, es el primero que se a desconocido por mirarle a mucha luz; pues ausente del resplandor que le daua la eminencia del puesto, a la sombra que le hacen sus émulos, parece mexor.»

gida por quienes la oyeron, fué aquella de «cuando yo era rector de Salamanca».

En esta pequeña corte de Toro, como en la grande de Madrid, hervían, por lo visto, las pasiones, los celos y las envidias de los cortesanos. Ulloa, infortunado siempre en estas lides, cayó pronto de su valimiento. Lo sabemos por la epístola que dirigió a su amigo el Padre «Hernando de Avila de la Compañía de Jesús, en la provincia de Andalucía, cuando la envidia procuró estorbar el valimiento que tuvo con el conde de Olivares en Toro».

Ya adelanté la suposición de que las proféticas octavas de *La Raquel* fueron acaso el ardid de que se valieron sus enemigos para malquistarle con el conde-duque.

Su yerno, el virrey de Nápoles, en cuanto tuvo noticia del cambio político acaecido en Madrid, se apresuró a volver a España a presentarse al Rey en Zaragoza (1).

La desgracia no le tocó, y si no pudo, caso que lo intentara, suceder inmediatamente a su suegro en la privanza, recibió muestras muy claras y efusivas del afecto y cariño del Monarca.

La llegada del duque de Medina de las Torres a Madrid debió ser el motivo del viaje que hizo Ulloa a la Corte en el año de 1644. En Madrid estaba cuando la muerte apagó la luz de los hermosos ojos de la Reina Isabel de Borbón; pero la voz de Ulloa no se oyó en el coro de los poetas que lloraron, cor-

---

(1) «El de Medina de las Torres llegó con las galeras de Nápoles a Denia, y tomó la posta para ir a Zaragoza a ver a S. M. Dícese por cierto estará poco tiempo allí, y me persuado será así porque no están las cosas como él las dejó...»

Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús, tomo V, pág. 497. La carta está fechada en Madrid y 10 de septiembre de 1644.

tesanos, la muerte de la Reina. Nada tiene de extraño. Elia había preparado la caída y dado el último empujón a la privanza de Olivares, y entonces sí que estaba Ulloa en la oposición.

Si no cantó Ulloa entonces elegíacamente, supo burlarse con donaire de los lamentos de los vates madrileños en cierto romance contestación a una epístola de su amigo D. Gabriel del Corral, abad de Toro, sátira cruel de Faria y Sousa, que además de haber tomado parte en la *Pompa funeral, honras y exequias en la muerte de la muy alta y católica Señora Doña Isabel de Borbón*, compuso él solo un poema acróstico a la clarísima Reina de España, titulado *Nenia*.

El conde-duque, que pretendía aparecer, y lo fué en efecto, magnánimo y piadoso, organizó en su pequeña corte de Toro solemnes exequias a la muerte de la Reina, y en ellas sí que alzó su voz nuestro poeta, con un soneto que se colocó en el túmulo (1).

Muy pronto se le presentó ocasión de ejercitar de nuevo su lúgubre musa. El conde-duque no tardó en seguir a la Reina, su rival, en el viaje de que nunca se vuelve. Pero los poetas enmudecieron, y no hubo pompas fúnebres ni siquiera *nenias*.

Entre los años de 1645 a 1650 sufrió Ulloa una gravísima enfermedad que le tuvo a las puertas del sepulcro. Así lo aprendemos de una epístola de que hicimos mención, dedicada al duque de Medina, a quien encomienda como en testamento sus hijos, y en la cual canta las alabanzas del conde-duque, ya difunto, recuerda su retraimiento en la ciudad de

---

(1) Vid. Vera e Isla, obra citada, páginas 175 y 176.

Toro, y habla de los borradores que deja para redactar su crónica (1).

Muerto el conde-duque y muy preocupado el de Medina de las Torres por los sucesos de la Monarquía, tienta la musa de Ulloa buscar otros mecenas, o se ve solicitada por otros próceres, tales como D. Luis de Haro, el hijo del Almirante, y D. Juan de Austria. Así lo demuestran dedicatorias y alusiones de sus poesías.

La vida del hombre de letras, del poeta público relacionado con sus colegas, adquiere verdadera importancia después del año de 1650.

En el de 1653 solicita, con el anagrama de Suldino de Ovalle, el mismo con que se disfraza en las *Memorias*, licencia para imprimir sus versos.

En dos libros impresos en este mismo año encontramos versos de Ulloa en la *Corona sepulcral. Elogios en la muerte de D. Martín Suárez Alarcón, escritos por diferentes plu-*

---

(1) Es la que empieza:

Oy, que menos furioso el crecimiento  
En la guerra interior de mi dolencia,  
Permite algunas treguas al tormento

.....

y acaba, después de entonar un himno a las bondades del conde-duque:

Pero para que el tiempo no consuma  
Causa de tanta fama y tanta gloria,  
I deuda original de altiva pluma,  
Dexaré apuntamientos a la historia  
En no desaliñados borradores  
Que libren del olvido su memoria:  
A Dios, Señor, que llaman los Doctores.

También en la dedicatoria de sus versos a D. Juan de Austria da a entender que está escribiendo una especie de Historia, Crónica o Memorias de sus tiempos.

mas, y en la *Relación panegírica del novenario célebre con que el orden... de Calatrava solemnizó en San Bernardo, de Madrid, su cuarto voto de profesar y defender el... misterio de Nuestra Señora*, obra compuesta y publicada por Gabriel Bocángel y Unzueta. Bocángel Pellicer, Diamante, Solís, Córdoba, Moreto, Zabaleta, además de Godínez, Vitoria, Corral y Almirante, de cuya amistad literaria han quedado pruebas en los versos impresos de Ulloa, serían los literatos amigos del autor de *La Raquel*. Antes, en los últimos días de 1652 o en los primeros del 53, escribió, en colaboración con D. Rodrigo Dávila, la comedia de *Pico y Canente*, representada en el Palacio del Retiro para celebrar la mejoría de la Reina Doña Mariana después de dar a luz a la Infanta Margarita.

No sabemos las causas que retrasaron desde 1653 a 1659 la publicación de los *Versos que escribió D. Luis de Ulloa y Pereira*, tan encomiados en las Aprobaciones por los padres Fray Juan de Avellaneda y Fray Francisco Antonio de Isasi.

Había solicitado en 1655 otra licencia para imprimir la *Paráfrasis de los Siete Salmos penitenciales y Soliloquios*, en romances castellanos, que salió de las prensas madrileñas en el mismo año, en el siguiente de las de Amberes y en 1658 de las de Roma.

Esta paráfrasis se imprimió además en las dos ediciones de los versos de Ulloa y en las *Siete meditaciones sobre la oración del Padre Nuestro*, escritas por la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, glosadas en verso por D. Román Montero de Espinosa (Granada, 1668) (1).

---

(1) También concurrió Ulloa al certamen celebrado en Jaén con motivo de la traslación del Santísimo Sacramento a su nuevo templo.

Vid. Núñez de Sotomayor (Juan): *Descripción panegírica de las insignes*

En el año de 1654 falleció en Toro doña María Vallejo y Pantoja, su segunda mujer, con la cual había estado casado desde 1606. Le dió, que sepamos, cuatro hijos: Miguel, el primogénito, santiaguista y muerto sin sucesión masculina después de 1669 y antes de 1673; D. Diego, hijo segundo, santiaguista, maestro de Campo en el Perú; Pedro Luis, santiaguista, muerto antes de 1669, y doña Magdalena, que nacida en 14 de enero del año 1619, había fallecido ya en el dicho año de 1669.

Pasados los lutos, contrajo por tercera vez matrimonio don

---

*fiestas que la Santa Iglesia Catedral de Jaén celebró en la translación del Santísimo Sacramento a su nuevo y suntuoso Templo, por el mes de Octubre de 1660.*

En el *Vejamen* se dice de Ulloa lo siguiente: En el segundo asunto tuvo primer lugar D. Luis de Ulloa. Ha escrito muchos sonetos bien enamorados y otros bien desengañados. Tradujo el Miserere con música, mas no con disciplina. También tomó este mismo trabajo con los Salmos penitenciales, con que vienen a ser de doblada penitencia. *La Raquel* salió tan desmadejada como una lía. Diósele por premio una vernegal de plata, y dentro va esta quintilla:

Muy oscuros y escondidos,  
Aunque vienen tan medidos,  
Tus versos, Ulloa, están,  
Y aquese premio te dan  
Para que los des bebidos.

Salió de la pluma de Ulloa la relación:

«Fiestas que se celebraron en la Corte por el nacimiento de D. Felipe Próspero, Príncipe de Asturias. Hace memoria dellas al Rey nuestro Señor (Dios le guarde), poniéndolas en las manos del excelentísimo señor Marqués de Heliche, *D. Luis de Ulloa.*» Ocupa las 12 primeras hojas de un volumen que contiene una Comedia de Solís. Vid. Alenda y Mira (Jenaro): *Relaciones de Solemnidades y fiestas públicas...*, pág. 332.

Tiene una *Censura* de D. Luis de Ulloa: «La Perla de dos Orientes. Descripción del... Bautismo de la Serenísima Señora Margarita María de Austria... de D. Gabriel Bocángel Vazueta...», mss.» Vid. Alenda, obra citada, página 323.

Trae una aprobación de D. Luis de Ulloa: «La flemá de Pedro Hernández. Discurso moral y político, añadido y enmendado por su autor, el Licenciado

Luis, en 9 de julio de 1656, con doña María Luisa de Sandoval, natural de Toro o de sus cercanías. Con este tercer matrimonio, vino a cumplir y a pagar el poeta una deuda sagrada; y si no pudo legitimar a su hijo Juan Antonio, que le nació en 1649 de doña Isabel Luisa de Sandoval, es decir, cinco años antes de que muriese doña María Vallejo y Pantoja, pudo ofrecer hogar propio a la madre y al hijo, que aún tuvo otros dos hermanos de padre y madre posteriores al matrimonio: D. Jerónimo y doña María Rosalía de Ulloa (1).

Marcos García. Madrid.—Gerónimo Rodríguez.—1657.» La aprobación está fechada en Madrid, a 4 de julio de 1656.

Una prueba de que D. Luis de Ulloa era muy conocido por estos años entre las gentes de letras la encontramos también en las «Coplas de pie quebrado a D. Isidro Baudres de Abarca, Caballero de la Orden de Santiago, tesorero y caballero del Sr. D. Juan de Austria, aviendo salido a torear a la plaza de Madrid en las fiestas de San Juan. Por D. Agustín Moreto», donde se lee:

Canto en fiestas de San Juan  
Con coplas de más de marca  
Yo el poeta,  
Un joven contra el refrán  
Pues fué en ellas mucho Abarca  
Y mucho aprieta.  
Para darle justa loa  
Las toreiles garatusas  
Oy imploro.  
Y invoco a Don Luis de Ulloa  
Pues sus elegantes musas  
Son de Toro.

(1) Se ha puesto en claro todo esto por un curiosísimo documento que existe en el Archivo de los descendientes de Ulloa, y que, gracias a la bondad del Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz de Aguirre, ha tenido la bondad de copiarne mi amigo el Sr. Izquierdo. Dice así el documento:

*Prebenziones que se an de tener presentes para que sirban de resguardo a Dn. Luis de Viloa Pereira, poseedor del mayorazgo de los Villos oy 6 de nobiembre de 1738 y para sus sizsesores, que todo consta de ynstrumentos.*

En los 27 de setiembre de 1738 asta 6 de octubre de dho. año estuvieron en esta ciudad Dn. pedro Moreton, cura de Abezames y Comisario de el santo oficio de la ynquisición de Valladolid, y un familiar de el con comisión de

Hacen sospechar estos amores de Ulloa si esta doña Isabel Luisa sería la *Filís*, la musa platónica de los versos del poeta; porque sabido es cuán difícil cosa sea mantener incólume el amor ideal, el amor de las almas entre personas de carne y hueso, y cuántos han tropezado y caído de muy buena fe, con el espejismo del amor platónico puro, en las manifestaciones humanas y reales de la pasión amorosa.

El nombre de Jerónimo que tenía uno de los hijos últimos de D. Luis, permite suponer una reconciliación con Fraudelio y

---

dho. tribunal despachada a este por el de la suprema, para azer ynformaziõn secreta, según una memoria que su tenor es el que se sigue:

Dn. Luis de Viloa y frías, Pretendiente, Residente en la Ciud. de los Reyes en Yndias. Y este pretende ser hijo de Dn. Juan Antt.<sup>o</sup> de Viloa y Pereira, quien salio para dhas. Yndias, y que este fue hijo de Dn. Luis de Viloa Pereira y de D.<sup>a</sup> Isauel Luisa de Sandobal.

Dicho Dn. Juan Antt.<sup>o</sup> de Viloa Pereira se bautizo en el lugar de Villar Dn. Diego, Jurisdizion de esta ciud. de Toro, como consta de la Zertificacion siguiente:

*Zertificacion:* Yo Dn. Juan Antt.<sup>o</sup> de la Fuente, Cura Rector de San Pedro de el lugar de Villar Dn. Diego, Vicaria de Toro y obispado de Zamora: Zertifico y juro: *Jacto pectore sazerdotali:* Como en el libro en donde se nominan o asientan las clausulas de los Vautizados de el; ai una cláusula en el folio Ciento y treinta y siete Cuyo tenor es el que sigue: Yo Dn. Joseph Belazquez de la Cueba y medranos, cura propio de la Parrochial de san Pedro de Villar Dn. Diego, doy fee Bautize un niño que dijern ser hijo de Dn. Luis de Viloa y de D.<sup>a</sup> Ysauel Luisa de Sandobal en veintinuebe dias de el mes de abril de este año de mill seiscientos y quarenta y nuebe años; llamose Juan Antt.<sup>o</sup>, fueron sus Padrinos Joseph Ydalgo y D.<sup>a</sup> Juana de sandobal, residente en la ciud. de Toro, testigos Diego Alonso y Franco Garcia, y en fee de ello lo firme fecho vt supra.—Dn. Joseph Belazquez de la Cueba y medranos =ConCuerda con su orjinal, a el que me remito, y para que conste donde conbenga doy la presente en dho. lugar de Billar Dn. Diego, a cinco de nobiembre de mill setezientos y treinta y ocho años =Don Juan Antt.<sup>o</sup> de lafuente.

Y para verificar que dho. Dn. Juan Antt.<sup>o</sup> de Viloa Pereira, hijo de Dn. Luis y de D.<sup>a</sup> Ysauel Luisa de Sandobal, nunca pudo heredar ni suceder en la casa y mayorazgo de los Viloa que Poseia su Padre, se pone aqui la clausula de el testamento a la letra con pie y caueza de el, y es como se sigue:

*Testamento.* Declaro que yo tengo un hijo que se llama Dn. Juan Antt.<sup>o</sup> de Viloa, que a el presente esta casado con Doña Maria de Arias, hija de

un padrinaje, acaso protector, del hermano malo. El poeta vivió noventa años, y en noventa años la fortuna tuvo tiempo más que suficiente para rodar, volver, trastocar y cambiar personas y cosas.

Parece ser que Ulloa, después de su tercer matrimonio, vivió constantemente en Madrid, hasta que un año antes de su muerte, en 1673, se trasladó a su ciudad de Toro, y en ella, a 31 de octubre del mismo año, otorgó un codicilo ante Gabriel Gutiérrez, revocando y reformando algunos extremos del testamento que hiciera en Madrid a veintinueve días del mes de mayo de 1669 ante el notario Antonio Vega.

---

Dn. Juan de Arias yiebra, Capitan de Caballos V.<sup>o</sup> de la Ciud. de Toro, el cual le hube en la dha. D.<sup>a</sup> Ysael Luisa de sandobal, mi muger; antes de casarme con la susodicha, y estando casado con D.<sup>a</sup> Maria Ballejo, mi primera muger, que murio, como llebo dho., en el año pasado de mill seiscientos y cinquenta y quatro; y el dicho Dn. Juan Antt.<sup>o</sup> nazio el de seiscientos y quarenta y nueve, y se Bautizo en el lugar de Billar Dn. Diego, Jurisdizion de la dha. ciud. de Toro, y fueron sus Padrinos Joseph hidalgo, que oi tiene tienda de tintorero en esta Corte, y D.<sup>a</sup> Juana de Sandobal, su abuela, y por que el dho. Don Juan Antt.<sup>o</sup>, mi hijo, me dijo que el dicho su suegro tenia una merzed de Auito para casar a su hija; abia echo nonbramiento, en el de la dha. merzed, y que para facilitar las informaciones necesaria encubrir su Bastardia, y auia concertado con el cura que le bautizo que pusiese el asiento y zertificacion de su Bautismo en forma que pareziese auer nacido siendo yo Biudo, y para conseguir esto me pidio que yo lo de Clarase de manera que tubiese fuerza la dha. fee; y aun que yo le replique el grande perjuizio que se seguia de azer la dha. declarazion a los hijos lexitimos y suzesores en mi Mayorazgo, y que era cosa mui escrupulosa y sujeta a imposible restituzion; a que me ofrecio dandome palabra que no se baldria de ello sino es para las ynformaciones de su abito; y dejandome Vencer de sus Ruegos; yce un Cobdizilo ante Deonisio de escobar, escribano de su Magd., por el mes de febrero pasado de este presente año de seiscientos y sesenta y nueve, y en el tengo declarado todo lo necesario para la pretension de el dho. Dn. Juan Antt.<sup>o</sup>; y auiendo considerado despues aca los grandes daños e inconvenientes, pleitos, disgustos y otras disensiones que se pueden ofrecer y que todo es y puede ser en gran cargo de mi conzienzia, para descargo de ella decclaro que el dicho Cobdicilo y declarazion que en el ize es falso y faltando a la verdad en todo lo que contubiere la dha. declarazion, por que

Los puntos principales que toca este codicilo son: ordenar que sea enterrado su cuerpo en la capilla mayor de la parroquia de la Santísima Trinidad de Toro, de la cual era patrono como mayorazgo de su casa; agregar tres nuevos testamentarios y, entre éstos, a su hijo D. Juan Antonio, y transferir el derecho que había otorgado en el testamento de Madrid a su mujer, de gozar y percibir los bienes y rentas del mayorazgo después de su muerte, por poder que tenía de su hijo Diego, sucesor en la casa, a su hijo D. Juan Antonio.

Algunos meses después, el día 3 de marzo de 1674, dejó de existir el poeta, y fué enterrado su cuerpo en la capilla que

---

la yze a instancias y Ruego de el dho. Dn. Juan Antt.º, mi hijo, por que la verdad es lo que llebo aqui declarado y a lo que se a de estar y pasar por ser zierto: para desCargo de mi conziencia y a maior abundamiento, reboco y anulo la dha. declarazion y la doi por ninguna y el dho. Cobdizilo como si no lo hubiera echo y otorgado.

En cúa firmeza lo otorgo asi ante el presente escribano y testigos en la Villa de Madrid a veintinuebe dias de el mes de Maio de mill seiszientos y sesenta y nueve años, siendo testigos Dn. Manuel diaz Martin Martínez, Bernardo Rodriguez noble, Gerónimo de las eras y Eujenio de castañeda, vos. de esta dha. Villa, y el otorgante a quien yo el escribano doi fee que conozco lo firmo=Don Luis de Villoa=ante mí Antt.º de Bega; Yo Antt.º de Bega, escribano del Rey nuestro señor y del numero de Madrid, presente fui a lo que dho. es y en fee de ello lo signe y el registro queda en el sello Cuarto=en testimonio de berdad=Antt.º de Bega.=Y por la clausula de erederos se conoce lo dho. arriba, pues no le nombra dho. Dn. Luis a su hijo Dn. Juan Antt.º a la herenzia y se pone aqui a la letra para que se tenga presente.

*Clausula.*—Y Cumplido y pagado este mi testamento, en el remanente que quedare de todos mis Vienes y otros cualesquier derechos que me pertenezcan en cualquier manera, nonbro por mis herederos huniVersales a los dhos. Dn. Miguel y Dn. Diego de Villoa, Caballeros del auito de Santiago, y a Dn. Geronimo y a D.ª María Rosalea de Villoa, mis cuatro hijos lexitimos y de las dhas. D.ª María de ballejo y D.ª YSael Luisa de Sandobal, mi primera y segunda muger, para que lo ayan y hereden con la Vendicion de Dios y la mia.

tenían los Ulloas, y siguen teniendo sus descendientes en la iglesia de la Santísima Trinidad de Toro (1).

La iglesia está próxima al gran palacio de las Leyes, que después del último incendio ha quedado reducido a una muy

---

(1) Vera e Isla copia la partida de defunción en la pág. 178 (nota) de su mencionado libro.

El Codicilo, copiado a la letra por mí en el Archivo de protocolos de Toro dice así:

En 31 de otte.—Dies maravedis.—Codezillo rebocación y enterramiento, fol. 654.

Sello quarto, diez maravedis—año de mil y seiscientos y setenta y tres.

En la ciudad de Toro, a treynta y uno de octubre Año de mill y seiscientos y setenta y tres. Ante mí el escriuano y testigos Pareció El Sr. Don Luis de ulloa pereyra, V.º y natural de esta dh. ciudad.—Dijo que otorgo su testamento, última y postrimera boluntad, ante Antonio de bega, escriuano del número de la villa de Madrid, donde residió muchos años, y a el presente se alla en esta ciudad, con edad de nobentta poco mas o menos, y porque demas de que la muerte es cierta a toda criatura y con su larga edad a ella esta mas próximo, queriendose prebenir como catolico cristiano, por este su cobdecilo declara y ultimamente dispone lo siguiente.—Lo primero dijo que por quanto a el tiempo que otorgó el dho. su testamento se hallaba, como ba dicho, en Madrid, en quanto a esto es su boluntad que si Dios nuestro Sor fuere servido de le liebar en esta ciudad su cuerpo sea enterrado en la parroquia de la santissima trinidad en la capilla mayor de ella, donde lo estan sus padres y otros sus azendientes, como patron que es de la dha. Capilla.

Item: demas de los testamentarios que en el dho. su testamento quedan nombrados para que le cumplan, y esta su última boluntad, agora nombra asimismo a los Señores Don Juan Brabo de lugo y Sotomayor, Don Juan Zapata Deza y Osorio, Cav.º del orden de Alcantara y Don Juan Antonio de Ulloa, su hijo, theniente de alguacil mayor de esta ciudad, con boz y boto en su ayuntamiento, a los quales y a cada uno *in solidum* da cumplido poder para que puedan cumplir lo contenido en su testamento y lo que se contuviere en este su cobdecilo, del qual dho. testamento declara dejó traslado autorizado con sus papeles en la dha. Villa de Madrid.

Item declara que siendo de muy tierna edad, El lizdo. Pedro Nabarro, Canonigo que fue de la Colegial de esta Ciudad, le puso pleyto sobre que reconociese un fuero de siete cargas de trigo de Rentta en cada un año, que pretendia tener sobre una eredad de tierras de pan llevar que de su mayorazgo goza en el termino del lugar de el Soto, xurisdiccion de esta ciudad; y aviendo comenzado a hazer diligencias en su defença porque no tenia xusticia, el dho. Canonigo Pedro Nabarro, con su buena abilidad y maña, conociendo que el otorgante se allaba a la sazon con necesidad de dineros, le

pequeña parte. El tiempo, inexorable, lo ha mutilado como a toda esta bella ciudad. Ha derribado hermosas iglesias, ha rendido torres, fortalezas y murallas; apolilló artesonados, mutiló las fachadas de los palacios, afeándolos con horribles y anacrónicos pegotes. Aún quedan, sin embargo, elocuentes

ofrecio doscientos ducados; con efecto, se los dió, por cuya causa yzo el dho. reconocimiento, y agora, por descargo de su conciencia, declara lo referido para que sus erederos, y en particular a quien tocara la subzesion de su casa y mayorazgo, defiendan cosa tan ynjusta como mas convenga y hubiere lugar de derecho.

Item declara que la dha. su casa y mayorazgo, por ser de anaçion rigurosa y aber fallecido sin yxo varon Don Miguel de Ulloa, su yxo legitimo y del lexítimo matrimonio que contraxo con Dona maria pantoxa, su lexítima muger, cauallero que fué del orden de Santiago, le toca y perteneze la subzesion del dho. mayorazgo, despues de sus dias, A Don Diego de Ulloa, su yxo legitimo y de la dicha doña Maria Pantoxa. su lexítima muger, cavallero que tambien es de la orden de santiago y maese de campo, que al presente se alla en los nuevos Reynos de Yndias, y despues de sus dias y del dicho maese de campo, su yxo, toca y pertenece la dicha subzesion en su casa y mayorazgo a Don Geronimo de Vlloa, su yxo y de D.<sup>a</sup> Luisa de Sandoval, su tercera muger, y tambien lo declara así por descargo de su conciencia.

Por quanto la fundacion de su mayorazgo, que ycieron Juan de Ulloa Pe-reyra, vezino y rregidor que fue de esta ciudad, y Doña Maria de Ulloa, su muger, La otorgaron en ella A primero dia del mes de mayo del año pasado de mill quinientos y treinta y quatro Ante francisco de andujar, escribano que fue del número de esta ciudad, en cuyos papeles subzedió antonio de parexa Requena, ssno. que es al presente del número de esta ciudad, donde se ha buscado y no parece dha. fundazion ni el protocolo de el dho. año; porque no se oscuresca mandó que el dho. mayorazgo, que tiene original signado del dho. francisco de Andujar, se entregue, y con efecto queda en poder de el presente ssno. hasta que despues de los dias del dicho Sr. otorgante se entregue con cuenta y razon a la persona que en su lugar subcediere en la dha. casa y mayorazgo.

Item dijo que por cuantto el dho. maese de Campo Don Diego de Ulloa, el su hixo, como immediato subcesor de el dho. mayorazgo, por escritura que otorgo en la ciudad de los Reyes de el Peru, en siete de Enero de el año pasado de mill y seyscientos y sesenta y cinco, ante marzelo Antonio de Figueroa, ssno. Publico y del numero de la dha. ciudad de los Reyes, le dió poder y facultad para que despues de los dias de dho. Señor otorgante, por el tiempo que dilatara la benida a estos Reynos, y que fuese la boluntad del dicho maese de campo don Diego de Ulloa pudiere nombrar persona que gozase y percibiese los bienes y rentas del dho. mayorazgo; en su cumplimiento, el dho. Sr. otorgante nombró para el dho. efecto a la dha. doña Luisa de

y magníficos restos de su pasada grandeza, que ayudan a reconstruir, en la imaginación, la vida señorial de esta ciudad y de aquellos nobles hidalgos que discurrían por sus calles y plazas en las pasadas centurias. Quedan también restos y noticias de vidas humanas, como estas poesías de Ulloa, entonadas, dignas, un poco alambicadas: sus sonetos amorosos, reverencias elegantes y comedidas; sus epístolas graves y sonoras, que aconsejan y amonestan con la sabiduría de Plutarco y Séneca; sus composiciones religiosas, sabias y sentidas; y el desenfado malicioso de tal cual imagen o epigrama picaresco.

En D. Luis de Ulloa y Pereira, poeta de ocasión y de sociedad, se compenetran de una manera íntima el hombre y el

---

Sandoval, su muger, por escritura que otorgó en la villa de Madrid ante dionisio de escobar, ssno. publico de magestad y V.º de dh. villa, en ella, a diez y nueve de Junio del año pasado de mill y seiscientos y sesenta y ocho, como de ella parecerá, y de un traslado del dho. poder y nombramiento que esta con escritura, otorgada ante mí en seis de febrero del año pasado de mill y seiscientos y sesenta y nueve, a que se refiere, y agora, por xustas causas que a ello le mueben, y quedando en su buena opinion y fama a la dha. D.ª Luisa de Sandoval, revoca el dho. nombramiento en su merced fecho y de nuevo le haze en don Antonio de Ulloa, su yxo, theniente de alguacil mayor desta ciudad, con voz y boto primero en su ayuntamiento, para que para sus alimentos y necesidades pueda gozar los bienes y rentas del dho. mayorazgo por todo el tiempo que fuere la boluntad del dho. don Diego de Ulloa, su yxo, libremente, sin que de ello tenga obligacion a dar cuentta alguna, y esto declara, haze y dispone por su última y postrimera boluntad para que, como aya lugar de derecho, se guarde, cumpla y execute sin que le falte cosa alguna en d.º, a lo qual ynoba el dho. testamento, y en todo lo demas en el contenido y en este su cobdecilo se guarde y cumpla como va dho. por su última y postrimera boluntad y por la via y forma que mejor lugar de d.º aya y qualesquiera ynstrumentos o nombramientos que aya fecho, en cuyo testimonio y firmeza lo otorgo, estando, al parecer, en su juicio y entendimiento natural que Dios nuestro señor fue servido de le dar y lo firmó a quien doy fe conozco. Siendo testigos El lizdo. Thomas de Mansilla, Cura de la parroquial de la santissima Trinidad, de esta dha. ciudad, Don Antonio Garcia de aguilar, mayor V.º y regidor de ella, y Pedro Martinez de Naba, administrador que a sido de las alcaualas y cientos de esta ciudad y su partido.—va entre renglones a quien doy fe conozco.—Valga.—Ante mí Gabriel Gutierrez.

artista, y a través de sus versos, contruídos con todos los recursos y primores, se vislumbra la psicología del hidalgo noble, humanista, dulce de carácter, refinado en sus gustos, piadoso sin aspavientos, enamorado incorregible, que odia la guerra y la caza, que ama y cultiva la conversación discreta e ingeniosa tanto como las flores de su jardín y las bellas pinturas de su palacio (1). Psicología poco frecuente en nuestros caballeros de los siglos XVI y XVII, o digámoslo mejor, poco estudiada; porque, ¿quién duda que D. Luis de Ulloa no

(1) Son muy curiosos algunos pasajes del romance: *A un hijo suyo, escrito desde Toro*.

Aquí en antiguos solares  
Muestran ancianos blasones,  
Más que ordinaria nobleza,  
De nuestros antecesores.  
Siendo cerca de su origen  
Los principios tan mayores  
Que dando mucho al estrago  
Ay mucho en que se conoce.  
Tres partes nuestro edificio  
Rindió del tiempo a los golpes,  
I la otra mi cuidado  
Defiende de sus rigores.

.....  
Las paredes que al Tiziano  
I a Luqueto desconocen  
Se permiten a otros lienzos  
De no vulgares pintores.  
Rompimientos de batallas  
Mezclan, de Juan de la Corte,  
Con árboles de Collantes  
Y frutas de Antonio Ponce.  
Y del valenciano Rente  
Ejercicios de pastores  
Que por los tiempos del año  
Se diferencian; a donde  
Lo vivo de las ovejas  
Y lo pintado del cobre.  
Passara por de Basán  
En D. Suero de Quiñones.

.....

era una excepción, un ejemplar raro de humanidad? Lo que pasa es, que el perfil de dos o tres figuras históricas; el caballero determinado, de mostachos fieros, tenorio y reñidor; el asceta pálido y penitente y el hidalgo pobre todo trazas y apuros, destacado del fondo caricaturesco de la novela o de la comedia de pícaros, son y han sido cómodos figurines para sintetizar, en pocos trazos, la vida, el alma y el carácter de varias generaciones.

Hay en D. Luis de Ulloa una cualidad racial que domina su existencia. Ulloa es un enamorado *por herencia*, acaso por raza (son gallegos los Ulloas, paisanos de Macías, y portugueses los Pereiras).

Esta pasión está en nuestro poeta refinada por una formación humanística profunda, que orientó su espíritu hacia las teorías platónicas del amor. Salta a la vista la influencia de Platón, a través de traducciones y comentarios seguramente, en los versos amorosos de Ulloa; pero además poseemos la propia confesión de platonismo hecha por su autor. En una de las respuestas a las censuras que Bocángel hiciera de *La Raquel*, dice Ulloa: «siendo la belleza resplandor, según la definición de Platón y de todos los que siguen su escuela, será opuesta la oscuridad, y de este gran filósofo trasladé a la letra estos dos versos:

Resplandor celestial que se deriva  
de la Divinidad, es la belleza »

Casó tres veces, alimentó con sutiles y enamorados conceptos, durante la mayor parte de su vida, una pasión platónica, y se dejó arrastrar por encantos menos honestos de Lesvía y de otras

Venus, plebeyas ninfas manuales

.....  
ni muy costosas, ni dos veces una (1).

Pero su capacidad amorosa era tal, y tan fino su conocimiento y experiencia en las lecciones de amor, que, en teoría, por lo menos, no se estorbaban unas a otras estas pasiones. Dignidad, respeto afable para los lazos sagrados; pureza, idealidad y filosofía platónica para su Filis; lo demás es del sentido y no pasa de los sentidos. Esta moral tan poco reco-

(1) Muchas son las composiciones que compuso Ulloa en las diversas fases de su pasión por Lesvia, finos y sutiles análisis algunas, de psicología pasional. Ya libre del yugo que le esclavizaba, descuellla entre todas las satíricas y feroces diatribas, la epístola familiar *A Lesvia, Dama Cortesana*, que empieza:

Mírate retratada de la ira  
Que mueve, Lesvia, el pecho donde estava  
Impresa y adorada, tu mentira.

.....  
Hace el poeta un breve pero excesivamente expresivo resumen de la vida de Lesvia, pasando revista a sus aventuras. Para dar en qué discurrir a algún *lopista* copiaré estos versos:

Passado el susto de peligros tales,  
Entraste de una Vega en la verdura  
A lo que dizen espantar los males.  
Allí tu condición, rebelde y dura,  
Sugeté la cerviz al yugo grave,  
Haciéndose pechera la hermosura.  
Que importa que lo diga si lo sabe,  
Siempre a tu gusto la verdad enfada  
Y sólo lo fingido es lo suave.  
A toda perdición enamorada,  
De quien más se preció le despreciaste,  
Te viste aborrecida y ultrajada.  
A tan áspero Argel vino a librarte  
La redención de un Perulero pollo

mendable, si no es pura rotórica, y no lo parece, nos descubre un alma más pagana que cristiana; bien es verdad que la musa religiosa de Ulloa se inspira, sobre todo, en los gemidos del Rey Profeta, y entona con delectación el miserere y los demás salmos penitenciales.

Este fondo de pasión amorosa produce, como flor del carácter de Ulloa, la suavidad y la dulzura que en los negocios de la vida vulgar degeneran con frecuencia en timidez e indecisión. Dulce y débil, odia la violencia y la crueldad, «la caza es un ejercicio loable y está debajo de la protección de los príncipes por imagen de la guerra; pero yo la aborrezco mortalmente por inclinación, y así se quedará esta estancia para que la borren los cazadores, y yo, siempre que se ofreciere, condenaré su mal gusto en mi opinión», escribió en sus respuestas a Bocángel (1).

Y en una epístola muy significativa en alabanza de la vida de la Corte (2), dice el poeta civil y urbano:

---

(1) La estrofa a que se refiere el texto dice así en las dos ediciones:

I para que su intento imaginado,  
Más breve,y fácil más, se executara  
Fué cómplice la caza, celebrado  
Divertimiento, que el poder ampara.  
Arte a las Magestades dedicado  
Que la fatiga del reinar repara.  
Empresa que las fuerzas exercita  
Y las aglilidades habilita.

Como en esta estrofa no hay ninguna execración de la caza, *han debido borrar la que escribió los cazadores*. Sería curioso un cotejo de ediciones y manuscritos.

(2) Es la que empieza:

Dos veces inclinado en vuestra ausencia

y me parece dedicada al hijo del almirante, después de leer atentamente en el *Ensayo* de Gallardo los números 2.402 y 2.815.

.....

Bramar, rugir, ladrar, son unas voces  
que contienen agüero en el sonido,  
y sólo pronunciadas son feroces.  
¿Daráse entre las fieras por vencido  
lo racional, y para introducirse  
la humana voz, se volverá bramido?  
¿O será que procure divertirme  
inventando en su daño alguna traza  
de perseguirlos y de perseguirse?  
¡Qué gustoso dijera de la caza  
cuanto de vicio su virtud encierra,  
si no temiera el freno a la mordaza  
o nunca fuera imagen de la guerra  
con que usurpó los imperiales votos  
y nuestros labios respectivos cierra!

La dulzura de su carácter le inclinaba siempre a la benevolencia y al perdón. Sus ideas de la justicia y de la bondad de los hombres son de una tolerancia y magnanimidad poco comunes «en las calidades que causan las inclinaciones se constituye una mezcla inseparable con que se enlazan el bien y el mal, de manera que apenas se hallará liberal sin ambición, moderado sin codicia, apacible que sea casto, continente que no sea cruel; motivo grande para que, sin agravio de la justicia, esté siempre muy de nuestra parte la misericordia...»; así escribe en las *Memorias*, y en el curiosísimo opúsculo que dedica a su hijo Juan Antonio *estando para ir al Corregimiento de Ecija*, y que tiene mucha semejanza con los consejos tan sabios que Don Quijote dió a Sancho cuando fué de gobernador a la Insula Barataria, decía: «Los hombres se

componen de virtudes y vicios, el que tuviere menos de lo postrero, será el mejor».

Esta misma dulzura, esta benignidad y transigencia, humanidad diríamos mejor, resplandece también en la *Defensa de libros fabulosos y poesías honestas y de las comedias...*, y en la «Apología por los congregantes que se juntaban a discurrir en materias de devoción y cosas indiferentes después de haber estado en la Congregación de la Magdalena, de que se siguió murmuración indebida».

Alcanzó a vivir Ulloa un período crítico de las letras españolas. Fué amigo de Góngora, y lo sería de Quevedo cuando el autor de la *Política de Dios* y de *Cómo ha de ser el privado* adulaba a cara descubierta al omnipotente Olivares.

La poesía de Ulloa sufrió la influencia del culteranismo y del conceptismo, corrientes literarias ni tan distintas ni tan opuestas como se ha venido creyendo.

«Mi estilo—dice Ulloa (respondiendo a Bocángel, que le censura la obscuridad de una octava)—se opone en todo a los que con extrañeza de palabras y trasposiciones de cláusulas, se escurecen, contentándose con la vanidad de la armonía sin sustancia. Deseo con voces claras explicar conceptos no comunes, y si por ser ellos alguna vez retirados o por faltar paciencia a quien los lee parecen oscuros, no merezco la culpa.»

*La vanidad de la armonía sin sustancia: explicar conceptos no comunes, retirados, con voces claras, sin temor y aun con deseo no bien disimulado de aparecer obscuro;* con estas dos fórmulas tan simples exponía Ulloa las dos corrientes literarias que arrastraban en su tiempo a la literatura castellana.

Hoy no vemos el problema con esta sencillez. Ni Góngora,

ni los buenos discípulos y seguidores de este poeta se contentaban ni envanecían con la *vanidad de la armonía sin sustancia*.

¿No se preciaban de tan profundos, misteriosos y abismados como los que más? ¿No gastaron su tiempo y su ingenio eruditísimos comentadores en hacer resaltar bellezas y en descifrar conceptos y sabias alusiones de su D. Luis? ¿Y era precisamente la novedad, lo retirado de los conceptos lo que hacía oscuros a los conceptistas? ¿Trajeron acaso una nueva filosofía, una doctrina, un pensamiento nunca hasta entonces concebido? ¿No era más bien el modo, el *arte* de exponer ideas que cien veces se habían expuesto, el velo y el fantasma que asombraba sus lucubraciones? Y si algunos, no todos, ponían especial empeño en no innovar materialmente el vocabulario con palabras nuevas, y en no trasponer las cláusulas al modo latino, ¿no innovaban profundamente el vocabulario deleitándose en desenterrar sentidos poco vulgares de las palabras claras, sorprendiendo al lector a cada paso, y no fueron ellos quienes enriquecieron, complicándola, retorciéndola, la sintaxis castellana?

Además, no todo el arte de conceptistas y culteranos queda acotado por estos mojonos; el valor de la imagen, la sutileza, la alusión remota, las sorpresas, saltos y brincos de la fantasía, eran comunes a todos, y versos escribió D. Luis de Ulloa que hubiera podido firmar D. Luis de Góngora; imágenes y tropos empleaba el de Toro que son hijos legítimos de los tropos e imágenes que empleaba el de Córdoba.

Siempre los contemporáneos han sido pésimos jueces de estos pleitos.

Los versos de Ulloa, a pesar de su mérito y belleza indiscutibles, son hoy poco menos que desconocidos. Como tantos otros excelentes poetas, sus contemporáneos, que vivieron

asombrados y oscurecidos por los grandes genios, pasó a enriquecer el subsuelo de las letras, del cual un trabajo amoroso y asiduo ha de sacar bellezas y melodías nada vulgares, incorporándolas al caudal literario en uso, de estos tiempos.

Sin embargo, el mérito sobresaliente de Ulloa, el tono elevado de su musa, no pasó inadvertido para el crítico y árbitro de las letras españolas en el siglo XVIII, para Luzán, que supone al poeta de Toro incólume, con muy pocos más, de la decadencia que, según él, produjeron en las letras castellanas Lópe y Góngora.

También Quintana estima y alaba la poesía de Ulloa, «el último suspiro de la musa castellana».

Esta frase, que se ha hecho vulgar, sirve ya en el siglo XIX para juzgar al autor de *La Raquel* sin más averiguaciones ni lecturas.

Ha tenido Ulloa la desgracia de que Cervantes no le nombrase en su *Viaje del Parnaso*, ni Lope en su *Laurel de Apolo*; y como los trabajos de erudición española han girado en los últimos tiempos en torno de estas dos grandes figuras casi exclusivamente, los eruditos no se han visto en el trance de leer las obras del poeta ni de escudriñar su vida.

Es de esperar que con la publicación de los versos contenidos en estas *Memorias* se despierte la curiosidad de los lectores y vean de nuevo la luz las poesías de Ulloa y Pereira.

Plumas doctas y sabias sabrán juzgar entonces de su mérito y completarán estos apuntes biográficos con nuevas y luminosas aportaciones.

Para una futura edición de las poesías de Ulloa y Pereira son de gran interés estas *Memorias*. Desde luego aumentan el caudal poético conocido de este poeta; pero la importancia mayor consiste en las innumerables e importantísimas variantes—redacciones nuevas muchas veces—que ofrecen no pocas

de las composiciones. Además, ayudan extraordinariamente a fijar la cronología y explicar las circunstancias y ocasiones que les dieron vida.

El editor, antes de terminar su trabajo, se cree obligado a hacer algunas confesiones.

Ha respetado el texto siempre que la equivocación del copista no era evidente. No ha podido respetar la puntuación nula o de todo punto irracional que empleaba, y en cuanto a la ortografía, ha seguido el uso ya común en estas publicaciones: respetar las particularidades que pueden tener un valor fonético, prescindiendo de los caprichos caligráficos del copista y de su impericia al escribir, uniendo muchas palabras que naturalmente piden estar sueltas.

Tiene que acusarse el editor de haber talado, implacable, una verdadera selva de citas latinas que poblaban los márgenes del manuscrito. El buen gusto de Ulloa las había sacado del texto; pero la pedantesca moda de ostentar erudición y lectura de graves autores, no le permitió suprimirlas del todo. Fueran ellas pertinentes y explicativas, y nunca me hubiera atrevido a separarlas del libro; pero, sin juramento, me podrá creer el lector que nada absolutamente pierde por esto el interés de la narración (1).

MIGUEL ARTIGAS.

---

(1) Todas estas citas latinas pueden leerse en el libro ya citado del señor Serrano y Sanz. Todas, menos las siete siguientes, que copio para completar la publicación:

Donde dicen las Memorias que ciertos versos se escribieron a una señora, hay esta cita:

*Quamvis nulla mei superest tibi cura, Filis  
Sis felix et sint candida fata tua*

(Tb., lib. eleg. 3, 6.)

Al margen del párrafo en que cuenta sus amores con Lesvia y los muchos

Versos que escribió entonces, «infelices por el sujeto y porque fueron causa de que con parte dellos se perdiesen los demás», apunta las siguientes citas:

*Dii boni quid hoc morbi est adeo homines inmutarier  
Ex amore ut non cognoscas eundem esse?*

(Ter., He., act. 2, S. 1, 19.)

*Sic teneros animos aliena opprobra saepe  
Absterrent vitiiis.*

(Horac., serm., lib. I, sat. 4.)

*Vos ego nunc moneo felix quicumque dolore  
Alterius discas posse carere tuo.*

(Tibul., el. 3, 6.)

*Ne attendas fallaciae mulieris; fauus enim distilans labia meretricis et  
nitidius oleo guttur eius; novissima autem illius amara quasi absynthium et  
acuta quasi gladius viceps.* (Prob., cap. 5.)

*Heu me per urbem (nam pudet tanti mali)  
Fabula quanta fui!*

(Horac., Epod. 11, 7.)

*Pecti, nihil me, sicut antea juvat  
Scribere versiculos amore percusum gravi.*

(Horac., Epod., 11, 1.)

Por estas citas puede juzgar el lector del sentido y carácter de las demás.

FIN DEL PRÓLOGO

AL QUE SE LEA

MEMORIAS  
FAMILIARES Y LITERARIAS



## AL QUE LEYERE

Intenta (artificialmente) mi cuidado persuadir las perfecciones más puras de la virtud, con el exemplar de la vida más escandalosa, a imitación de un pintor excelente, que para copiar un caballo perfectísimo que había formado en la idea, puso a la vista un jumento: porque la contemplación de aquel bruto no permitiese al pincel ningún rasgo de sus hechuras torpes. Y de paso deseo hacer recuerdo a la justicia de la omisión que se tiene en castigar semejantes delitos. Pues siendo cierto que las calamidades de las repúblicas y las ruinas de los imperios proceden, ordinariamente, de pecados públicos, y que entendiéndolo así, los príncipes, piadosos, remiten frecuentes decretos a sus ministros encargándoles el remedio dellos, causa maravilla grande ver que la ejecución pare siempre en apartar la correspondencia de algunas personas libres o solteras, cobrando infelizmente, nombre de pecados públicos, los que se hacen sin testigos y sin luz, ni más perjuicio que de los cómplices, y que dejen en las plaças, en las lonjas y conver-

saciones comunes, tantos engañadores que ocultan en las flores los áspides de sus anzuelos, y que habiendo nacido sin patrimonio y vivido con ocio, la demasía de sus gastos, el exceso de sus ostentaciones, son despertadores que continua y públicamente traen en la memoria los medios ilícitos con que han adquirido las haciendas y comprado las casas en que todos los materiales tienen ciencia de voz que pregona sus hurtos. Si se lograre algún fruto de mi celo, ofrezco, después deste bosquejo, los retratos del famoso caballero Sargidoro de Merlo y del venerable doctor Marcelo Cassado, asegurando que se pudieran traer exemplos de algunas ciudades que han sido assoladas y de muchas personas que se ha tragado la tierra, que todas juntas no cometieron delitos tan graves como el menor destes hombres insolentes, que a los ojos de la corte, y lo que más es, a los de un rey tan católico, de sus consejos y ministros mayores, han robado en espacio de veinte y cuatro años más de ochocientos mil ducados, ocasionando fugas de mercaderes, quiebras de depositarios, retiros de señores, desconciertos de matrimonios, llantos innumerables de guérfanos y viudas, y como estas palabras, con que limitadamente se explican sus insultos, parecerán encarcimientos a los que las leyeren sin conocer los sujetos (si hay alguno que los ignore), y los infinitos que tienen evidencia de su proceder las juzgarán por ajustadas,

así también lo que por demasiado extraño pareciere fabuloso en la vida de Fraudelio, llegando a examinarlo se hallará digno de la verdad a quien se dirige; su nombre y los demás se han fingido en respeto de la estampa unos atendiendo a que tengan conveniencia con las personas y otros que llevan esta ✕ señal se encubren con anagramas, dejando el descifrarlas a la curiosidad del que quisiere saberlo.

*Quis nescit primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat? Deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspitio gratiae sit in scribendo? ne qua simultatis?* Cicer. De inuen. orat, lib. 2.

Nació Fraudelio Carlhet el año de mil quinientos y ochenta y ocho, en una ciudad noble de la provincia de los Arebacos y en la casa Dovalle, que se diferencia de las demás deste apellido con otro de un linaje de los más ilustres de Portugal. Creyóse (por engaño) que fueron sus padres Prudencio Dovalle y Valeria Lucrecia, su mujer, que murieron el año de quinientos y noventa y dos, él a los primeros, ella en los últimos días del mes de octubre, o fuese la causa de tan cercano fin, la pena por sí sola, o junto con ella la constitución poco menos que pestilente, que corrió por entonces en aquel clima y con brevedad ocasionó la muerte a muchas

personas de cuenta. Dejaron otros dos hijos, Suldino y Bonifacio, el mayor de menos de siete años, el segundo de cinco; llevólos a su casa Antonino Dovalle, hermano de su padre, a quien tocó la tutela por pariente más cercano. Cuidó de su educación y criança siete años, hasta que el de noventa y nueve casó en Toledo con una señora de condición terrible, sumamente miserable, de ánimo encogido y desconfiado: pasiones que, sin fundamento, la hicieron temer las cuentas con los menores. Persuadió a su marido que se desembaraçase de ellos, y lo consiguió, casando al mayor con una prima suya (que poseía una casa de las principales de aquella tierra), y llevando los demás a un estudio cercano, donde se enseñan cuidadosamente las primeras letras. Vivió su mujer de Suldino menos de diez meses, no cumplió trece años, pensión natural de haber nacido muy hermosa; quedó él viudo de menos de quince, con el gobierno de su casa y con el cargo de amparar la orfandad de los hermanos. Hiço con ellos el oficio de padre, en tales demostraciones, que para decirlas faltan palabras al encarecimiento y dejan de referirse algunas porque el extremo no desacredite la verdad, puesto que en tanto deudo quepa el mayor cariño. Visitólos algunas veces en aquella aldea, asistióles cuidadosamente con lo necesario para el sustento, y con regalos de su edad y profesión, hasta que hallándose con poca salud en aquel sitio, los

truxo a su casa, donde vino por aquel tiempo un tío suyo que se aficionó a Fraudelio, y con color, de que proseguiría mejor los estudios donde había Universidad, le llevó consigo, a mucho pesar de Suldino, que antes de ocho meses, persuadido de las cartas en que se mostraba mal hallado, le fué a ver, y para curarle de algunos achaques de niño que le afligían, y en esta casa de su tío le hacían embarazoso, le volvió a la suya. Disolviéronse las Cortes, que aquel caballero servía, por la menor edad de Suldino; en oficio suyo, hiciéronle merced por ellas de un gobierno de importancia; volvió a pedir al sobrino, y por las esperanças que se ofrecieron de sus aumentos vino en ello el mayor; con más pena de apartarle de sí que la vez pasada, por ser más lejos. La capital y mayor quexa de Fraudelio es no haber sido muy regalado en esta ausencia, tan de atrás viene su rancor, en que la dureça y la porfía no parece que se deriva de niñerías. Llevóle su tío como a hermano de un solo hijo que tenía, a un oficio muy cuantioso; su edad era quince años; Suldino, de dieciocho, quedó con la obligación de sustentar su casa, que por ser muy antigua y haber estado muchos años sin habírase, se caía por todas partes, siendo tan grande su fábrica que para los reparos ordinarios necesita de toda la renta de su dueño. Lo que se ha hecho, lo que se ha consumido para gastos forçosos en ella,

parece imposible, y verdaderamente es de las cosas en que se halla alcanzado el discurso humano cuando se pone a cuentas con Dios, porque el mayorazgo de Suldino es de los antiguos de Castilla y de aquellos primeros que se fundaron con facultades, y se contentaban con vincular limitadas posesiones, para conservación de los apellidos, aun no conocidas las riquezas de las indias, y esta Casa, infeliz por los casamientos de los que han sucedido en ella (que siempre han sido calificados, nunca ricos), poco dichosa en las mercedes de los Reyes, por extremo desgraciada en los hijos segundos, que habiendo sido todos bien afortunados, ninguno se ha inclinado a su aumento, no se ha acrecentado en hacienda desde su fundación, antes, por la general calamidad o estrago de los tiempos, la faltan las tres partes; y quien supiere lo que ha quedado y hubiere visto cómo trató Suldino su persona, cómo crió sus hijos y pagó voluntariamente las muchas deudas de su padre, lo que hubiere tenido por deslucimiento juzgará por ostentación grande, admirando su cuidado en esto por más que ordinario y librándole de la calumnia con que sus émulos acusan el uso de su entendimiento, atribuyendo el poco lustre de su porte a la perdición del juego y otros desórdenes. Y de camino quedará convencida de falsa una fábula que, entre otras muchas, refiere Fraudelio en todas las conversaciones deste propósi-

to, poniendo por prólogo al libro de sus beneficios, que ha muchos años tiene executoria de quinientos ducados de alimentos contra su hermano y no los cobra: burla que entre las demás puede perdonarse, atendiendo al artificio con que ha menester vivir para disimular sus achaques un caballero tan de fortuna. En medio de sus cuidados y gastos mayores que las fuerças, le asistió Suldino con algunos socorros; fué a la ciudad donde estaba, distante de su casa seis jornadas, sólo a verle, y le acarició con obras y palabras, mostrando el amor que le tenía, que sin duda era grande, y el haberse gastado ha sido, a mucha fuerça, de mal correspondido. Estuvo Fraudelio con su tío hasta que acabó su gobierno; volvió el año de seiscientos y nueve a casa de Suldino, hallóle segunda vez casado con otra prima suya, señora de limitado patrimonio, pero de prendas tan aventajadas que excedieron el dote más numeroso. La pureza de su amor, contenido dentro de su obligación, limitado a la correspondencia de su marido, a la criança de sus hijos, sin permitir a la imaginación el menor desahogo, el más leve divertimento, su gobierno y retiro en dilatadas ausencias, su constancia y conformidad en continuas adversidades, sin haber oído jamás llamar a su puerta una dicha, han sido virtudes con que ha conseguido su nombre universal alabança, sin otra oposición que el odio singular de su cuñado.

Hay malicias de que no se libra ninguna inocencia, y desde Caín es antiguo aborrecer los hermanos sin más causa que ser mejores. Dióse por pesadamente sentido en aquel tiempo de la desatención a su hospedaje, señalando algunas faltas de poca monta en el aliño de su aposento, en la curiosidad de su persona, que desde entonces comenzaban a hacer disonancia a los pronósticos de sus opulencias, y las notaba en esta señora cuando, cargada de sus hijos, los acallaba, supliendo las faltas de las amas mal contentas, y cuidando de la orden y aun de la saçon de la comida de su marido, la doblaba el trabajo, el verla no siempre a tiempo prevenida. Esto, que había de introducir en Fraudelio un honroso coraje para procurar el remedio o el alivio a costa de su sangre, sirvió de desprecio para zaherirlo en sus prosperidades, señal, no la menos cierta, de poca nobleça, hacer baldón de los motivos de lástima. Habíanse reducido los alimentos de Suldino a tal estrecheça, que no puede decirse sin agravio de su calidad; partiólos con Fraudelio porque no perdiere tiempo en sus estudios; envióle a Salamanca, donde por orden del mercader, con quien tenía hecho un limitado asiento, se los pagaban con puntualidad. Comenzó luego a valerse del juego (en que ha tenido extremada maña y felicidad), era suyo lo que tenían los compañeros y los demás aficionados; hacía mucha burla del socorro de su

casa y callando el dinero que traía, volvía a ella al fin del curso cargado de galas y de quejas, y en mal punto perdió o no ganó unas pascuas para que infinitamente se haya repetido lo mal que lo pasó en ellas. Es cierto que Suldino, creyendo sus aprietos, llegó a enviarle los libros de su entretenimiento para que los vendiese. Fineça no pequeña en su condición y tan deslucida como las demás. Ofreciósele ocasión de ir a Madrid luego que Fraudelio acabó los estudios; llevóle consigo, y entre los divertimientos cortesanos se dieron más al de su inclinación; jugaron los dos: el mayor se aventajaba en caudal y crédito, y por esto también en la introducción; jamás apartó de sí al que trataba en todo como a hermano, y en una corta vuelta que tuvo (así llaman los tahures a sus ganancias), le dió larga parte dellas que desperdiciaba sin atención, fiado (como decía) en que no podía faltarle mientras tuviese su hermano, tan liberal con él en esta ocasión que entre otras alhajas de valor le dió una cadena de peso de ocho mil reales. Este viaje y las reliquias dél fué el principio de todos los aumentos de Fraudelio; parecióle que con el favor de su tío (que ya estaba en oficio de asiento) podría conseguir una plaça en Indias, y en tanto experimentar su industria en aquel gran teatro de la fortuna, donde valen tanto las habilidades, o donde ella hace tanta ostentación de su poder, eligiendo a los de menos mé-

ritos para los premios mayores, porque se conozca que los da graciosos, por voluntad y no por paga. Desvaneciose el primero, y no obstante el segundo tuvo mejor logro; salió de la corte Suldino, forçado de negocios que en su tierra necesitaban de su asistencia, quedóse Fraudelio con qué cantidad de dinero no se sabe; su encierro, su sagacidad, su doblez, no puede encarecerse. Valiose de su tío, como lo tenía imaginado. Recíbesle con gusto y ofrecióle los buenos oficios que pudiese en su pretensión. Su mujer, señora de valor grande y de condición sumamente apacible, le favoreció mucho, mostrando que por la obligación de deudo de su marido le estimaba más que a los suyos. Como correspondió él al respeto deste parentesco, al decoro de la casa de su tío y al deudo cercano de otros asistentes en ella, ha sido bien público en el mundo, y no es deste lugar. Fué de su dicha hacer amigos y obligados con lo que otro hubiera solicitado odios y riesgos. Començo a jugar largo; hiço ganancias grandes; púsose en altura de mucho caudal; la fama diría algo más. Cincuenta mil reales de plata es cierto que tuvo dados a su tío para que con su inteligencia y puesto le comprase un juro de comodidad. Algo le quedaría en el depósito de una prima suya, a quien con la llaneça de aquel parentesco hiço muy partícipe de los secretos de su arte. Y aunque por el total olvido de su casa (en orden a de-

mostración de haber nacido en ella), pudiera Suldino conocer la ponçoña que encerraba en el corazón y se había engendrado de las libianas causas que quedan apuntadas, como su simulación es tan rara que en todo le desmiente de castellano y aun de español, escribiendo pocas cartas y breves, disponía que aquella sequedad se atribuyese a divertimento cortesano, y creyendo que su introducción y sobra podrían ser propósito, para aliviar en algo la necesidad [que] apretaba demasíadamente a Suldino, volvió a Madrid en su confianza. Avisóle en llegando; tardó tres días en darse por entendido, y parece que los gastó en imaginar traças con que abatir al que llamaba hermano y tenía por mortal enemigo, con odio de que siempre ha hecho tal demostración que nunca le ha sido sabrosa la felicidad sin la salsa de verle asolado; y ha tenido sin zoçobra el deleite; porque la fortuna le ha servido continuamente a su gusto este plato: si ha sido para que algún día corresponda el castigo a la mala intención, no ha llegado el tiempo de saberse. Después de haber maquinado contra todo lo que pudiera ser conveniencia de su hermano, vino a verle muy embebido en la doctrina de políticos infieles, que ignoraba su estudio y le enseñaba su natural. Gastó la visita en ponderar las dificultades de la vida cortesana, lo necesario de maña y fuerça para medrar en ella, el trabajo que le costaba sólo pasar; y sin hacer

otro donativo ni oferta se despidió, dejándole admirado con la extrañeza de aquellos términos, en que parecía que con los aumentos no sólo había mudado el amaño sino el género; y en la verdad sólo era nuevo el haberse conocido lo que estaba encubierto, no tanto por la sagacidad maliciosa del uno, como por la sencilla nobleza del otro. Publicó Fraudelio en las conversaciones que su hermano había venido, y que ganar en su presencia era imposible, que nunca había vencido, que le tenía por infalible açar y no jugaría donde estuviese, porque no era aventurar el dinero, sino perderlo. Desconocido con esto y tener picados a todos los tahures, por ser él solo el ganancioso, le excluyó de lo que pudiera darle la suerte. Sucedió poco después un gran prodigio: suspendióse el arte, durmióse la fortuna, perdió Fraudelio, reduciéndose su caudal a poco más de mil escudos. Y como sabía que su hermano era bueno para los aprietos y que se halla fácilmente consuelo en los lastimados, se fué a él, encubrió lo que le había quedado y encareció la gravedad de la pérdida con algunas circunstancias que la hacían más penosa. Suldino, que cuando fuera suyo propio este trabajo le llevara con entereza, aprendida en muchos cursos de adversidad, le consoló más animosamente de lo que pedía su sentimiento; de aquí se originó otra queja grande, con que muchas veces ha sido acusada esta constancia como

crueidad. Tuvo este revés en Fraudelio breve y gustoso fin: estaba en duda para elegir con quién aventuraría el resto de su caudal; consultólo con aquella dama, que tenía algo de profetisa; resolvieron que con un gran señor que estaba de mucha vuelta, executóse y en una noche le ganó ciento y treinta mil reales en doblones, joyas y plata, con que llevó un coche cargado y lo fué mostrando en muchas veces a la que había tenido parte en el consejo, porque lo penado de la bebida gustosa se la hiciese más dulce. Quedó rico, y confirmóse su prosperidad con otros muchos buenos sucesos, y de ninguno tuvo parte ni noticia Suldino, a quien, en oposición, iba apretando la desgracia de manera que se vió forçado a pedirle con qué volverse, porque ya se hablaba mucho de sus ganancias y no era menester más señas de ser ciertas que haberse vuelto a retirarse dél. Dióle una escasa cantidad en cuartos, con que se partió, y no se detuvo mucho en su patria, antes se ofreció volver brevemente a dar por ella el pésame al Rey de la muerte de su padre y la enhorabuena de su sucesión. Quedóse después desto a pretender un hábito, de que se le hizo merced, para su hijo mayor, y también con ocasión de asistir a un señor, a quien con el título de marqués se atribuía el origen de grandes casas en España. Habían merecido mucho en su favor los papeles de Suldino, y entre ellos, con mayor extremo, los ver-

sos que escribió con juicio y se leyeron con estimación, y el marqués los preciaba tanto, que cuando no hubieran tenido otro oyente les bastara su atención por aplauso. Perdiéronse casi todos por la modestia o la desconfianza de su autor y porque en unos escrúpulos o melancolías quemó los más; libráronse algunos en personas que los habían solicitado cuidadosamente por gracia de un hijo suyo (moço de muy lucido ingenio y de otras aventajadas prendas), con quien he profesado amistad, llegó a mi poder un borrador de su mano, de que se han copiado los versos que van en estas relaciones. Muestra en él, que trataba estas materias con conocimiento de su poca importancia, por algunas advertencias de las márgenes y por unas palabras latinas que en el principio significan, que se daba a este entretenimiento los ratos que elegía para no hacer nada, y que tenía por esclavo al que no podía estar sin hacer algo alguna vez. Continuando Fraudelio su rencor, opuesto en todo a los efectos que suele hacer la sangre (y que se advierte por misterioso), procuró, con extraños medios, destruir a su hermano. Y juzgando que consistía esto en estorbarle la introducción, único medio para sustentarse los que en las cortes grandes viven sin mucha entrada, juntó a la primera fábula otra invención como suya, y habiendo oído que desacreditar con la alabanza es el arte sumo de la calumnia, dió en decir

a sus amigos que para él no había cosa más amable y deseada que la conversación de su hermano, que se moría por tratarle y reconocía que le importaba su comunicación porque aprendía mucho en ella, pero tenía infalibles y largas experiencias de que era hombre fatal y su desdicha extremada y contagiosa, que nadie que le tratase se libraría della ni jamás alcanzaría descanso. Y en sabiendo algún mal suceso de quién hubiese andado con él o vístole aquel día, se le achacaba, haciendo cuento dello, y cómo en los tahures, gente crédula y agorera por instinto, fácilmente se siembra y prende cualquier superstición, y en creer esto no se aventuraba nada, antes se hallaba de contado el desembaraço de una inutilidad, llegó a persuadirlo a las personas más entendidas y más aficionadas a Suldino. De manera que se vió solo, sin quedarle más sagrado que el favor del marqués (en corta fortuna por aquel tiempo). Hallóse otra vez obligado a retirarse y aun a valerse de Fraudelio, que también le dió unas limitadas albricias de su destierro, y no se niega que en esta ocasión y otras le haya hecho socorros deste tamaño; pero es incierto lo que en otras cosas que junta para mostrarse desobligado, dice, que ha estado siempre sustentando a su hermano y sobrinos sin haber jamás recibido dellos cosa de algún valor, porque montó más lo que Suldino le dió los años de catorce y quince (con

dos mil escudos de exceso) que cuanto ha recibido déj en su vida. Llegó a su casa con propósito de encerrarse en ella, sin hacer más esfuerzo para sus aumentos, reconociendo que con las diligencias los atrasaba. Las resoluciones del despecho son más eficaces que las del desengaño, no tan firmes. Notábase por demasiada la soledad a que se había reducido, y por esto mismo se tenía por poco durable. Los cuidados familiares le fatigaban; la comunicación de los amigos le entristecía; con los libros se acongojaba, y en todo daba menos señas de sosegado que de mal contento. Sentía mortalmente ver en la fábrica de su casa (que sin duda persuade más que medianos principios) la desproporción de lo edificado, con grandeza y hermosura, con la fealdad de las ruinas en lo demás, que a toda prisa parece que tiran por lo que ha quedado. Ver las imágenes de los mayores arrancadas o mal fixas, con razón se tiene por doloroso. Fatigábase considerando la poca hacienda y la corta dicha con que se hallaba obligado a sustentar tanto peso. Escribió en esta ausencia una carta en tercetos al marqués, mostrando que se ajustaba con su retiro, y le remitió otros versos que le había pedido con encarecimiento, y se escribieron a una señora que por extremadamente entendida en los más ocultos misterios de la poesía, eligió para motivo de la Musa, sin mezclar en este intento algún afecto que pudiese ofen-

der su decoro. Trasladaranse aquí en lisonja de quien leyere este discurso.

Después que pudo más suave Orfeo,  
Suspendiendo el furor de las pasiones,  
Romper los laços que formó el deseo,  
Y libre la razón de las pasiones,  
Dejó la oscuridad donde oprimida  
Fué despojo de tantas confusiones,  
Si la edad que se pasa divertida  
Del exercicio, no de la esperança  
De serviros, se puede llamar vida;  
Vivo, señor, aquí; donde no alcança  
Tan absoluto imperio, la ventura,  
Y es menos formidable, su mudança.  
Que en esta soledad donde segura  
La ruda sencillez de fingimientos,  
Desdeña el artificio y le mormura,  
Sino tan saçonados más esentos  
De la pensión del luto sucesiva,  
Se alcançan, y se logran, los contentos.  
Aquí no es la fortuna tan activa,  
Alivia, no suspende si levanta,  
Y lastima, no asuela si derriba.  
No de la envidia, la profana planta  
Turba esta paz y a su común sosiego,

La venerable inmunidad quebranta:  
Ni la ambición, en recatado fuego,  
Ofrece infausto sacrificio, a Cloto,  
De injusto voto, y de secreto ruego:  
Antes la mente pura, en el devoto  
Altar, explica lícitos afectos,  
Públicos humos y patente voto.  
¡Oh infalible quietud!, donde perfectos  
Percibe los acentos el oído,  
Y distintos la vista los objetos.  
Dichoso aquel, que en tu secreto olvido  
Pasa, ignorado, la distancia breve  
Del primer llanto al último gemido.  
A la defensa del recato debe,  
No al escarmiento, el superior estado,  
Donde deseo, ni temor se atreve.  
Como en la fatal urna secuestrado,  
Yace, al rumor del popular camino,  
En los humildes lares retirado,  
Tanto, que el epitafio que previno  
Para el sepulcro, esculpe en los umbrales  
Antes el desengaño que el destino.  
El compasivo horror que en las señales  
De mis hierros se ofrece, osado emprende  
Lo que no hicieron los ajenos males.  
Al alto asiento de la paz se asciende,

Por varios casos, quel juicio humano  
Más advertido menos comprende.  
Quiza que, con acuerdo soberano,  
La violenta invasión de mi albedrío  
Dispuso por mejor, próvida mano;  
Así, tal vez, el espumoso río  
De túmulo de hielo represado,  
Ya desasido del invierno frío,  
Revienta por las aças esplayado,  
Y turbio de las obas y del cieno  
Inunda la montaña como el prado.  
Mas retirado en el materno seno,  
A las leyes del margen obediente,  
Vuelve a mostrarse plácido y sereno.  
En cristales más quietos que su fuente  
Refiere y aconseja los semblantes,  
Sin lengua persuasiva, la corriente:  
Da documentos el que horrores antes,  
Fué espanto y espejo al pasajero;  
Tanto pueden trocar breves instantes.  
No por esto, señor, penséis que quiero  
Dar a entender que pongo en ejercicio  
Del escarmiento el disponer severo;  
Principio es de virtud huír el vicio,  
Esto intento animoso, no atendiendo  
A afectos del hipócrita artificio,

Aquí, negado al popular estruendo,  
Començará a mostrarme esta ribera  
Los rudimentos de vivir, viviendo.  
Y con sólo este fin, cuando no fuera  
Nativa, su corriente deleitosa  
Por apacible y fértil la eligiera.  
No afectaré su descripción vistosa,  
Como imposible, porque en vano aspira  
Pincel mortal a imagen milagrosa.  
A la parte que al tardo Arturo mira,  
Tan fértil se descubre la campiña,  
que más veces mirada más admira,  
Desde estos valles, hasta la montaña  
Del Reino, ilustre por estirpe vuestra  
Y por feliz restaurador de España,  
De los granos más útiles la diestra  
De la Diosa fructífera, constante,  
En todas mieses pródiga se muestra;  
Estéril es, si sólo es abundante,  
No satisface aquí, cuando no vierte  
El marfil de la copia redundante.  
No la madre común produce suerte  
De planta (en cuanto el sol mira ligero  
Del origen del día hasta la muerte)  
Que agradecida al caudaloso Duero  
Falte, en la vega fértil que la cría,

A tributar el sazonado fuero.  
Todas fecundas brotan a porfía,  
Mas que el avaro agricultor desea,  
Temiendo faltas en la demasía.  
La fabulosa amenidad Hiblea  
Vencen estos países, en trabada  
Competencia de Flora y Amaltea:  
Más que por apacible, celebrada  
Por la seguridad no interrumpida  
Del miedo ni del hurto malograda.  
La propiedad, apenas conocida,  
No tiene árbitro mármol que, sagrado,  
Los continuados términos divida;  
Todo abierto se ve, nada murado,  
Libre a todos, de nadie defendido,  
Sólo con abundancia asegurado.  
Aquí, ni temeroso ni temido,  
Pasaré, ya en la pluma, ya en las flores,  
Sueño, sin sobresalto dividido.  
Y asista Cayo, atento a los rumores  
Que en el lecho campal le representan  
Batallas de contrarios interiores.  
Gozaré de las frutas que fomentan  
Los abrazos dulcísimos del heno,  
y fáciles y fieles alimentan.  
Y el poderoso, de opulencias lleno,

Espera a que la salva escrupulosa  
La explore las sospechas de veneno.  
Aquí en lira no oculta, ni famosa,  
Esparciré conceptos que ocasiona  
La soledad, alguna vez copiosa;  
Mientras musa sedienta de Elicona,  
Saciada en el idioma palatino,  
De ignorantes aplausos se corona.  
Y obediente al castigo, que imagino  
Que (si bien riguroso en tantos daños)  
A mi rebelde inclinación convino,  
Hurtaré algunas horas a los años  
En que escusen del ocio los delitos  
Juegos sin interés y sin engaños:  
Y otras la antigüedad, en infinitos  
Exemplos, mostrará como sucede  
Lo mismo en nuestra edad que en sus escritos.  
Y vos, joven heroico, a quien concede  
Sabia Minerva, victoriosa Palas,  
Cuanto invencible y providente puede,  
Vos, que por sirtes de imperiales salas,  
Seguís el vuelo del favor incierto,  
Sin abrasar, ni humedecer las alas,  
Y gobernado del prudente acierto  
Que con atenta admiración contemplo,  
En el golfo vivís como en el puerto,

Vivid feliz, y en el profano templo  
Las aras de otras víctimas frecuentes  
Como tienen deidad tengan exemplo.  
Y logren vuestros años florecientes  
El valor adquirido que no imite,  
Exceda los gloriosos ascendientes.  
Y mientras por los hados se permite  
Quel cabello de acero, ya de plata,  
El siglo de oro al nuestro resucite,  
Perdonad si mi voz no se dilata  
Que, atento a cuanto ya la solicita,  
Vuestra insigne modestia la recata.  
Tiempo vendrá, señor, en que repita  
Mejor aliento en ecos inmortales,  
Lo que tanta esperança facilita.  
Después que a las coronas de marciales  
Triunfos, precedan ínclitos trofeos,  
Que divino poder dispondrá iguales,  
A vuestro merecer y a mis deseos.

ENCARECE POÉTICAMENTE LA HERMOSURA DE UNA DAMA

EN DISCULPA DE MI AMOR

Milagrosa prisión de mi albedrío,  
Disculpa celestial de mi locura,  
Origen dulce de la llama pura

En que abrasar la libertad porfío.  
Causa primera del aliento mío,  
Árbitro singular de mi ventura.  
Llegue más, a la luz de tu hermosura,  
Quien no llama razón, mi desvarío.  
Y cúlpese tu amor de haber formado  
Copia de su beldad tan parecida,  
Que así la desconozca mi rudeza:  
Por cuenta correrá de su cuidado,  
Que idolatre mi fe, mal advertida,  
Si no eres tú la original belleça.

A UNA DAMA QUE SE OFENDÍA DE QUE LA MIRASE  
CON ATENCIÓN

Culpó en los ojos la elocuencia muda  
De Lisardo infeliz, Filis hermosa;  
Si hipócrita se duda, o religiosa,  
Si cruel y soberbia, no se duda.  
¿Qué turba tu pureza o qué la muda  
(Dijo Lisardo) de mi fe amorosa  
El culto que, con arte misteriosa,  
De accidentes humanos se desnuda?  
Si es delito adorar en tu belleça  
La luz, que trasladada se deriva  
Del autor de las almas inmortales,

Acusa de los templos la grandeça,  
La religión de los altares priva,  
Condena los retratos celestiales.

ENCARECE SU AMOR CON OCASIÓN DE UN ECLIPSE

Filis, ¿no ves la saña del planeta  
Que, amenazando trágica ruína,  
Llama vierte feroz, sangre fulmina,  
En alterada forma de cometa?  
¡Mira cual tiembla la tiara inquieta  
De lo que el vano astrólogo imagina,  
Y cuántos cetros al horror destina  
Oscura voz de equívoco profeta!  
Y advierte que, seguro en sus enojos,  
De tu semblante prende mi cuidado,  
Que ni sabe otro cielo ni le mira;  
Y, atento a las estrellas de tus ojos,  
Ni quiere más fortuna que su agrado,  
Ni teme más prodigios que su ira.

VOLVIENDO A VER UNA DAMA DESPUÉS DE UNA AUSENCIA

Del pecho vanamente defendido,  
Al poder de tus rayos homicidas,  
Vierten sangre reciente las heridas.

Que curaba el aviso, no el olvido.

Así, en el pedernal endurecido

Se celan las entrañas encendidas,

Y salen en centellas esparcidas

Al golpe del acero repetido.

Culpa tu actividad, no mi secreto,

Si en las cenizas descubriere el fuego

De mi primero ardor, segundo indicio,

O fía tu deidad de mi respeto

Y los que vieren que a tus aras llego,

Verán, Filís, sin voto, el sacrificio.

VOLVIENDO UNOS PAPELES QUE SE LE PIDIERON

PARA ASEGURAR EL RECATO

Salid, crecidos áspides, que entrastes

Solo a dejarme el corazón deshecho,

Salid, pues os parece tan estrecho

Esto que un tiempo tan capaz juzgastes.

Por señas de que, ingratos, os mudastes,

Y del sangriento estrago que habéis hecho

Lleváis, al desasiros de mi pecho,

Los pedaços del alma que dejastes.

Ni en mi silencio ni en mi fe cupistes,

Siendo, mi amor lo sabe y vuestro olvido,

De adoración enmudecido exemplo.

De la desierta parte en que vivistes  
(Memoria es mucho ya), lástima os pido,  
Que la dejáis sepulcro y era templo.

CONSUELO ENGAÑOSO A LA AUSENCIA

Niéguenme a vuestras luces celestiales  
Mares y montes de soberbia llenos,  
Y en vuestra ausencia, de remedio ajenos  
Sienta mi vida los prolixos males:  
Que si gran ira y gran amor, iguales  
Merecen los castigos, a lo menos  
Podremos vernos en oscuros senos  
Más allá de los límites mortales.  
Pero si yo de mucho amar, la pena,  
Y vos de mucho aborrecer, debemos,  
Esta esperanza lisonjera miente,  
Que a pagar, cada culpa se condena  
En diferentes orbes, y tendremos  
Para penar esfera diferente.

A LAS LÁGRIMAS DE UNA AUSENCIA

Este dolor oculto trasladado  
De lo interior del alma a los sentidos,  
Por conceptos del pecho despedidos,

En cristales sangrientos explicado,  
Esta postrera esencia del cuidado  
Destilada de afectos oprimidos,  
Si algún tiempo fué voz, a tus oídos,  
Hoy es de mis fineças el sagrado.  
En las aras que erige mi tristeza  
Hallé la culpa de vivir sin verte,  
De tus desconfianças acogida,  
Y mientras llega la postrer fineça,  
Recibe, Fili, en prendas de mi muerte,  
Estas señales de mi triste vida.

A UNA DAMA QUE LE DIJO QUE NO LA MIRASE, PORQUE

SE NOTABA

Hoy con tu arbitrio, Filis soberana,  
A los humos de honor, sino a los fuegos,  
Sacrifico la vista de dos ciegos,  
A vana adoración: ofrenda vana.  
No nos miremos, si la envidia ufana  
Introduce rumor, turba sosiegos;  
Demos a Venus invisibles ruegos  
Y exteriores aplausos a Diana.  
Baste juntar las almas, que en sus laços  
a la parte inferior también previene  
Sus intereses frágiles Cupido.

Estrecha más de los mentales brazos  
La dulcísima unión, verás que tiene  
Lisonja el gusto, engaños el sentido.

A LA MISMA, QUEJÁNDOSE DEL POCO TIEMPO EN QUE PODÍA

CONTEMPLARLA

Prueba el sueño a fingir vuestra hermosura,  
Y faltan a sus sombras los colores  
Que, ciegos o confusos, sus horrores  
No son capaces de visión tan pura.  
Y si el desvelo intenta la pintura  
Que forman las noticias interiores,  
Del popular concurso los rumores  
Borran a la atención cuanto figura.  
Sólo en aquel crepúsculo, formado  
Del sueño y la vigilia, me parece  
Que a dibujar vuestra beldad acierto.  
¡Oh dulce imagen del semblante amado!  
¡Qué breve vuestra luz desaparece!  
Ni la goço dormido, ni despierto.

QUÉJASE DE CONDICIÓN DESDEÑOSA Y CRUEL

Amamos, Filis, porque anima, al viento,  
No porque ofende, amamos repetida

La usura de la tierra agradecida,  
Del agua, no el naufragio, el alimento.  
Y tú, soberbia, más que el elemento  
De más utilidad para mi vida,  
Siempre de los rigores prevenida,  
Solicitas que adore mi tormento.  
¡Qué mal gusto de amor! Poner la gloria  
Sólo en que dé la voluntad rendida  
Irracionales círculos al fuego,  
Y juzgar deslucida la victoria,  
Cuando la ofrece la raçon vencida,  
Sin la violencia del destino ciego.

EN OCASIÓN DE HABERLE FALTADO DOS DÍAS RECADO  
DE UNA DAMA

¡Hoy también niegas a las ansias mías  
De tu memoria, Filis, las señales!  
¡Así me dejas solo con mis males  
En las eternidades de dos días!  
Aquel dulce veneno que vertías,  
Lisonja de mis penas inmortales,  
Repetido por términos iguales,  
Templaba las sedientas agonías.  
¿Cómo me le suspende tu mudança?  
Mas, ¡ay! temores atrevidos, paso,

Que tocáis a lo vivo del sosiego.  
Todo lo emprende la desconfianza:  
Ojos, agua y más agua, que me abrás,  
Pero tampoco tanta, que me anego.

A LA MEMORIA AMOROSA DE SU DAMA, EN UNA AUSENCIA

Oye, Filis, que muero, oye que muero;  
Ya tu nombre en mi voz suena imperfecto,  
Oye como te invoca mi respeto  
Entre las ansias del dolor postrero.  
Lo demás que te ofrece el verdadero  
Y último exemplo del amor perfecto,  
Quede oculto, señora, en mi secreto.  
No lastimarte, prevenirte quiero.  
Presto verás que el sacro Mançanares  
Envuelve mi ceniza en las arenas  
Más veneradas del sagrado río.  
Si alguna vez sus márgenes pisares,  
En tanto que te adoran sus sirenas,  
Vuelve los ojos al sepulcro frío.

ANIMA LA CONFIANÇA DE UNA HERMOSURA CON EL EXEMPLO  
DE LA ROSA

Desta que admiras, rica de tributos,  
Que varias flores a su aliento ofrecen,

Y reina de la selva la establecen  
Jurisdicción de imperios absolutos,  
El aliento, el color, los atributos  
Que en púrpura soberbia resplandecen,  
Verás que, fugitivos, desvanecen,  
Si atiendes a su ser breves minutos.  
Tanto esplendor la usura codiciosa  
De las horas usurpa a quien tributa,  
Por instantes, los réditos mortales.  
No temas, Fili, al tiempo milagrosa  
Se opone tu belleza, y no executa  
La edad, sino en efectos naturales.

A LA BIÇARRÍA DEL PENSAMIENTO

Si al demasiado osar, al ardimiento  
Que a desigual empresa destinado,  
En las ondas del Po yace anegado,  
Excedes, obstinado pensamiento,  
No desfallezca el generoso aliento,  
Del infausto suceso recatado,  
Que el intentar honroso, malogrado,  
Advierte emulación y no escarmiento.  
Cuando al valor le falte la ventura,  
Y caiga fulminada tu porfía,  
Gloriosa fama de su fin espero:

Asiste al sol, contempla la hermosura,  
Y prevengan, en tanto, a tu osadía  
Júpiter rayos, y sepulcro Duero.

DISCÚLPASE, CON LA FINEÇA, DE NO HABERSE MUERTO DE AMOR

Dirás, Filis, que finge o que encarece  
Mi artificio el dolor, porque la vida  
Que, en tantas quejas, se mostró rendida,  
Rebelde a la fatiga permanece.  
Y así en la luz que tu beldad ofrece,  
De los soplos del austro defendida,  
Se muestre en el diciembre tan florida  
La púrpura de abril, como amanece;  
Que he visto ya, en el tránsito postrero,  
Varias veces el alma: y el aliento  
Del padecer feliz, vence al destino,  
Para que pene más, porque no muero,  
Y viva, desluciendo lo que siento,  
Con las mismas fineças que imagino.

A UNOS PENSAMIENTOS, QUE SE ACUSARON DE POCO SECRETOS  
Y SIN EXCUSARLOS DESTO, SE DISCULPAN

Filis, los puros afectos  
Que engendró vuestra belleça,

Descubren más la fineza  
Mientras son menos secretos;  
Que mirándose perfectos,  
A la luz que solicitan,  
Ufanos no se limitan  
Al error de recatados,  
Porque ofenden ignorados  
Y entendidos acreditan.

Tan ajenos de mostrar  
Señal de humanos indicios,  
Se ofrecen los sacrificios  
De mi alma, en vuestro altar,  
Que se puede publicar,  
Porque así tendrán segura,  
A exemplo de mi fe pura,  
Sus aras veneración,  
Tanto por mi adoración  
Como por vuestra hermosura.

Y si algún interesado,  
Filis, condena mi fe,  
Ignorando lo que ve,  
Finge lo que ha imaginado;  
Y como sigue engañado,  
Sombras de aparentes bultos,  
Que a los misterios ocultos  
Dan formas de ritos vanos,

Con atributos profanos

Infama sagrados cultos.

Pero mal puede saber

Que es amor mi desvarío,

Si yo mismo, con ser mío,

No le acierto a conocer;

Y si el amor es querer

Deseando el bien que creo

En la hermosura que veo,

No es amor este que siento.

Que nunca mi pensamiento

Ha llegado a ser deseo.

Logrará la semejança

Los engaños que fingía,

Si, quien notó la osadía,

No ve la desconfiança.

Sepan que sin esperança

Sigo el bien que conocí:

Y resultarán de aquí

Cuando traten de los dos,

Muchas envidias de vos,

Muchas lástimas de mí.

OFRECIENDO LOS PLANETAS SUS PROPIEDADES A LA PERFECCIÓN  
DE UNA DAMA

*(Fué asunto que se dió en una Academia, para que se escribiese  
en diez redondillas.)*

Filis, de vuestra belleza  
El soberano primor,  
No se le fió su autor  
Solo a la naturaleza.

Y porque el concepto en vos  
De su idea se explicase,  
Ordenó que le ilustrase  
de cada esfera su dios,

Para que sus oblacones  
Reduciéndolas a unión,  
Formasen la perfección  
De todas las perfecciones.

Templando su calidad,  
La Luna, mudable diosa,  
Sólo la parte de hermosa  
os dió de la variedad.

Mercurio trujo la ciencia,  
Y prometió que os daría  
Toda la sabiduría,  
Sin pensión de la experiencia.

Venus, con llanto y con luto,

Vencida se conoció,

Y todo lo que ofreció

No fué don, sino tributo.

El Sol llegó a consagrar

La luz que agora desea,

Y que ninguno la vea

Sin el riesgo de cegar.

Marte, en mengua de sus glorias

Y burla de su poder,

Que nunca queráis vencer

Y siempre tengáis vitorias.

Júpiter, el señorío

Con que en las almas reinéis,

Sin limitar que guardéis

Los fueros del albedrío.

No halló Saturno jamás

Ofrenda proporcionada,

Y no daros de sí, nada

Fué mayor que las demás.

Ahogado de sus pesares se hallaba Suldino cuando se confirmó la nueva de casarse el marqués con hija única del primer ministro del Reino, del mayor valido del Rey, y mudando propósito, con tan gran accidente volvió a la Corte, llevado de las esperanças de

aquel favor, en que confiaba mucho. Fraudelio, que no lo ignoraba, y para su conservación y aumento todos los engaños tiene por lícitos, ninguna simulación por trabajosa, entendiendo sacar algún fruto de este suceso, como lo hizo, olvidó lo pestilente que en la compañía de su hermano recelaba; visitóle y hospedóle, retirando cuanto pudo las señales del odio que le tenía. El, en todo género de artificio y malicia por extremo negligente, no atendió a la segunda intención, atribuyendo aquella diferencia al tiempo, que muda los humores y hace caer en la cuenta de los hierros, mayormente cuando son tan violentos y miran a la falta de tan estrechas obligaciones. Posaba Fraudelio con su prima, pagaba una gran casa, hacía toda la costa, dando para ella dineros con abundancia y sin cuenta. Cuidaba de sus galas y joyas, vestía a sus hijos y entenados, que eran muchos; todo sin limitación. No hay pródigos tan perdidos como los miserables, cuando se dejan llevar de alguna pasión. Y como en estas demostraciones se envolvía la ordinaria malicia de ocasionar envidia, y da más el que da por tema, que el que da por condición, llegaba a demasiado exceso. Y entre tanta libertad era mucha la estrechez de Suldino, que no tenía el menor alivio para su gasto, fuera de la comida, viniendo a tiempo. Hallábase el marqués enfermo de unas tercianas prolixas, que le tuvieron algunos meses en la cama;

asistíale continuamente, divirtiéndole con lo que más le parecía de su gusto, y en esta ocasión le escribió una carta dándole la enhorabuena de su casamiento y advirtiéndole los peligros de la fortuna. Y hizo muchos sonetos a diferentes asuntos, que el marqués elegía, confesando, que oírlos y tomarlos de memoria era lo que más le entretenía y le aliviaba. Ofrezco a los aficionados los que han podido haberse, con mucha lástima de que se hayan perdido tantos.

Ahora que a los méritos premiados

Está (señor) la emulación rendida

Y vuestro disponer rige los hados;

Ahora que en la cumbre esclarecida

(Ya mayor que la envidia) victorioso

Os mira la fortuna, suspendida,

Prevenid el esfuerzo generoso,

Expuesto a más activas invasiones,

Que en el tiempo infeliz, en el dichoso.

Y si el seguro acierto en las acciones,

En el supremo olimpio, os constituye

Exento de, extranjeras impresiones,

Ni la discordia, envejecida, huye

En la felicidad, ni el alto asiento

De nuevas asechanças os excluye;

Que endurecido el sedicioso intento,

Sólo en el modo de emprender, distante,  
Maquina más, postrado que violento.  
El casto joven, que ascendió constante  
Por tan fragosas sendas al estado  
En parte a vuestra historia semejante,  
De los fraternos odios recatado,  
Cuando entrambas fortunas le impelfan,  
Menos temió vendido que adorado.  
¡Oh! Cuánto en la grandeça se desvían  
Aquellos rayos (de la luz oscuros)  
Que en la suerte mayor resplandecían.  
La claridad de los conceptos puros  
Sin sombra de aparente semejança,  
Los sufragios alegres y seguros,  
Trueca la dicha en miedo la esperança,  
Y en la inquietud de distinguir objetos,  
Ni desengaño ni sosiego alcança.  
Explica sospechosos los sujetos  
El suceso feliz que solicita  
Los votos en los ánimos secretos;  
Ni en las supersticiones, con que imita  
El culto de los ídolos profanos,  
La temporal lisonja se acredita:  
Que el abatido ser de los humanos,  
Por la servil disposición, se inclina  
A venerar aborrecidas manos,

La antigüedad, prudente, determina  
    En fábulas, señor, moralidades  
    Y documentos de moral doctrina.  
Diversas nos figura dos edades,  
    La una en que gozaban los sentidos,  
    Desnudas de artificio, las verdades:  
Cuando aquellos arados, revestidos  
    Fueron en lauros y en olivos sabios  
    De triunfadores brazos conducidos,  
El ocio solo señalaba agravios,  
    Y humildes nombres de legumbres, dieron  
    Apellidos a Léntulos y Fabios.  
Otra fingió sacrílega, en que fueron  
    Nocivos minerales explorados,  
    Que, pródigos, los dioses encubrieron.  
Y en esta alegoría, los estados  
    De medianía y opulencia vemos,  
    Por señales distintas, figurados.  
Cércanse de peligros los extremos,  
    Y en el riesgo que asiste a los mayores,  
    Sin ofensa del ánimo, tememos;  
Que si a tantos contrarios exteriores,  
    Vuestra prudencia, defendida, ostenta  
    Invencibles las fuerzas superiores  
Batalla más robusta representa  
    Aquel conocimiento que, animado,

De tantas perfecciones se alimenta:  
El valor adquirido, el heredado,  
El mérito mayor, no de la suerte,  
De la elección atenta destinado,  
Os aperciben al combate fuerte  
Del propio amor, contraste peligroso  
Que la modestia en elación convierte.  
Deste postrer encuentro, más glorioso  
Os espero, señor, asegurado  
En la virtud del genio milagroso  
Que en tantas advertencias venerado,  
Cuantas dió a mi atención vuestra elocuencia,  
Me dejaba confuso y enseñado:  
Que en toda discursiva competencia  
Con vuestra lumbre natural, se veía  
Confuso el arte, ruda la experiencia.  
La fe, por este fin os asistía,  
De mi inclinada voluntad, trofeo  
En que ostentar su crédito podría;  
Mas, ya que en la distancia donde os veo  
Para poder serviros la fortuna  
Quitó la proporción, dejó el deseo.  
Vivid sobre la esfera de la Luna,  
Libre de sus constantes variedades  
Y sin recelo de menguante alguna,  
Goçad tan grandes las felicidades

Que no puedan crecer, cuando las cuente  
La fama desta edad a otras edades.  
Y mientras el espíritu valiente,  
Tolerando el deseo y la memoria,  
Vence la suspensión del accidente:  
Para goçar la conquistada gloria  
Que aun la naturaleza ha resistido  
Porque logre más triunfos la victoria,  
Llegue dichoso el día tan temido  
Del tiempo y la fortuna, por afrenta  
Feliz de su mudança y de su olvido,  
En que la elemental máquina, atenta  
Al general aplauso reducida,  
Nueva disposición conforme sienta,  
Y la esfera celeste, divertida  
Del movimiento, en faustas impresiones  
Esfuerce la esperança prometida.  
En tanta paz del orbe, las prisiones  
Dulces, al yugo conyugal os ligen  
Sin ritos de fingidas religiones;  
Ni en las aguas lustrales se mitiguen  
Los sacros fuegos de nupciales faces,  
Ni a preciosos ardores las obliguen:  
Centella sí, de rayos eficaces,  
Inspire el puro amor, llama divina,  
Que alumbra siempre en paz uniendo paces;

Ni a la consorte excelsa y peregrina  
Siga el terno de gracias, misterioso,  
Que Venus ostentó, celó Lucina.  
Que nativa hermosura, en el airoso  
Semblante de María, no permite  
Adulación de ornato fabuloso;  
Ni Calfope ahora resucite  
En la discordie voz nuevos conceptos  
Que los envidie Apolo o los imite:  
Sólo vuestro favor en mis alientos,  
Hará dignos, señor, de la grandezza  
De vuestra augusta esposa los acentos:  
La discreción diré, la gentileza,  
La gala, el esplendor, la biçarría,  
Ministros del agrado y la belleça.  
La pródiga y prudente demasia  
Del acierto apacible, con que emplea  
Sin agravio del ser, la cortesía;  
Mas, imagen feliz de tanta idea,  
Ni en lo interior la mente la presume,  
Por más capaz que de las formas sea.  
En vuestros ojos la infinita suma  
De perfecciones muestre su retrato,  
Y excuse de escarmientos a mi pluma.  
Allí, sin las pensiones del recato,  
Goçarán los espíritus visivos,

Grata la vista y el objeto grato,  
Sin límite los gustos excesivos,  
Sin açar felicísimos abraços,  
Durables los contentos fugitivos,  
Y en vuestros castos y conformes braços,  
Al primer nudo de la unión más fuerte  
Sucedan tantos repetidos laços,  
Que ni suceso accidental acierte  
A dividirlos, ni romperlos pueda  
Oráculo preciso de la muerte:  
Antes, después que con prolixa rueda  
Por los días, a siglos semejantes,  
El tiempo, cano, en vuestra edad proceda  
Y suspendiendo pasos titubantes  
A ti no, pase, asido de las horas,  
Tropeçando en minutos y en instantes.  
Si a fuerza de las parcas vencedoras  
Llega el ocaso (dilatado cuanto  
Nos pueden prometer vuestras auroras),  
Para que el goço permanezca tanto,  
Que ni en las postrimeras despedidas  
Se justifique la ocasión al llanto,  
Un suspiro disuelva las dos vidas.

CON OCASIÓN DE LA ENFERMEDAD DEL MARQUÉS -

Físico Apolo, del dolor te mueve  
Quel sentimiento general anima;  
No ya la fiebre venenosa, oprima  
Cuanta esperanza a la virtud se debe.  
Naturaleza victoriosa, pruebe  
A no rendirse cuando más lastima,  
Y liberal alguna vez, redima  
En lo admirable la pensión de breve.  
Y tú, sacra deidad, que entre legiones  
De espíritus que en paz viven contigo,  
Admites humos de devoto templo;  
Si a todas las humanas perfecciones  
Niegas la duración, para castigo,  
Permítenos alguna para exemplo.

A UN RETRATO DEL MISMO

En esta, que el pincel ha trasladado  
De grave original, imagen pura,  
Así la voz suspensa se figura,  
Que no llega a ser mudo lo callado;  
Y tanto persuade lo informado  
De aliento y de razón en la pintura,  
Que no sólo la vista se asegura,

La voluntad se mueve y el cuidado.  
Misterio encierra superior al arte  
Que por virtud oculta, los colores  
Fuerza influían de amor y de respeto:  
Parece que el pintor miró a la parte  
Con que inclinan las causas superiores,  
Y copió a las estrellas el secreto.

A UN AMIGO QUE, TENIENDO VENCIDA LA VOLUNTAD,  
EXCUSABA COBARDEMENTE LA EXECUCIÓN

Aquel que pudo, Fabio, aquel que pudo  
Llegar de la constancia a tal estado,  
Que del laço interior más apretado,  
Cuando no se desata rompe el nudo,  
Este, a los hados superior, desnudo  
De los afectos, viva recatado,  
Tema el encanto del semblante amado  
Que dulce mueve, persuade mudo.  
Tú, si al torpe deseo te rendiste,  
No oprimas de cobarde el apetito,  
Añadiendo martirio al vencimiento;  
Que quien la ejecución sólo resiste  
No excusa lo culpable del delito  
Y malogra el poder del escarmiento.

À UNA DAMA QUE, NO SIENDO MUY ESCRUPULOSA, DIJO  
QUE DEJABA DE QUERERLE, SÓLO POR NO PECAR

Aunque el amor, ¡oh Lisidia!, podía  
En fe de ciego persuadir errores,  
No te propongo, como bien, que adores  
Los ídolos que sigue mi porfía.  
Que guardes, sí, la escasa valentía,  
Para logro de méritos mayores,  
Y, avara de otros males, atesores  
Culpas que apliques a la pena mía.  
Que si, a más de un precepto se reduce  
La ley, y en los que pródiga dispensas,  
Menos sencilla y regular te mueves,  
Fiel es la persuasión cuando te induce  
No a cometer, a conmutar ofensas  
Por las más disculpadas y más leves.

EN OCASIÓN DE HABERSE CORTADO LOS CABELLOS UNA DAMA

Si los cabellos que, al funesto duelo,  
Dió Berenice del esposo ausente  
Son transformados en estrella ardiente,  
Memoria eterna de su casto celo,  
Hoy, para los de Filis, ni consuelo  
Júpiter tiene, ni lugar decente,

Que, despojados de su hermosa frente,  
Descenderán, aunque los suba al cielo.  
Fueron envidia al sol, y gloria fueron  
De las almas que en ellos, suspendidos  
Despojos consagraron inmortales:  
¿Cómo pueden hallar lo que perdieron  
En el mejor planeta convertidos,  
Ni en todas las esferas celestiales?

A LAS CENIÇAS DE UN AMANTE, PUESTAS EN UN RELOJ

DE ARENA

Esta que te señala de los años  
Las horas de que goças en empeño,  
Muda ceniza, y en cristal pequeño  
Lengua que te refiere desengaños,  
Un tiempo fué Lisardo, a quien engaños  
De Filis (su querido ingrato dueño),  
Trasladaron del uno al otro sueño;  
Prevente, huésped, en ajenos daños.  
En tanto estrecho al miserable puso  
El incendio de amor y la aspereça  
De condición esquiva y desdeñosa.  
Póstumo el polvo guarda el primer uso,  
Inobediente a la naturaleça,  
Padeció vivo y muerto no reposa.

HACE MEMORIA DEL DÍA Y DE LA PARTE EN QUE TUVO  
PRINCIPIO SU AMOR

Este es el templo, Filis, y este el día  
En que ya tu poder, o ya tu ruego,  
Obró el milagro de quitar a un ciego  
La tiniebla de ausencia en que vivía.  
Aquí vió tu hermosura mi osadía,  
Aquí entregó a las llamas el sosiego,  
Y le hospedó tan apacible el fuego  
Que se alumbraba el alma y no se ardía.  
Pareció piedad de la belleza  
Entonces, que a sus rayos entregado  
No quedase en cenizas convertido,  
Y fué traça cruel de tu aspereça,  
Por hacer el castigo más pesado,  
No matarme de amor, sino de olvido.

A UNOS OJOS NEGROS

La suerte ciega no, pródigo el hado  
Destinó a vuestros ojos celestiales  
Color con que apercibe a los mortales,  
Que quien los viere, mire recatado.  
Fué providencia del mayor cuidado,  
Que asistan del peligro en los umbrales

Agüeros, precursores de los males,  
Que limiten al más aventurado.  
Su estrago el fuego, en el color sangriento,  
A la avecilla que le sigue advierte,  
Y el luto a mí, en el vuestro, desengaños.  
Bien debe, Fllis, del osado intento  
Costosas experiencias a la muerte,  
Quien no recela prevenidos daños.

A UN AMIGO QUE, POR DESENGAÑO, TENÍA UNA CALAVERA  
EN SU APOSENTO

En vano, Fabio, los efectos fías  
(A las voces del ánimo negados)  
De los pálidos ecos revocados,  
Con sucesivo estrago de los días.  
Mientras, rebelde, construir porfías  
Caracteres horribles y borrados,  
Los avisos distintos y animados  
Dentro de tus acciones hallarías;  
¡Oh! cuán ociosa prevención intenta  
Esa ruina, en que confuso miras  
Lo frágil de las fábricas mortales.  
¡Sabes que de la vida se descuenta  
El numerado aliento que respiras!  
¿Y adviertes documentos materiales?

A UN ASTRÓLOGO, CIEGO DE SU NACIMIENTO

Patente, Hernando, la celeste esfera,  
Toda su luz a tu nublado fía,  
Y lo que a tantos ojos se cubría,  
Por tu industria se mira y se pondera.  
¡Con qué atención tu noche considera  
Lo más luciente del autor del día!  
Aguila que imitara tu osadía  
Breves señales de bastarda diera.  
A ciegas guías la noticia humana,  
Y del mejor sentido los primores  
Con tu tiniebla asombras y desluces;  
Que mal presumirá la vista ufana  
De que sabe juzgar de los colores,  
Si hay ceguedad que juzga de las luces.

ENCARECE SU FIRMEÇA EN UNA AUSENCIA

A viva fuerça, la contraria suerte  
Estrecha el sitio de mi pensamiento,  
Y ya los tiros de furor violento  
En ardidés solícitos convierte;  
Mas no verá rendido el pecho fuerte  
Porque a los ojos quite el alimento,  
Cuando el ardor del ánimo sediento

En cristales más puros se divierte:  
Que por oculto medio conducida  
Bella imagen, que al alma se aparece,  
Vigor infunde, sustituye gloria.  
Y cuanto del aliento de la vida  
Por siglos el ausencia desfallece,  
Anima por instantes la memoria.

Ni este papel presume la lección pública, ni en él se escriben progresos de alguna monarquía, conquista de algún Imperio; la diferencia de dos condiciones se advierte; las quejas entre dos particulares se cuentan; la razón de ellas se averigua, para noticia privada de sus deudos. Y para prevención del rompimiento que entre ellos puede haber, aun las cosas muy grandes tienen pequeños principios. Esto, que de suyo es tan limitado, no puede adornarse con portentos ni admite prodigios; de accidentes ordinarios se ocasionan discordias familiares, caserías se escriben, menudencias se han de referir. Ha despeñado siempre a Suldino la inclinación del juego; él dice que la sigue forçado, nunca le falta al amor propio afeite con que disimular la fealdad de los vicios; este ha sido en él más culpable, porque le ha cautivado sin costa, le ha engañado sin premio. Hiço en este tiempo una pérdida grande, y fué más sensible, porque un caballero, capitán de un galeón, que nunca

le había visto, le prestó tres mil reales en plata, aficionado a la modestia con que juega, que le ha solicitado muchas voluntades y deseos de buen suceso. Vióse acongojado de aquella obligación y de no tener medio, por entonces, para salir della; súpolo luego Fraudelio y recibió la ordinaria complacencia; buscóle y hablóle con semblante alegre. Dijole que estuviese de buen ánimo, y, si quería divertirse, le llevaría donde viese buen juego. Él, que nunca se persuadía a recelar el odio de aquel ánimo dañado, creyó que trataba de encaminarle algún desahogo, no que tuviera crueldad para ocasionarle más lástima. Fueron a una casa, donde Fraudelio se puso a jugar con otro caballero. Estuvo Suldino pensando en su cuidado y haciéndoles la cuenta. Duró la batalla hasta el amanecer. Ganó veinte mil reales Fraudelio, sobre una joya de más valor, con que pudiera entender cualquiera de menos obligaciones, que a mal librar, había salido de su deuda. Volviéronse juntos, sin hablar palabra en esto, y creyendo el uno que se dejaba para hacerlo con efecto, y el otro, sin pensar en ello, se recogieron. Son muchas las ocasiones semejantes en que Fraudelio ha tenido ruin trato con sus amigos, quitando del juego lo generoso, que sólo tiene de virtud, y saliéndose de la correspondencia con que los desta profesión se valen unos a otros, cuando están de ganancias, más fácil y largamente que pudieran hacerlo

de sus haciendas, siendo sólo él quien ha privado este comercio hasta de lo que llaman barato. Y es bien notable que cuando se le hace este cargo, responde con grande impaciencia que de lo que hubiera heredado fuera muy liberal, de lo que le cuesta tanto trabajo, siente en el alma dar un maravedí, y que una ley que prohibía, en los hebreos, hacer sacrificios de los bienes adquiridos por malos medios, no miraba a infamarlos, sino a dar a entender que lo que tiene tanto riesgo ni con Dios se ha de partir. Llegó la hora de comer, llamaron a Suldino, respondió que no se sentía bueno ni estaba vestido. Vino otro recado, diciendo que se animase para ir aquella tarde al río, donde tenían prevenida grande holgura y merienda. Él, juntando esta sequedad a otras muchas que había experimentado en aquel hospedaje, reconoció que no se condolfan en él de sus pesares, antes los recibían con gusto, los solemnizaban con fiestas. Y haciendo memoria de la causa original de aquel desamor, con desengaño de lo que podía fiarse en el calor de la sangre de tales parientes, determinó apartarse dellos para siempre. Y aquella tarde, mientras se detuvieron en el campo, hizo sacar sus baúles y se fué a una posada, sin llevar un real para comer otro día. Convaleció el marqués, celebráronse sus bodas, mandó a Suldino que le fuese acompañando al sitio de Aranjuez, donde, por ser el principio de la primavera, hacía

Su Majestad la jornada ordinaria; súpolo Fraudelio, de quien es muy repetido el refrán castellano que aconseja al que ha menester a otro, el más asqueroso obsequio. Y habiéndose pasado cuatro meses sin ver a su hermano ni acordándose de ajustar la raçón que tuvo para darse por tan sentido, se entró por sus puertas y le dijo: Que la envidia hace los peores oficios en los más estrechos parentescos; que desde los primeros hombres es mortal el odio de los hermanos, y si en ellos se embebe el rencor, aunque la suerte en el fin los junte en una hoguera, hace el fuego las llamas diferentes; pero esto sucede cuando se compiten imperiales o divinas privanças, cuando se contienden absolutos dominios. Que sus diferencias no merecían nombre de discordias; poca conformidad de condiciones les apartaba, livianas causas embaraçaban su correspondencia, ningún agravio alimentaba el enojo, que no era poderoso para mejorar la fortuna de su hermano; merecerla mala, fué siempre único medio de tenerla buena. Sus prendas nunca se conformarían con lo que el mundo llama ventura; siendo necio, lisonjero, infiel, entrometido, sería dichoso; a menos costa no se concede la felicidad. Que el caudal de Fraudelio, por lo lucido de su condición, era menor que la apariencia, y cuando fuera todo lo que se presumía no hubiera en él para un mes de la mala suerte de Suldino; verse los dos po-

bres nada aliviaría los alcances del uno. Esto fuese disculpa de haberle acudido cortamente, y cuando no bastase para este y los demás cargos que se le hiciesen, era forçoso perdonárselos viéndole dentro de su casa, y, siendo necesario, arrojado a sus pies. La edad en que se hallaba, la inquietud de la vida que traía, el deseo de acabar con mejor nombre, eran consideraciones que continuamente alteraban su sosiego. Las cosas de España venían estrechas a su corazón, fiaba de su industria el hacerse mil veces rico si tantas le empobreciese alguna violencia. Lo que se decía de las Indias conformaba más con su ambición; de los metales preciosos de aquel nuevo mundo esperaba traer con qué aumentar su hacienda, con qué levantar su casa. Para pasar allá y mejor disposición de sus intentos, juzgaba por muy importante llevar un hábito. El Rey iba a Aranjuez, Suldino, con el marqués; teniendo mucha parte en su gracia, venía a suplicarle tomase a su cargo esta pretensión; si la conseguía con su favor, la señal que se pusiese en los pechos más firmemente se estamparía en su alma, para perpetuo reconocimiento de aquella obligación en que, si no pudiese mostrarse agradecido, por lo menos nunca le verían ingrato. Lo que restaba decía con empacho, porque conocía el espíritu generoso de su hermano; pero por sí solo, no basta ningún aliento para sustentar las flaqueças humanas. La vida necesita de

abrigo y de alimento, para disponerlo se inventó el dinero, y él se hallaba con cantidad que partirían y sería bastante para gastar muchos días más que medianamente. Bien entendió Suldino que aquella buena obra se perdiera en Fraudelio, como las demás, porque habiéndole hecho infinitas, le había oído decir muchas veces que tenía un libro donde escribir lo que hacían por él sus parientes, y siempre estaba blanco. Pero como sea la mayor gloria de los ánimos grandes derramar beneficios sin esperanza de reconocimiento, a imitación de Dios, que llueve en los arenales, y como hay obligaciones que no bastan a romperlas ningunas injurias, respondió, en pocas palabras, que haría lo que pudiera, procurando, con el efecto, pagar su confianza de manera que no saliese vana, que le había obligado en ella, tanto más cuanto menos pudiera tenerla, si la regulara con sus extrañezas, cuya memoria, desde aquel punto, diese por borrada para siempre. Que sentía en el alma confesar flaquezas, y quisiera que en lo liberal de aquel oficio no se mezclara ningún achaque de interés, pero por las mismas razones que le había oído, era forzoso decirle que no tenía con qué hacer aquel corto viaje. Dióle Fraudelio noventa escudos sencillos, y se despidieron. Partióse Suldino otro día, y en llegando dió el memorial al marqués, y le respondió que por el gusto que tendría del buen suceso le aconsejaba se le diese a

su mujer. Híçose así, y aquella excelente señora, que, entre otras gloriosas virtudes (dignas de mejor mundo para su logro, de mayor elogio para su memoria), se preciaba mucho de honrar a los favorecidos de su marido, tomó por su cuenta esta intercesión y brevemente le dió, por su mano, un decreto del hábito de Santiago. Abrióle Suldino y vió que estaba con su nombre; reconoció el hierro, hallóse embaraçado con él, y para enmendarle habló al ministro inmediato del Rey. Respondióle que ya que había salido así, tomase el hábito de que necesitaba para la introducción en palacio y asistencia del marqués, y dejase a su cargo el interceder con Su Majestad para que luego se diese otro a su hermano. Replicó que volvería, con gran vergüença a los ojos de sus amigos, si sabiendo todos que había venido a pretender esta merced para su hermano, veían que la llevaba para sí. Respondióle que dijese lo que su excelencia le había asegurado, y él que no se lo creerían, y de una réplica en otra llegó la fineça (como suele siempre que excede de los límites ordinarios) a entrarse por los términos de la necesidad. Así lo juzgaron algunos caballeros cortesanos y criados del Rey que se hallaron presentes a esta audiencia y han referido lo que pasó en ella muchas veces, con admiración. Híçose la encomienda del despacho, vino Suldino con él a Madrid, dióle a Fraudelio, y recibióle con menos alborozo del que traía

prevenido, descubriéndose en este lance otro notable indicio de la incertidumbre desta hermandad. Los beneficios de los aborrecidos son más molestos que los agravios. No hay enfermedad tan mala como la salud que se recibe de los enemigos. Atribuyó Suldino esta tibieça a efecto ordinario de deseo conseguido, y, despidiéndose, se volvió luego, porque sólo traía licencia del marqués para lo que pudiese tardar en ir y venir por la posta. Con la ocasión de esta ausencia no se vieron en algunos días y en muchos después no habló Fraudelio palabra en que mostrase memoria de su obligación ni de su oferta. Acordósele Suldino forçado de muchos aprietos, y con su acostumbrada cautela. Volvió a encarecer la maravilla con que su ostentación desmentía su posibilidad, y abriendo un escritorio sacó del una gaveta, y después de haber asegurado con grandes sacramentos que estaba en ella cuanto dinero tenía en su poder y en su dominio, echó sobre el bufete lo que había, y fueron ciento y diez doblones, que se partieron, ajustando así doscientos escudos, que fué toda la ayuda de costa que Suldino recibió para el gasto desta diligencia. Lo demás que se ha dicho es incierto. Dentro de pocos días se le hizo merced de un oficio (en ciudad donde el marqués tenía dependencias y podía ser a propósito para servirle), en ellos, perdió Fraudelio algunas cantidades de importancia que descubrieron la

verdad de sus juramentos, y le obligaron a valersê, como siempre, de su hermano; fuese con él hasta el lugar donde nacieron, y allí le pidió, consentimiento, para renunciar un beneficio (que de su provisión había goçado muchos años) en hijo de un mercader rico, si con alguna recompensa... ¡Ojalá hubiera sido más el cuidado del secreto y menos el desprecio del escrúpulo! Volvióse a Madrid con aquel dinero ¡o providencia eterna, como burlas de los juicios humanos, que fácil fuera de hallar la causa si lo perdiera! ¿quién la sabrá de que ganase en seis meses más de catorce mil escudos para que pudiese alabarse de que son dichosos los sacrilegios? Estando en aquel cargo se le ofreció a Suldino volver a su tierra, y en el ocio della, escribió algunos versos, entre ellos una elegía al marqués cuando por la temprana y lastimosa muerte de su mujer se vió contrastado su valimiento; una carta a un amigo estudioso, una canción a una señora solicitando que se le abreviase su ocupación, algunos sonetos y otras rimas que servirán de descanso, a lo prolixo, deste discurso.

Mientras desierta la silvestre avena

De la heroica atención que la dió aliento

Triste, confusa y destemplada suena,

¿Qué mucho si en el rústico instrumento

Los discordes acentos que os envió

No se permiten a mayor intento?  
Vendrá, duque excelente y señor mío,  
Tiempo en que, libre del nubloso llanto,  
Que agora anega el oprimido brío,  
Presten materia generosa al canto,  
Glorias de vuestros altos ascendientes,  
Si el animado plectro osare tanto.  
Que cuando los turbados accidentes  
Embaraçan el ánimo que ampara  
Las esperanças de su fe pendientes,  
Si la lisonja de mi musa avara,  
De tanta intercesión os divirtiera,  
Contra la utilidad común pecara.  
Y pues de vuestro lauro altivo espera  
Más vida, que del agua de Hipocrene,  
La hiedra, que a su sombra se venera,  
Oíd, sin atender, como conviene  
Calíope, en los números menores,  
Mientras conceptos épicos previene.  
Libres de la tiniebla, los colores  
Con pinceles de luz restituía  
El alba los matices a las flores,  
Y del Sol, que, vecino se ofrecía,  
Explicaba el crepúsculo al deseo  
La duda, que las formas confundía;  
El humor soñoliento de Letheo,

Con húmedo beleño rociaba  
En los ociosos ánimos Morfeo.  
Y yo, en la pluma negligente, daba  
Cuidados a sosiego interrumpido  
Que de vigilia y sueños se formaba,  
Cuando en confuso y pereçoso ruido,  
De mal formados pasos se ofrecieron  
Los pavorosos ecos al sentido.  
Y fuese que los ojos disolvieron  
Lo que el sueño dudoso suspendía,  
Y, reales las figuras distinguieron,  
O que la fatigada fantasía,  
En confusa ilusión, de sombra vana  
Imágenes fingidas ofrecía,  
O presumí, o miré de forma humana  
Y estatura mayor, bulto lucido,  
Duplicada la faz severa y cana,  
Atónito miraba, y suspendido,  
El extraño prodigio que del lecho  
A más breve distancia reducido,  
Puso la diestra en mi turbado pecho,  
Tocando el corazón, que, receloso,  
Se retiraba tímido y estrecho,  
Y viendo cómo el índice animoso  
Señalaba la vida acelerada,  
Así a sus polos persuadió reposo.

¡Oh, tú feliz!, si de la edad cansada  
Reclinaras el ángulo postrero  
En el regazo de la patria amada,  
Y si, propicio, el venerado Duero  
Los últimos suspiros admitiera  
Como el solloço recibió primero,  
No prisión elegida, templo fuera  
Donde se retirara el pensamiento,  
La sacra inmunidad de su ribera,  
Que si informado de mejor aliento  
Se turbara solícito el sosiego,  
Y a más altiva suspensión atento,  
Diera aromas idólatras tu fuego,  
En culto de los dioses, fabricados  
Por el cincel fantástico del ruego,  
Ya fueran tus delirios (infamados  
Tan justamente de mi voz severa),  
En cómplices mayores disculpados:  
Mas arrojado en la región postrera  
A la inclemencia de su escarcha fría,  
¿En qué, obstinada, tu ignorancia espera?  
Ardor que se apagó cuando asistía  
cerca del Sol, en el helado Arturo,  
¿Pretendes que le encienda la porfía?  
¿O será que contrastes el seguro  
Orden, que por sus átomos reparte

El sordo caso, al término futuro?  
Para tener en los aumentos parte,  
    Cuando estrella contraria lo defiende,  
    Ni vale el natural ni puede el arte.  
En los sucesos, tácita se extiende  
    Cierta necesidad que los obliga;  
    Y ni a culpas ni a méritos atiende.  
Vanamente solícita, litiga  
    Rebelde del destino a la sentencia  
    Irrevocable, la mortal fatiga.  
Entrega, pues, el cuello a su violencia,  
    Será suave el yugo voluntario  
    Que endurece la flaca resistencia;  
Que, mal presume, leño temerario,  
    Proejar en el piélagos inclemente  
    Con el furor del Aquilón contrario.  
Dijo, y moviendo la serena frente  
    Sin inclinarla, señaló que daba  
    Felice fin a la oración prudente:  
Cuando, opuesta al gran voto se mostraba  
    Ninfa, que a la solícita agonía,  
    En las alas del céfiro bajaba.  
Del semblante la tácita armonía,  
    Cuantas conquistas la elocuencia alcanza  
    A la forma elegante remitía,  
Y en improvisa voz, de la templança

Dista (dijo) remisa la tibieça,  
Que produce servil desconfiança.  
Hipócrita la tímida pereça  
En la fuga del siglo acreditada,  
Ostenta la mentida fortaleça;  
Que la virtud patente, contrastada,  
Tolera los errores de la suerte  
Entre los más felices animada.  
Y si, soberbio, el desengaño advierte  
Desprecios de la gloria fugitiva,  
Cuando la mente a lo inmortal convierte,  
Ni de su fiel aviso se deriva  
El temor abatido, ni cobarde  
La inspiración de mis alientos priva.  
En tanto, pues, que en apagar se tarde  
Del sagaz Prometeo el hurto breve,  
Que entre las urnas quebradiças arde,  
A dispensarle la prudencia pruebe  
En la porción activa, vigilante,  
Que a los auxilios familiares debe,  
Sin que permita suspensión bastante  
A enflaquecer los lícitos alientos,  
Que exercitan el ánimo constante.  
No turban la inocencia los portentos,  
Y alivia la opresión de la ruina,  
Fenecer en los grandes movimientos.

Repita los prodigios que destina,  
Anunciador fatídico del caso,  
Ardiente rayo en la sagrada encina,  
Y muestre el Sol, en el eclipse escaso,  
A Júpiter airado, si su ira  
No te amenaza o te castiga acaso.  
El que, durable en el afán, aspira  
A la mudança del suceso triste,  
Nunca vencido del dolor se mira.  
En alternada variedad consiste  
La belleza concorde, que pregona  
Cuanto a la madre universal asiste,  
Adulto ya el estío, se saçona  
El fruto, que en la infancia del verano,  
De matizadas flores se corona.  
Un tiempo cedió al céfiro liviano,  
Vara flexible, la robusta entena,  
Que ya contrasta el huracán en vano.  
El manso río, que el furor enfrena,  
Tan reducido al margen, y ligado  
Que recata el contacto de la arena,  
Se verá de los hielos desatado,  
Émulo proceloso de Neptuno,  
Por términos de Ceres dilatado.  
No se permite habitador alguno  
Sin que este truco sucesivo sienta

En los imperios de Plutón y Juno.  
Todo crece en mi nombre, todo alienta,  
Militando, obediente, a mis señales,  
Y en mis promesas crédulo, se aumenta.  
Y si bien a informar los animales  
Brutos atiendo, auxilios más perfectos,  
Prevengo a las potencias racionales.  
Cuantos admiras ínclitos sujetos  
A la sublime cumbre conducidos,  
De la lisonja y de la envidia objetos,  
De las adversidades impelidos  
Sin mi defensa se postrarán antes  
En los umbrales del pesar rendidos.  
Y si con los altivos semejantes  
Alguna vez por lícito juzgaste  
Animar los humildes y distantes,  
Para ver, en mi fe, cuánto contraste  
Vence al valor, este dibujo mira,  
Que por exemplo a los exemplos baste.  
(Ahora, nuevamente, Euterpe, inspira  
Espíritu capaz del argumento  
Al rudo plectro, a la discorde lira.)  
Harás, si miras a la luz atento,  
(La ninfa prosiguió) en el sol que nuestro  
Examen de legítimo ardimiento.  
Y descubrió, de artífice maestro,

En breve mapa de sucinto lino,  
Precisa copia del semblante vuestro,  
Al grave aspecto, al aire peregrino,  
Así inspiró viveça la pintura,  
Émula vana del autor divino,  
Que, en animada acción, cada figura  
Tenía executado y advertido,  
Hasta lo que se ignora en la hermosura,  
Mostrándose visibles al sentido  
Cuántas ocultas calidades fueron  
Guerra de Venus, triunfo de Cupido.  
Hasta allí osaron, hasta allí pudieron  
Dilatarse los límites del arte,  
Y los mortales términos rompieron.  
Mas ascender a la suprema parte,  
Donde tienen unida consistencia,  
Las virtudes, que el ánimo reparte,  
Mostrar de vuestra singular prudencia  
Como con lumbre anticipada sea  
Exceso de la prósvida experiencia,  
La voluntad perpetua, que desea  
Justa equidad en la feliz balança,  
Que apenas libra sin afecto Astrea,  
La perfección mayor de la templança,  
Donde ningún suceso fué bastante  
A señalar indicio de mudança,

Aquella fortaleza, que constante  
Tener el peso de los orbes puede  
Cuando descansan Hércules y Atlante,  
Es haçaña mayor, que se concede  
A mudo estilo; la elegante pluma  
Aquí en defecto del pincel sucede:  
Intento que ni osado le presuma  
Hijo de Febo, a quien menor empresa  
Muerte de llama dió, tumba de espuma.  
Ni es lícito, señor, que tan apriesa  
Diga el valor que entre virtudes tantas,  
Vuestra constancia intrépida profesa,  
Cuando a la envidia y la calumnia cuantas  
Cabeças erigían oprimieron  
Ya graves las acciones, ya las plantas,  
Donde se ven los ánimos que os vieron  
De la mitad del alma despojado,  
Y la desierta parte acometieron.  
Y vos, al dolor trágico entregado,  
En cuya confusión dejó el sentido  
Las atenciones de inferior cuidado.  
No del éxtasis fuistes reducido,  
Primero que en el solio soberano  
Del paternal amparo construido:  
Así sucede, si de roble ufano  
La frondosa corona robar pudo

Siniestro golpe, de segur profano;  
Que en el rumor del bosque, el árbol mudo  
Firme se ostenta, despojado y roto  
Y más exento cuanto más desnudo,  
Oye gemir el borrascoso Noto,  
Que entre confusos estallidos brama,  
Cuando tala la mies y siega el soto,  
Hasta que en las noticias de la fama  
Las propiedades útiles publica,  
Con los defectos de la verde rama;  
Y providente mano las aplica,  
Cuando a glorias navales las dispone,  
O a mayor ministerio las dedica.  
Y pues la vana emulación se opone  
Para que, resistida la victoria,  
De mayores trofeos se corone,  
Y tiene meta la feliz memoria  
Donde la fama, ya segura, entrega  
La duración a la inmortal historia,  
Vivid, en tanto que del curso llega  
El dilatado fin, sin ver airado  
El rostro vario de la diosa ciega:  
Que yo, de vuestras sombras animado,  
En cuanto asisten otros al semblante,  
Más merecido sí, no más amado;  
En el clima más áspero y distante

Que la codicia penetró, sedienta,  
Será, señor, que vuestras glorias cante,  
Y así mi nave fatigada, intenta  
Exercitar el piélago espumoso,  
O suceda la calma o la tormenta:  
Que si, cediendo al tiempo riguroso  
Atravesare sin bonanza alguna,  
De la vida el estrecho proceloso,  
En la patria del alma no hay fortuna.

A UN AMIGO, QUE LE ESCRIBIÓ PERSUADIÉNDOLE QUE NO DEJASE  
DE HACER VERSOS, PUES TENÍA TANTA OCASIÓN EN LA DAMA  
QUE SERVÍA Y EN EL SEÑOR A QUIEN CELEBRABA

¡Como conviene mal, con el profano  
Estruendo del causídico ejercicio,  
El ocio de las musas soberano!  
El claro numen que mostraba indicio  
De disponerse a sus preceptos leve,  
Asiste, torpe, al venerado oficio;  
Y aunque la aura nativa ahora pruebe  
A dispensar la confección suave,  
De ámbar que aspira y néctares que llueve,  
Ni su auxilio feliz, ni cuantos sabe  
El arte salutifera de Apolo  
Me restituyen del letargo grave.

Y si el impulso de Cupido sólo  
Absolvió lo terrestre al genio mío  
Y a sacros vaticinios destinólo,  
La causa (entonces) del infuso brío  
Que alimentaba el ánimo cobarde  
Le desampara lánguido y vacío.  
Mientras la ciega lumbre de amor arde  
Entre las almas, que soberbio elige,  
Para ostentar el numeroso alarde,  
Mas aliviadas las prisiones rige,  
De una en otra el dominio, diferencia,  
Que por el peso desconforme aflige:  
En desigual coyunda, la violencia  
Del Dios tirano siguen, que dispone  
En cada unión, imperio y obediencia.  
Reinaba Filis, su deidad perdone,  
Que, hablando de las almas, no la ofende  
Quien la pureça de su ser supone,  
Obedecí rendido, que suspende  
La maravilla del amado objeto  
Cuantos avisos la razón emprende;  
La fuerça entonces, del violento afecto,  
Daba, con movimiento arrebatado,  
Ánimo al plectro y a la voz concepto.  
Ahora, que al doméstico cuidado  
Convierte humana la atención divina,

Y a conjugables fueros el agrado,  
Y la violenta Juno, ya Lucina,  
Que, voluntaria, al tálamo introduce,  
Desdén depone y altivez inclina;  
Cuando a fecundos laços se reduce,  
Y asida al tronco que el desdén huía,  
Renuevos felicísimos produce,  
¿Quién moverá la lírica armonía,  
Que, templada, en unida consonancia  
Por calidad oculta se movía?  
Del héroe generoso, la distancia  
En tan prolixa ausencia desvanece  
Lo que valida osaba, la arrogancia,  
Que en la suprema altura, desfallece  
El vuelo que a la empresa insuficiente  
Alas desiertas de favor ofrece.  
De Pisuerga en la plácida corriente,  
Cuántas ninfas consultan a la luna  
Del espejo de plata, oro luciente,  
Por dueño augusto, en su menor fortuna,  
Oyeron que mi musa le aclamaba,  
Sin los halagos de esperança alguna:  
Y si corrido el velo, que plegaba  
El tiempo, ha permitido que se vea,  
Patente, la grandeça que ocultaba,  
Lo que respeto fué, religión sea,

Que mal el rudo estilo dibujara  
Lo que no admite la incapaz idea.  
O cuanto el gran ejemplo mejorara,  
El ático pincel de Xenophonte,  
Si de sus perfecciones le formara.  
Siempre que de urna el mar, de cuna el monte,  
Sirviere en los extremos de los días  
Al lucífero padre de Faetonte,  
A este príncipe excelso, en aras pías,  
Como a causa primera, en mis acciones,  
Rendirán gracias las potencias mías.  
Y, si bien oprimido, en las prisiones  
(Que limara solícito el deseo)  
Arrastro los molestos eslabones,  
En el afán prolixo de mi empleo,  
Le reconozco cuanto en ocio lento  
De Titiro envidiaba Melibeo.  
Y a vuestra lira, el revocado aliento  
Que, más allá del río del olvido  
Detuvo el agua que bebió sediento  
Y el lóbrego tormento, suspendido,  
A la luz (que feliz le comunica  
Vuestro suave acento), reducido;  
Estas votivas señas, en que explica  
El milagro del métrico conjuro  
En redivivas voces os dedica,

O libéis de Hipocrene el licor puro,  
Y ceñido del árbol de victoria  
Dispenséis del destino lo futuro;  
O consultéis la encanecida historia  
Prestando documentos a la vida,  
De remotos anales la memoria;  
O la civil discordia introducida,  
Que alimenta los ánimos vulgares,  
Os mire temerosa y suspendida:  
Y enfrenando los odios populares,  
Vuestro respeto, opuesto a su veneno,  
Influya paz en los paternos lares,  
Como entre el Adriático y Tirreno,  
Árbitro el Apenino, de sus fuentes  
Dispensa el alimento a cada seno;  
O como entre las plácidas corrientes  
Del Jonio y el Egeo los insultos  
Divide el istmo en partes diferentes.  
Otro mejor, en los metales cultos,  
La llama del vivaz cincel encienda,  
Con que se informen animados bultos  
O en la palestra, de civil contienda,  
Con sagaz oración vença la parte  
Que acuse al delincuente o le defienda:  
Que vos lográis sin competencia el arte  
superior de inclinar las voluntades,

Contra los odios del sangriento Marte.  
Por vos, de las amenas soledades  
De nuestro Duero sacará la fama  
Glorias que vincular a otras edades.  
Goçadlas, pues, alegre de que aclama  
Vuestro nombre glorioso, con que advierte  
La ceguedad que en la fortuna infama.  
Y si el premio parece que divierte,  
Porque no elige la virtud el hado,  
Ni discierne los méritos la suerte,  
Quiçá el favor de superior cuidado,  
Con acuerdo más pródigo os detiene  
A los sacros penates dedicado.  
El crecimiento en los imperios tiene  
Punto preciso, y al fatal suceso  
Por numeradas estaciones viene;  
Y si, en la inmensa máquina, el exceso  
De acumulados reinos, da señales  
De la fatiga, del interno peso,  
Cuando opriman los míseros mortales,  
No ya las asoladas Monarquías,  
Disueltas las esferas celestiales,  
Tendrán vuestras estoicas osadías,  
Para oponer a su furor, las manos  
Mejor dispuestas, cuanto más vacías.  
Mas, ¿dónde a interpretar los sueños vanos

(Que representan trágicos contrastes),  
Me llevan los alientos soberanos?  
De rotas cuerdas, de roçados trastes,  
En cítara suspensa y desusada,  
Los ecos tolerad que provocastes,  
Que si la torpe mano, fatigada  
Del clavo del gobierno, ya sin brío  
Executa las cláusulas cansada,  
Cuando llegue a juzgarlas, el desvío  
De aquel desdén en que olvidado muere,  
Tan favorable la censura fío,  
Que no sólo perdón, lástima espero.

A UNA DAMA MUY ENTENDIDA Y DE MUY BUENA VOZ

Si ausente (discretíssima María)  
Lugar en tu memoria  
Una inclinada voluntad merece  
Tan humilde, por mía,  
Como capaz de gloria,  
Porque a la fe de tu deidad se ofrece,  
Si no se desvanece,  
Por desvalido el ruego,  
Y con celo piadoso  
Tu pecho generoso  
Ha permitido del humano fuego

En ocasión alguna  
Mérito a la intención, sin la fortuna.  
O ya, con las noticias adquiridas  
Y luces naturales,  
Que asisten, claras, a tu altivo genio,  
En el coro presidas  
Donde los celestiales  
Laureles se conceden al ingenio;  
O ya, del Dios Cilenio  
Vencido el desafío,  
Sea tu dulce acento  
Sorda cárcel del viento,  
Muda prisión del río,  
Y ostente en sus arenas,  
Mantua, como Patenope, sirenas.  
O ya tengas (hurtando los colores  
A la naturaleza)  
Las manos en abriles convertidas,  
Y a verdaderas flores,  
No sólo en la belleza,  
En el aliento vençan las fingidas,  
O ya para las vidas  
Laberintos fabriques,  
Dando al sutil estilo,  
Brevez laços, el hilo,  
Y cuando al cristal puro los dediques

O al oro las suspendas,  
Ates más almas que cabellos prendas.  
Atiende ahora a las humildes voces  
Que sentimiento anima  
Entre la escarcha de vecino Polo,  
Y si las desconoces,  
Culpa el rígido clima,  
Siempre ignorado del ardiente Apolo.  
Adonde imitan sólo  
Mis mudos sentimientos,  
En las tristes riberas  
De las silvestres fieras,  
Los informes y rústicos acentos,  
Que, con horribles señas,  
Resultan de los senos de las peñas.  
Con pavorosos silbos, amenaza  
El aire, de suaves  
Y numerosos ecos despoblado,  
Y sólo le embaraça  
De las nocturnas aves  
El volar triste y el gemir pesado.  
El mísero ganado  
Que, en el hielo sediento  
De la inundada tierra,  
Los manantiales yerra,  
Y de la selva ignora el alimento

Oculto de la nieve,  
Pace en el agua y en la hierba bebe.  
Émulo siempre de mi amargo llanto  
El cielo, proceloso,  
No se despoja de las nubes frías,  
Y si serena tanto  
Que al semblante nubloso  
Luces permite, escasas y sombrías,  
En los lóbregos días,  
Tan veloz al ocaso  
El sol se precipita,  
Y cuando resucita  
Tan lento mueve el pereçoso paso  
Y tan tarde amanece,  
Que todo es noche o todo lo parece.  
Aquí, esta parte de mi breve vida  
La consagró la suerte  
Al dios fingido del honor profano,  
Porque así dividida,  
El término a la muerte,  
Se llegue, o se figure más temprano,  
Y del primer tirano  
Vencidos los engaños,  
La cadena deshecha,  
A prisión más estrecha  
Se redujeron los adultos años,

Para que nunca viva  
Libre de hierros, la razón cautiva.  
Solicite mi lástima, el empeño  
De tu elección, expuesta  
A acreditar (señora) lo que escribo;  
Y si mi agosto dueño,  
La majestad depuesta,  
Se te permite, del semblante altivo,  
Díle que no describo  
Favores como agravios;  
Mas, ¿cuál feliz aumento,  
Lejos de tanto aliento,  
Sellará, inútil, los quejosos labios,  
Que de ambos hemisferios,  
Por sus plantas trocaren los imperios?  
Y díle que limite mi destierro,  
Así, siempre envidiada  
Del padre heroico dure la memoria,  
Y en la estación de hierro  
Triunfos de la dorada,  
Vinculen los ejemplos de su gloria  
A la futura historia;  
Y entretanto que fía  
El Filípico Atlante,  
A la cerviz constante  
Sosteniendo la grave Monarquía,

Sin siniestro suceso  
Alivie al hombro fatigado el peso.  
Y así aquel Sol, que recatando ahora  
    Las luces venideras,  
En tan sucintos límites encierra,  
    Derrame en la aurora  
Las lágrimas primeras,  
Por ver tan breve el globo de la tierra:  
    Y su ardor en la guerra,  
    Las rendidas almenas  
    De los sagrados muros  
    Raye, de armiños puros.  
Y de menguadas lunas sarracenas,  
    Despojos eclipsados,  
    Suspenda en los altares de Aviados.  
Y así su cielo hermoso las estrellas  
    En que se mira ostente  
Con tantos atributos de divinas,  
    Que jamás ofendellas,  
    De tiempo ni accidente,  
Presuman impresiones peregrinas.  
    Y dí más, si imaginas  
    Que compasivo atiende;  
    Y si mira severo,  
    El acento primero  
En los indicios del dolor suspende,

Y a su elección entrega  
El sufrimiento mudo, la fe ciega.  
Canción, si parecieres desmayada,  
    Cuando humilde llegares,  
    Dí, que la voz cansada  
    Que hizo en mis pesares,  
    Letheo a Mançanares  
    Se trasladó a Torio,  
    Rudo nombre del río  
    Donde, confuso ahora,  
Con los acentos que cantaba llora.

DISCÚLPASE, CON LA PUREÇA DE SU AMOR, DE QUE NO LE VENÇA

LA EDAD

De tus desdenes, Filis, abrasada  
    (Como el verano de la infancia ruda)  
    Arde la edad, que se introduce muda,  
    Ya del invierno en la estación helada.  
Poco, de los avisos recatada,  
    A gran incendio la obediencia duda;  
    Mejor que pudo de atención desnuda,  
    La emprende ahora de experiencia armada.  
Que mucho, si en las llamas inmortales,  
    Descubre el alma la inmortal pureça,  
    Y entre los pensamientos encendidos,

Muestra el respeto y el amor iguales,  
Separado el deseo y la belleza,  
Conforme la razón y los sentidos.

PONDERA LA FUERZA DE SU AMOR CUANDO MÁS PUDIERA  
DESENGAÑARSE

A tu poder, amor, y a tu porfía  
Los despojos inútiles entrego,  
Ardan también, en el incendio ciego,  
Como el osado corazón ardía.  
Tirano el vencedor, a sangre fría  
Tale los frutos que sembró el sosiego,  
Pues hay materia tan capaz de fuego,  
Donde todo ceniza parecía.  
O cuanto, presumiendo que acredita,  
Esta apariencia lisonjera infama  
Lo frágil del aliento que fallece,  
Si en la violencia del ardor, imita  
Los esfuerzos caducos de la llama,  
Que en el fin de la vida resplandece,

CONSIDERACIÓN [SIC] POR BUENA SUERTE LA INSUFICIENCIA  
PARA NO ALABAR LA HERMOSURA DE SU DAMA, CON QUE SE  
OCASIONARA MÁS CELOS

Si de mi pluma el demasiado aliento  
Con el veloz deseo compitiera,  
Y vuestras perfecciones escribiera  
Aun no ya como son, como las siento,  
No sólo del humano pensamiento  
La universal adoración os diera,  
Mas de cuanto en adorno de la esfera  
Contiene, irracional, cada elemento.  
¡Oh feliz ignorancia!, que ha estorbado  
(Templando mi celoso desatino)  
Los daños que el ingenio hubiera hecho,  
Si os prestara a la fama mi cuidado  
Como os formó el artífice divino,  
O como amor, os trasladó en mi pecho.

DISCULPA LAS POCAS DEMOSTRACIONES DE SU AMOR

Filis amor venció, que ni pudiera  
Resistirse mi pecho a su violencia,  
Ni el sacrificio tiene diferencia,  
Porque en la forma de ofrecer se altera.

Cuando con vario culto se venera  
De Júpiter la suma providencia,  
En la víctima sacra, la obediencia,  
No ya la suerte de morir pondera,  
Ni porque yo, cobarde, el amoroso  
Fuego en la nieve del temor apago,  
Vana exención de tu poder presumo:  
Que no limita el brazo victorioso,  
Si a su poder se atribuyó el estrago,  
Que le celebren el temblor o el humo.

DESCRIBE EL TIEMPO DE SU AMOR Y PONDERA LA FIRMEZA

Once veces borrados del estío  
Se vieron los matices deste prado,  
Y tantas el invierno le ha sacado  
Nuevos colores del humor del río,  
Después que mi confuso desvarío,  
A despecho de Filis, porfiado,  
Sin lograr un alivio a mi cuidado,  
Pierde muchos remedios su desvío:  
Que la pasión del ánimo doliente,  
De cuantos medios el rigor ordena,  
Saca motivos de aumentar el daño,

Y, entregado al frenético accidente,  
Tengo menos cordura con la pena  
Y me enloquece más el desengaño.

A UNA ESPERANÇA PERDIDA

La mal formada máquina deshace  
Ya despeñada, la esperança mfa,  
Y cuando más altiva parecía,  
Lo que usurpó del viento satisface.  
Y postrada, recela que amenace  
Escarmiento mayor a su porfía,  
¡Cuánto estrago, suspensa, temería,  
Pues que no se asegura cuándo yace!  
Quédense, Fili, en la prisión oscura,  
Las lisonjas y el propio amor, que han sido  
Artífice y ministros del engaño,  
Mientras salvarse la raçon procura,  
Ofreciendo promesas al olvido,  
Tabla al peligro, fuga al desengaño.

A UNA DAMA QUE QUEMÓ SUS PAPELES EN DÍA QUE NEVABA  
MUCHO

Con laços, Filis, del papel asidos  
Salen mis pensamientos, castigados

Por ligeros, idólatras y osados,  
En varios elementos divididos.  
De tu prisión al viento remitidos,  
Explican los efectos alterados:  
Entre copos ardientes apagados,  
En centellas nevadas encendidos.  
Ardió en tocando al hielo, y en tu mano,  
Exenta de su incendio riguroso,  
Duró, rebelde, la materia leve.  
Arbitrio de tu imperio soberano  
(Por mostrarse dos veces poderoso)  
Helar la llama, y encender la nieve.

ENCARECE LA PUREÇA DE SU AMOR Y SATISFACE A LAS DUDAS  
QUE SE OFRECEN EN ELLA

Cuantas veces se recata  
A mis ojos la luz pura,  
Filis, de vuestra hermosura,  
Se muestra a su autor ingrata;  
Porque viendo que retrata  
Su ser vuestra perfección,  
La venera mi atención  
Cuando, distinta, la mira;  
Y siempre que se retira  
Le quita una adoración.

Con este fin mi deseo,  
Sin otro interés humano,  
Se va tras lo soberano;  
Que en vuestra belleza creo,  
Y paso cuando la veo  
A región de tal templança,  
Que, ni en la desconfiança  
Se muestra helado el temor,  
Ni se encienden al favor  
Las alas de la esperança.

Mas viéndose presumido  
Mi amor de tan atinado,  
Le asalta un nuevo cuidado  
De su escrúpulo nacido;  
Temiendo que en lo advertido  
Ofende tanta pureça,  
Y que os presta su fineça  
La obediencia limitada,  
Si hay en mí sujeto nada  
Libre de vuestra belleza.

Aquí vuelve mi pasión  
A examen más riguroso,  
Y vuestro semblante hermoso  
Se presenta a la razón,  
Y ve la imaginación  
Arder la llama mental

Que alumbra la racional  
Y averigua en mi sosiego,  
Que de su divino fuego  
No se emprende lo mortal.

A todo el conocimiento  
Se pasa por los sentidos,  
Y a cuanto están defendidos  
Se niega el entendimiento,  
Ignora mi rendimiento  
Cómo en guerra tan trabada  
Está la fuerza asolada  
Y las potencias vencidas,  
Quedando tan sin heridas  
Los que guardaban la entrada.

Y es que, en el corto caudal  
De turba tan inferior,  
El glorioso vencedor  
Depuso lo criminal.  
Así el rayo celestial  
De Júpiter, justiciero,  
Deja sin lesión primero  
La materia en que se envuelve,  
Y, poderoso, resuelve  
En cenizas el acero.

QUÉJASE DEL RIGOR DE UNA DAMA, Y PIDE AL AMOR QUE LE  
FAVOREZCA

Hasta cuándo ha de sacar  
Este ciego presumir,  
Memorias para vivir,  
De olvidos para matar.  
Y vos, señora, hasta cuándo  
Con motivos desiguales,  
Daréis de veras los males  
Y los alivios burlando,  
Y por término infinito  
Sustentaréis mi paciencia  
De interés, como inocencia,  
En riesgo, como delito.  
Cómo me podré quejar  
De la fatiga que siento,  
Si padezco en un tormento  
Que se da para callar.  
Donde si pudo el dolor  
Entorpecer al sentido,  
Por haber enmudecido  
Es el silencio menor.  
Que viviendo retirado  
Tan dentro de mi respeto,

El demasiado secreto  
Hace grosero el cuidado.  
Si hay remedio, no le hallo  
En el camino que sigo:  
Ofendo con lo que digo  
Y canso con lo que callo.  
¡Oh milagros no entendidos  
Aun de la misma razón,  
Sustentarse una pasión  
Sin llegar a los sentidos!  
Amor, si tan alto modo  
Te oscurece la deidad,  
Anima tú mi humildad,  
Pues eres alma de todo.  
En los suspiros y el llanto  
Lo que padezco verás;  
Yo no sé decirte más  
Ni puedo pedirte tanto.  
El rocío, a quien sucede  
Tanta amenidad florida,  
Sin que la selva le pida  
La aurora se le conceda.  
¿Cuál voz entre lenguas tantas  
(Si cada hoja lo parece),  
Llama al Sol cuando amanece  
Para dar vida a las plantas?

Tú por ti sólo dispones  
Cuanto no sabe explicarse  
Y prestas para alcançarse  
Alas a los coraçones.

Por ti en la Naturaleça  
Obran todos los vivientes,  
Y de partes diferentes  
Se matixa su belleça.

Contigo, en ansias mortales,  
Heridos de ardiente celo,  
Bajan los dioses del Cielo  
Y suben allá mortales.

En una y otra fortuna,  
Consagrados a tu templo,  
Sirven de glorioso exemplo  
Ganímedes y la Luna.

Las maravillas extrañas  
¿Para cuándo las previenes,  
Y aquellos rayos que tienes  
Para las grandes haçañas?

Eleva, pues, en mi ser  
El flaco merecimiento,  
O corra mi desaliento  
Por cuenta de tu poder.

Otro Dios me ha suspendido,  
Filis, en vuestra presencia,

No es fácil la diferencia  
Entre Venus y Cupido.  
Juntó de amor y de vos  
Las quejas mi desvarío.  
Para los dos las envió,  
Allá las partid los dos.

EN OCASIÓN DE HABER CORRIDO VOZ DE QUE ERA MUERTO

De mi muerte la fábula fingida,  
Tan aparente a la verdad, no creo  
Se representa por algún deseo,  
Que no hay motivo de envidiar mi vida.  
Del basto peso el alma dividida,  
Aun a mí me parece que la veo  
Errar en la ribera de Letheo,  
Para desiertas sombras elegida.  
¡Qué más difunto (Filis), que olvidado!  
¡Qué más muerto, que ausente, donde miro  
Fallecer la esperanza y el aliento!  
¡Oh ciegas confusiones de mi estado,  
Parezco muerto porque no respiro  
Y parece que vivo porque siento!

DESPIDIÉNDOSE DEL EMBARAÇO DE UN CUIDADO INÚTIL

Adiós, fabuloso dueño

De mis gustos malogrados,

Tan lejos de ser goçados

Que no se lo debo al sueño.

Laços sutiles y bellos,

Ociosos en mi prisión,

Que nunca la inclinación

Se lleva de los cabellos.

Ojos que sois el crisol

De los tesoros del día,

Por quien mi musa decía

Tantos baldones al Sol.

Mejillas de nieve y grana,

Donde está, sin que se guarde,

El arrebol de la tarde

Igual al de la mañana.

Labios de rosa y claveles,

Que siendo en sus desafueros

Todos los crueles, fieros

Sois hermosos y crueles.

Adiós, en cada figura

Cuanto perfecto se muestra,

Si la menor parte vuestra

Es todo de la hermosura;

Que rompo la oscura red  
Donde estaban oprimidos,  
Para llevar los sentidos  
Adonde maten la sed,  
Y, los encantos desechos  
En que Tántalo le veo,  
Quiero poner el deseo  
Donde se arroje de pechos.

Apurará la pasión  
Hasta la hez del delito,  
Y beberá el apetito  
Sin freno de la razón.

No más rebelde porfia  
De invisible confusión;  
Acierto de la elección,  
Error de la fantasía,

Verdades amenazadas,  
Encarecido secreto,  
Escrupuloso respeto  
De culpas imaginadas;

Que ya por pasos más llanos  
Quiero llevar mis antojos,  
Al sufrimiento sin ojos  
Y a la defensa sin manos.

Y, si en el mar arrojada,  
Perdió lo más que tenía,

Se contenta mi osadía  
Con no quedar anegada  
Y ofrece, viéndose fuera,  
A la Diosa de la Espuma,  
Una mudança de pluma  
Y un escarmiento de cera.  
Y por mostrarla el camino,  
Al severo desengaño,  
De su elección al tamaño,  
La imagen del desatino.  
Dirá quien sabe de amar  
Que al mayor mal he venido,  
Y que busco, aborrecido,  
Consuelo al desesperar.  
Y dirá Filis que pierdo  
La vida, que estimo en poco;  
Pero quien vivió de loco  
No teme morir de cuerdo.

A UN AMIGO QUE SE QUEJABA DE QUE CRECÍA SU PENA CON

LA VISTA DE SU DAMA

Dichosos son los ojos que merecen,  
Celio, tus penas: y ellas son dichosas,  
Si asistiendo a sus lumbres amorosas  
Entre las llamas apacibles crecen.

A los incendios que en el fuego ofrecen  
Satisfacen sus luces misteriosas,  
Y cuando más te miran, rigurosas,  
Con el mismo castigo favorecen.  
¡Ay del que adora, de sus luces ciego,  
Los rayos del recato defendidos  
Que sólo los contempla el pensamiento!  
Y en las tinieblas, más activo el fuego,  
No alumbra, sino abrasa los sentidos,  
Retirando la luz sin el tormento.

Acabó Suldino su oficio con la satisfacción que dura en la memoria de todos los vecinos de aquel Reino. Volvió a Madrid tan alcançado como había salido. El poco valor de aquel cargo, la cortedad de su hacienda, el gasto grande de su familia, aun en condición menos liberal, no dieran lugar a sobra. Corría voz por aquel tiempo de que Fraudelio estaba muy poderoso por sus ganancias frecuentes y lucidas (bien que siempre de los perdidosos acrecentadas); se le contaban 40.000 ducados de puesto. Diez mil escudos se le conocían en una partida dados a ganancia, estaba previniendo galas para ir a Andalucía a ver los parientes queridos que asistían entonces en una ciudad de aquel Reino. Visitó a su cuñada, y mostrándola gran cantidad de joyas y otras cosas de gusto (que llevaba para ofre-

cer) por lastimar con envidia a la que reconocía con necesidad, declaró el intento, no dándole una cinta. Ella, que ha vivido siempre muy superior a estos contrastes, contenta con no desmerecer aquellas alhajas por falta de virtud ni de nobleza, las alabó cortesantemente, sin darse por entendida, como lo ha hecho en otros muchos lances, en que se ha procurado apurar su constancia, y ha quedado vencida la tentación. Hizo Fraudelio su romería y quedó Suldino en la asistencia del marqués (duque después que su mujer pasó a mejor vida); prosiguéronse sus adversidades, y entonces más extraordinarias, porque experimentó algunos sustos de la dicha, con que llegó a lo sumo de infelicidad, que es padecer descomodidades de miserable y tener riesgos de poderoso. Considerando los progresos de su vida, cuánto se le habían deslucido los trabajos en ella, la oposición con que su estrella injustamente le contradecía, los aumentos que tan sin estorbo facilitaba en otros la dicha, alguna vez pudiera quejarse de la Providencia si no estorbara la fe. Mucho de lo que pasaba en su ánimo por este tiempo se trasluce en unos tercetos que, con otras rimas, aliviarán aquí, la molestia de leer infortunios tan continuados.

RESPONDIENDO A UNA SEÑORA QUE LE DIÓ CUENTA DE QUE HACÍA  
JORNADA A SEVILLA POR HABER TENIDO MUY MALOS SUCESOS EN  
EL LUGAR EN QUE VIVÍA Y LE PIDIÓ QUE LA DIJERE CÓMO LE IBA

EN LA CORTE

Aunque en tu acuerdo, Filis, he vivido  
    Con tan poca atención que la mudança  
    No puede merecer nombre de olvido,  
Y aunque conformes mi desconfianza  
    Y tu firmeça, fácil ofrecieron  
    Limitado alimento a la esperanza,  
Y la modestia y la raçon pudieron  
    Pronosticar mi adversidad temprano,  
    Más desengaños ven, que previnieron  
Cuando resisto a mi dolor, en vano,  
    Y niego al mal, las quejas doloridas  
    Con que el silencio que adoré, profano.  
Hacen, en la memoria repetidas,  
    Este confuso y natural ruido  
    De mi sangriento pecho las heridas.  
Privar a un lastimado del gemido  
    Es acusar a la naturaleza  
    Que vinculó a los golpes el sonido.  
Mas en distinta voz, de mi fineça  
    Vive segura que jamás intente  
    Divertirse quexosa la tristeça:

Y permite esta vez a mi accidente,  
En tu advertencia y en alivio mío,  
La licencia que el número consiente.  
Que si depuesto el animoso brío,  
Ya por despojo de los años, dejo  
La ciega obstinación de mi albedrío,  
Cuando entre achaques que me fingen viejo  
(Distantes tanto de tu lozanía),  
No sirva al gusto, serviré al consejo.  
Eclipsando la luz que forma el día,  
En tu ausencia me dices que promete  
Eterna oscuridad, la patria mía,  
Porque temiendo quel sosiego inquiete  
Con la memoria de tus males, pruebas  
La sagrada virtud de Guadalete.  
Si a fabricar admiraciones nuevas  
Pasas a nuevos climas, si ambiciosa  
Del rendimiento general te llevas;  
Si quiere dar la ostentación de hermosa  
Algún exemplo, en que la fama sea  
Por corta de alabanças fabulosa;  
Si vas a disponer que Betis vea  
Tablas de los naufragios, en su orilla,  
Donde grabados tus milagros lea.  
Si el frecuente comercio de Sevilla  
Quieres que se suspenda: trasladada

A su contratación, tu maravilla,  
En la resolución acelerada,  
Será fácil disculpa del intento  
El suceso feliz de la jornada.  
Pero si al fatigado pensamiento,  
A las congojas tristes, aplicares  
Por remedio importante el movimiento,  
Creyendo que diviertan los pesares  
Variedades del sitio prevenido,  
Yerras con el sentir de los vulgares.  
En el turbado pecho, en el rendido  
Corazón que cobarde se sujeta  
Al imperio tirano del sentido,  
Introducida la pasión, secreta,  
Alivios engañosos asegura,  
Y con fingidas lástimas inquieta.  
Como la vista, que por niebla oscura  
Distingue los objetos, falsamente,  
Y en diferentes formas los figura;  
Pero la luz de la razón prudente  
Al orden de la suma providencia,  
Se dispone constante y obediente,  
En la repetición, en la asistencia  
De las adversidades, solicita  
Triunfos la generosa resistencia.  
Esa contradicción con que limita,

O contradice el cielo tu esperança,  
Y en siniestros sucesos la exercita  
Parece disfavor y es confiança  
O remedio quiçá, con que divierte  
El mal, que prevenido no te alcança,  
¿Que sabes como usaras de la suerte  
Feliz, que con halagos desvanece,  
Y en el estrago propio se convierte?  
¿Turbada alguna vez no te acontece  
Ver quel querido infante desatento  
Burla con el acero que se ofrece,  
Y quitando a su riesgo el instrumento,  
Que con error y lágrimas defiende,  
Le quieres más, lloroso, que sangriento?  
Así el saber divino, que pretende  
Tu salud infalible, la encamina  
Por los ocultos términos que entiende.  
Conforme, pues, venera la divina  
Mente, que a felicísimos efectos  
Por estas aspereças te destina,  
Que constante en los ásperos aprietos,  
En un mismo lugar puedes mudarte,  
Negando la obediencia a los efectos.  
Huye de ti si quieres mejorarte,  
O parte, del engaño persuadida,  
A ser la misma en diferente parte.

Esto de tu viaje: de mi vida  
Sólo puedo decirte, que se pasa  
Ni alentada de nadie, ni atendida.  
Mi habitación, mirada como casa,  
O por estrecha o por humilde, fuera  
Al voto de Diógenes escasa.  
Pero mi desengaño la pondera  
Para el mar de la vida por bastante  
Cuando como bajel la considera.  
Aquí tengo inocente o ignorante  
De los vanos delitos del exceso,  
Si no lo demasiado, lo importante.  
Y el apetito retirado o preso,  
Me consagro secreto al sufrimiento  
Ocultando lo mismo que profeso.  
Y cuando por alivio o por aliento,  
Elijo lo que escribo o lo que borro,  
No para ostentación, ni para aumento.  
Ni mendigo la fama, ni el socorro;  
Ignórame el aplauso y el desprecio,  
Y ni me desvanezco ni me corro.  
Aquí tan corto, que parezco necio,  
Y tan esquivo, que parezco ingrato,  
La libertad que malograba precio.  
Al ocio y la fatiga me recato,  
De lo servil, que en la lisonja admiro,

Ni desconozco el arte ni le trato,  
Y en la seguridad de mi retiro,  
El gusto escaso y el cuidado leve,  
Indiferente, los sucesos miro:  
Mas no quiero negarte que me debe  
La fe, del gran favor que me valía,  
Que a lisonjear la confianza pruebe.  
Y llego a persuadirme que, algún día,  
Vencerá de la estrella el aspereça  
Que en influir mis lástimas porfía:  
Que ni la remisión de mi pereça,  
Ni defectos o escrúpulos mayores,  
Absuelven del empeño a su grandeça.  
No de la ingrata tierra los cultores,  
Por ver la hierba inútil arrojada,  
Se niegan a las últimas labores.  
Ni por tenerla estéril y agostada  
Sequedades del mayo y del octubre,  
Malogran la fatiga començada.  
Las faltas que el artifice descubre  
En el tronco que informa, cautamente  
Con la prolija serración encubre.  
No a las primeras quiebras impaciente  
Deja el poder del arte deslucido  
O condenada la elección prudente.  
El que de la fortuna perseguido,

Sólo a un sagrado la esperanza entrega,  
Más merece molesto que sufrido.  
No con demanda, con ofrenda llega,  
Siempre que victoriosas del destino  
Acredita las aras, donde ruega.  
Nunca en la estimación del peregrino  
Hacen del oro los adornos vanos,  
A Júpiter tan dios ni tan divino,  
Como ver por sus templos soberanos,  
En suspensas mortajas y prisiones,  
Votos de redimidos y de sanos.  
Hasta aquí les permito a mis pasiones,  
Cuando con ansia familiar inquietan  
O solicitan, breves atenciones,  
Más no molestas, cuando más aprietan,  
Se atreven al pecho, ni al desvelo,  
Antes, con experiencia, los respetan;  
Que en los afanes que me ofrece el cielo,  
(No es arrogancia, Filis, es ventura)  
Primero que el dolor llega el consuelo.  
Y en premio a la paciencia, ya segura,  
Y a tantas pruebas de pesares, fuerte  
Cierto calor de luz, ardiente y pura,  
Más que la lumbre natural me advierte,  
Que cuando al gusto no se ajuste nada  
Y en todo vença la contraria suerte,

De el alma, hará más fácil la jornada,  
Más leve el hospedaje de la vida,  
Lo menos que tener en la posada,  
Lo menos que dejar en la partida.

EN LAS ESPERANÇAS DEL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE SERENÍSIMO  
DE ASTURIAS, PARECIENDO QUE SE DILATABA POR HABERSE ERRADO  
EN LA CUENTA, ALGUNOS DÍAS, EL PREÑADO DE LA REINA NUESTRA

SEÑORA

Próvida Juno, que astros encontrados  
Tímida huyes, y cobarde esperas  
Fausta disposición en las severas  
Formas de los planetas elevados,  
Atiende al voto público, y airados  
Asistan en las lúcidas esferas  
Que por eterna ley, causas primeras  
No nacen inferiores a los hados.  
El César tierno, opuesto a la fortuna,  
Verá adquiriendo defendidas glorias  
Mejor logrado su valor en ellas;  
Y si lugar debajo de la luna  
No ha de dejar Filipo a sus victorias,  
Déjale que vencer en las estrellas.

[A LA MUERTE DEL REY DE SUECIA]

Aquel soberbio intento en que se viera  
Si no feliz, constante la osadía,  
El que asombro del orbe parecía,  
El que esperaba que castigo fuera,  
Despareció veloz, como la esfera  
Que forma el agua de la lluvia fría  
O cual despide al fallecer del día  
Fingida estrella la región primera,  
Y en su fin de la pólvora la llama,  
Que con lo breve y material del daño  
Envuelve los exemplos que eterna,  
Dió fuego a lo mentido de la fama,  
Calor a la razón, luz al engaño,  
Humo a la envidia, a la ambición ceniza.

SONETO DEL SERENÍSIMO INFANTE DON CARLOS

O! rompa ya el silencio el dolor mío,  
Y salga deste pecho desatado,  
Que sufrir los rigores de callado  
No cabe en lo que siento, aunque porfío.  
De obedecerte, Anarda, desconfío,  
Muero de confusión desesperado,  
Ni quieres que sea tuyo mi cuidado,

Ni dejas que yo tenga mi albedrío.  
Mas ya tanto la pena me maltrata  
Que vence al sufrimiento: ya no espero  
Vivir alegre, el llanto se desata,  
Y otra vez de la vida desespero;  
Pues si me quejo tu rigor me mata,  
Y si callo mi mal, dos veces muero.

EN APLAUSO DEL SONETO DE ATRÁS

Rompa en hora feliz la voz amante  
Que en el grave silencio se aprisiona,  
Y muestre, en otro César, Elicon  
Que convienen lo augusto y lo elegante,  
Íncrito Carlos, que si ya el semblante  
Te acusa de la rígida Belona,  
Lides tiene Minerva en que corona  
Con un mismo laurel sabio y triunfante.  
Permitete dé Apolo a las campañas,  
Mientras Marte previene otras victorias  
Y baja de las Bélgicas montañas  
Cada rebelde a tributar dos glorias,  
Una a tu espada para las haçañas,  
Otra a tu pluma para las memorias.

A UNA INUNDACIÓN QUE HIÇO GRAN ESTRAGO  
EN LA CIUDAD DE VALLADOLID

Era, ciudad augusta, imperial, era  
Este horror a desierto semejante;  
Pudo a líquidas ondas un instante  
Lo que a siglos el tiempo no pudiera.  
Menos agravio el elemento hiciera  
En lo hermoso, en lo grave del semblante,  
Si no borrara a partes lo elegante,  
Si el todo a una ruina redujera.  
Cuando son pena, o permisión los males,  
Cuando conviene el golpe o el amago,  
No le penetra la mortal fatiga.  
¡O providencia oculta en las señales!  
En la prosperidad y en el estrago,  
Se ignora si regala o si castiga.

A UN INCENDIO QUE SUCESIVAMENTE HUBO EN EL MONASTERIO  
DE SANTA CRUZ, DE LA MISMA CIUDAD

¡Otras armas, señor, otro elemento  
Sólo para asolar tan prevenido!  
Quien al criarlo todo le ha servido  
De artifice la voz y de instrumento.  
¡Castigo en vuestro templo tan violento

Que parezca ofensor, por ofendido!  
¿Así logra los himnos que ha ofrecido  
El coro de sus vírgenes atento?  
¡Que inicua fuera en el juicio humano.  
Librar al delincuente en la sentencia  
Y hacer del inculpable la justicial!  
Sólo en vuestro decreto soberano  
Es justo que padezca la inocencia  
Para que se redima la malicia.

CON OCASIÓN DE HABER UNOS JUDÍOS AÇOTADO A UNA IMAGEN DE  
CRISTO CRUCIFICADO, CON LAS ESPINAS DE UN ROSAL. ESCRIBIÓSE  
EN UN CERTAMEN

Si ya tus sienas oprimió divinas  
Cosecha estéril de sembrados males,  
Que fruto son de afán de los mortales  
Desde el primer delito las espinas,  
Segunda vez, Señor, con las ruinas  
De aquella ofensa coronado sales;  
Que de rebelde ingratitud te vales  
Para los triunfos que al amor destinas.  
Y de tu providencia deslumbrado  
Para el ultraje que el infiel ordena,  
Ciega elección de las espinas hace;  
Porque ni en el martirio figurado

Le falte a la lisonja de la pena  
El instrumento que de culpas nace.

PONDERA EL PELIGRO DE LA GRAN FELICIDAD

Teme, Licio, al placer, teme si tienes,  
En gracia de los astros celestiales,  
Siempre el deseo y el suceso iguales,  
O te influyen más dicha que previenes.

Teme si nunca viste los desdenes  
De la fortuna, ni en ligeros males;  
Que se ocultan las trágicas señales  
En el pródigo exceso de los bienes.

Lisonjea los últimos enojos

Del doliente mortal médico atento,  
No limitando al apetito nada.

¡Oh, gran dolor, en traje de contento,  
Presagio de salud desesperada,  
Cumplirse al gusto todos los antojos!

EN OCASIÓN DE HABERLE RECETADO UNAS MEDICINAS

ESTANDO ENFERMO

Con esta misma pluma que fulmina  
Proceso a mi salud física mano,  
Se explicaban, Apolo soberano,

Sacros misterios de tu ley divina.  
Ahora, con tu acuerdo, determina  
Firmes decretos de mi fin temprano,  
Y cada rasgo repetido en vano  
Es laço que a mi cuello se destina;  
Que bien con el castigo cauteloso,  
En lisonja de Filis ofendida,  
Vengança y burla tu rigor advierte,  
Si aquel mismo instrumento que animoso  
De su memoria consagré a la vida  
Sirve para el efecto de mi muerte.

HALLÁNDOSE EN EL MAR UN GALÁN CON DOS DAMAS, ESTABA  
ENAMORADO DE LA UNA Y LA OTRA LO ESTABA DE ÉL, FUÉ  
FORÇOSO QUE ARROJASE EN EL AGUA LA UNA Y ECHÓ A LA QUE  
LE QUERÍA, QUEDÁNDOSE CON LA QUE AMABA

*(Fué asunto de una Academia que se escribiese, arrojando cada  
uno la que le pareciese, y disculpándolo.)*

Voz de oráculo fué que se entregara  
De dos ninfas al mar la que eligiera  
Amante, que forçado en la ribera,  
El destino cruel executara.  
Del caso fué que en una idolatrara  
Y otra en el hielo de su olvido ardiera.

Fué de razón librarse la postrera,  
Y fué de amor que la razón faltara.  
Premio fué, no castigo, que ofreciese  
Túmulo un elemento a la fineça  
De la que ya murió cuando vivía.  
Y al desdén fué lisonja, que tuviese  
Confusión y escarmiento la porfía  
Y disculpa y exemplo la dureça.

EN OCASIÓN QUE EL REY MATÓ EN UNA FIESTA A UN TORO  
QUE HABÍA MUERTO A UN LEÓN

Cuanto el toro, rebelde a la obediencia,  
Fué del teatro vencedor lucido,  
Del gran Filippo el tiro prevenido  
Cifra intento mayor que la apariencia.  
De la fe se traslada a la evidencia,  
Que su imperio con Júpiter unido  
Ni está por los efectos dividido,  
Ni el fuego celestial le diferencia.  
Así transforma al bruto, así convierte  
El plomo en otro ser y con la herida  
El instrumento y víctima se altera.  
Que fué, en lo breve de causar la muerte  
Y en lo obediente de rendir la vida,  
Rayo la bala, racional la fiera.

EN OCASIÓN DE HALLARSE CON CIERTOS ACHAQUES UNA SEÑORA  
QUE SE PRECIABA DE POCO CARIÑOSA CON SU MARIDO

Filís, indicios de mujer! Previno

Que no idolatren en mi fe las gentes,

Si alterada de humanos accidentes

Desmiente lo inmortal y lo divino.

¡O milagro del uso peregrino

Que así al sentido de la vista mientes!

En tu virtud de aspectos diferentes

La voluntaria conjunción convino.

Tú deslumbraste en éxtasis hermoso

El desdén de los ojos celestiales

Y formó las ideas el deseo,

Al espejo del trato fabuloso

Que se ven en sus mágicos cristales

Ni necio Midas, ni Vulcano feo.

PROMETIENDO SEGURIDAD EN LA ASISTENCIA DE SU PATRIA,

DESENGAÑADO DE PEREGRINAR SIN FRUTO

Las rotas alas, que batió siniestra

Mi esperançã solícita, suspenda,

Sacros penates, por estable prenda

Del homenaje a la clausura vuestra.

Última vez la venerable diestra

Alarga, ¡oh patria!, a la votiva ofrenda  
Y en animar el fuego que le encienda  
La gratitud del holocausto muestra,  
Si de la pluma, desvalido ejemplo,  
Restare humilde la consorte cera  
Que vecindad del sol ha desunido,  
Arda alumbrando del sagrado templo  
Divina imagen que aquel dios refiera  
Siempre invocado, nunca conocido.

ENCARECE LA FUERÇA DE SU PASIÓN CON AFECTOS AMOROSOS

Amor, para mi inquietud  
Bien sobran las ansias mías,  
Ociosamente porfías  
Con tanta solitud.  
Basta para mi desvelo  
Esto que traigo conmigo:  
Si yo mismo me persigo,  
¿Para qué bajas del cielo?  
¿A qué tantas ilusiones,  
Tantas apariencias vanas?  
Mira que ya te profanas  
Mezclado con mis pasiones.  
Disculpa mi desatino,  
Pues no me perdonas muerto

Y sabes que si despierto  
Te trato como divino.  
¿Qué más tienes que asolar  
En tan rematada vida,  
Y en alma tan encendida  
Qué falta por abrasar?  
¿Qué triunfo piensas tener  
De victoria tan segura,  
Si te ayuda la hermosura  
Y yo me dejo vencer?  
De este rendimiento a ti  
Muy poco puede tocarte,  
Cuando estamos de tu parte  
Filis y yo contra mí.  
Con valor más animoso  
Y con riesgos diferentes,  
Usurpaste entre las gentes  
El nombre de poderoso.  
Sagrada veneración  
Y honor de dios mereciste  
Por batallas que venciste  
Desarmado y sin razón.  
Altiva te desafía  
De Filis la resistencia;  
No se niegue tu violencia  
A su rebelde porfía.

O ya no templa Vulcano

El acero tan perfecto,

O turbado del respeto

A ti te tiembla la mano.

¿Cómo quieres que se vea

Lucido tanto contraste,

Al paso que te portaste

Con Hero y con Melibea?

Para descender los grados

De altura tan eminente

Persuaden tibiamente

Exemplos de despeñados.

Y, si apuntan mil edades,

No harás tiro de provecho,

Si no aplicas a tu pecho

Los hierros de las deidades.

Entre tocadas saetas

Con tus hierbas venenosas,

De las que hieren las diosas,

Elige las más perfectas.

Y si no basta ninguna

Para tan alta victoria,

¿Dónde tiene tu memoria

La que tiraste a la luna?

Ésta le viene cabal

A mi pretensión ahora;

Que es aquella que enamora  
Y junta lo desigual.  
Y vos, vida de mi vida,  
Alma de mi entendimiento,  
Con cuyo favor intento  
Vencer cuanto el tiempo olvida;  
Que porque osado presuma  
Con vuestra divina llama,  
Distes alas a mi fama,  
Dando materia a mi pluma;  
Disculpa de mi locura  
Y luz de mi ceguedad,  
Exemplo de la beldad,  
Milagro de la hermosura,  
Donde en maravillas varias  
Mostró la Naturaleça  
Que sabe unir la belleça  
Con perfecciones contrarias;  
Pues al formaros (ya sea  
Por yerro o admiración)  
Os dió el gusto y la razón  
Que estaban para una fea;  
Aquí, entre nuestro secreto,  
Aflójese la atención,  
Demos algo a la pasión,  
Descanse un poco el respeto.

No consultéis más de a vos  
Para el premio que se ofrece  
A lo que un alma merece,  
A lo que intercede un dios.

Y si los hados avaros  
Sólo me dieron quereros,  
No grandeças que ofreceros,  
Ni prendas con que obligaros,

Os consagra mi afición,  
El gusto, el conocimiento,  
El discurso, el pensamiento,  
La memoria, la razón,

La libertad del sosiego,  
Todos humildes despojos;  
No puede decir los ojos  
El que pretende por ciego.

A UNA DAMA QUE LE DEJÓ QUEJOSA DE UN AGRAVIO  
QUE SE LE ACHACÓ SIN CULPA

Malogras todo el rigor,  
Filis, sin tu sentimiento;  
Me sobra mucho tormento  
Para morir de dolor.  
Si te tengo más amor  
Mientras más endurecida,

Para quitarme la vida  
Basta el mal de que me dejas,  
Sin que le junten tus quejas  
Que me dejas ofendida.

Hallábase en mi pasión

Muy ufana la porfia,  
Cuando en tu acuerdo vivía  
Sin vivir en tu atención.  
Ya miro en más confusión  
La pena desesperada;  
Que mi alma lastimada  
Alcança mi triste suerte  
Paciencia para perderte,  
No para tenerte airada.

Traición del amor muy fiel

Fué mi delito mayor,  
Y visto por tu rigor  
Manda que muera por él.  
Si a decreto tan cruel  
Nada en mi defensa digo,  
Ni al riguroso castigo  
Excuso el cuello obediente,  
Muera como delincuente,  
No muera como enemigo.

Del que elegiste dichoso

Será lisonja también

Que me muestres el desdén  
Sin enojo cuidadoso,  
Teniendo por más glorioso  
Trofeo de su victoria,  
Si de mi amorosa historia  
Ningún despojo ha quedado,  
Que hay olvido sin cuidado  
Y no hay ira sin memoria.

RESPONDIENDO A UN PAPEL

Bien airosamente empieza  
A fingir vuestro papel,  
Mostrando tan falsa en él  
La duda de mi fineza,  
Cuando os tienen retirada,  
Y no bien convalecida,  
Achaques de presumida,  
Excesos de confiada,  
Y cuando mi adoración,  
Toda de vuestra hermosura,  
Por verdadera y segura  
Pierde de la estimación;  
Porque con vuestra deidad,  
Siempre oculta y misteriosa,  
Es la mentira dichosa,

Es inútil la verdad.

Y yo que os he conocido

Preciada de oscureceros,

En no querer entenderos

Me tengo por entendido.

Que por tan nuevos caminos

Lleváis el alma que os doy,

Que cuanto más ciego estoy

Hago menos desatinos.

Y de confuso confieso,

Cuando el despecho me apura,

Que me ofende en mi locura

Lo que me deja de seso.

Que oprimido del dolor

Tener de cuerdo muy poco

Y no llegar a ser loco,

Es el estado peor.

Volvió el peregrino, cumplido el voto (después de haberse detenido algunos meses), paró en una posada, con qué propósito no se sabe, porque la misma noche le dió una calentura, con accidentes penosos, que pronosticaban enfermedad de cuidado. Súpolo Suldino, llevóle a su casa, donde le curó con todos los regalos que pudieran imaginarse y se debían al amor de hermano, cuidando sólo de que no llegase el extremo a darles co-

lor de lisonjas de heredero. Sanó el enfermo, y el agradecimiento de este agasajo fué buscar casa, sin que se supiese, irse a ella sin despedirse, volver a su antigua canción o conseja, y con la ordinaria chança, en presencia de sus amigos y criados, gastar muchas pastillas en perfumar los vestidos y ropa para purificarlos del contagio infeliz de aquel hospital, y alabar con grandes encarecimientos el ánimo con que se había metido en él, venciendo los recelos de que gente tan alcançada podría forçar su enfermedad para conseguir la herencia: como si en todos los coraçones, a imitación del suyo, fuera igual el desprecio de Dios o la incredulidad de que le hay. En medio de estos baldones, reconocía por importante el parecer de su hermano, y se valía de él siempre que pensaba hallarle de balde. Pidióle consejo para hacer empleo de su dinero; porque la voz que corría en descrédito de los hombres de negocios, donde tenía una gran parte, le obligaba a sacar aquellos depósitos. Propúsole algunas cosas que parecían convenientes, y de todas sólo se executó comprar un oficio de cavimiento en Cortes, en que consistió todo su remedio. Porque dentro de seis meses, con pocos días que corrió algún mal aire de fortuna, se vió baldado de todas las agilidads de su destreça, y con tanto aprieto, que no se apartaba un punto de su hermano, sin miedo ya de que le pegase la desdicha, y la suya le fatigaba de manera que

con dificultad podía disimularlo, aunque con estudio lo procuraba; que los regalados de la fortuna, cuando reciben golpes de su mudanza, sienten más los cardenales que el dolor. Acudióle Suldino con amor de amigo y con liberalidad de pobre, olvidando todas sus ofensas, y haciendo tales finezas con él, que en muchas ocasiones las condenaban sus amigos por desatinos, y les respondía que la porfía en las buenas obras, después de haber perdido muchas, calificaba la generosidad. Duró poco esta borrasca, sosegada por aquel gobernador supremo, aquel omnipotente piloto, que misteriosamente oculta la causa de dar siempre los bienes de este siglo sin atender a los méritos. Despacháronse improvisadamente convocatorias de Cortes para jurar al príncipe. Tocó la suerte a Fraudelio, resucitó su dicha y pudiera su reconocimiento, desengañándose de lo poco que importa la habilidad a que atribuye toda su ventura. Parecióle que entrando en ejercicio de ministro le sería de importancia conocer al duque. Pidió a Suldino que le facilitase su audiencia; besóle la mano, ofreciéndose a servirle si en algo fuese a propósito aquella ocupación, y, entre otras cosas, le dijo que se alegraba de tenerla por resucitar los servicios de su hermano; palabras que el duque le agradeció particularmente y quedaron en su memoria. A la suerte de Cortes sucedió en Fraudelio otra de más importancia: la herencia de una encomienda

que se le dió por futura de un caballero más moço, y otras infinitas dichas increíbles y no imaginadas. Llegó la ocasión de hacer merced a los procuradores, dió su memorial; remitióse al duque, llamóle y dijole, cómo su suegro le había mandado ajustar con él las mercedes que pedía y extrañaba mucho que se hubiese olvidado de lo que le había dicho cuando le tocó la suerte, que era persona de muchas veras para hablarle de burlas, y si no lo habían sido lo que ofreció en los negocios de su hermano, le parecían al mejor tiempo; porque en su memorial no había nada que tocase a Suldino, y le quería y estimaba mucho para pasar por ello sin sentimiento. Respondió, con su orgullo y doblez ordinaria, que había dado el memorial suponiendo por hecha la merced de su hermano, y que, sin verle acomodado, ni la esperaba, ni la quería para sí, y el duque: que lo creía de tan honrado caballero, y que lo dijese por escrito; llevó el memorial y truxo otro en que pedía un oficio para su hermano, de que se le hiço merced, y esto es puntualmente lo que hiço en este despacho, y la parte que tuvo en él. Cuánta haya sido respecto de los encarecimientos con que se ha solemnizado, y el efecto que hubiera tenido su intento, si le faltara tan gran defensor, fácilmente deja entenderse. Suldino supo lo que había pasado de gentilhombres de la cámara que se hallaron presentes, y el duque le dijo en cortesanía: «Yo

ño soy amigo de revolver; pero poca parte tuviérades en las mercedes de las Cortes si se dejara a la voluntad de Fraudelio, que en nada parece hermano vuestro». Quede advertido que las personas que Suldino alega en todas sus fineças y sus quejas, son mayores que testigos; con las que Fraudelio suele acreditar sus quimeras, aún no valen para serlo, y en las más se descubre la malicia de su pretensión, que sólo es desacreditar a su hermano. Detúvose más de ocho meses, esperando a que se tomase medio en unos encuentros que su antecesor tenía sobre competencias de la jurisdicción, y con los gastos que de esto se recrecieron, sobre sus alcances, vino a partir cuanto fué posible desacomodado, usando Fraudelio en esta ocasión, como en otras, de su entrañable sequedad y cordial miseria. Deseaba Suldino, sumamente, hacer amigo a este hombre, con quien ya se hallaba tan empeñado por la compañía, por la criança y por lo que se entendía de la naturaleza, y valíase para esto de la más eficaz diligencia, obligándole, con sus mismas buenas obras, porque en nuestra naturaleza engendra más amor hacerlas que recibirlas, y es el mayor motivo para emprender nuevos peligros haberse puesto por la voluntad en otros riesgos. Con este fin, callando la verdad que sabía, en todas las conversaciones reconocía aquel acrecentamiento por gracia de su hermano, diciendo que a su favor, no a méritos propios, debía el puesto

en que se hallaba y la esperanza de tenerle mayor. Pero este lance salió vano como los demás; porque en aquel ánimo bárbaro no es cierta ninguna regla racional, y como en esta ocasión había obrado involuntario, forçado de la palabra, no quedó como gustoso de haber hecho beneficio, sino como desabrido de haber pagado deuda, y lo mostró de allí adelante en los pesados desquites que hizo su arrepentimiento. El primero fué hacerle Su Majestad merced de un hábito para un sobrino y teniendo su hermano tales hijos, que cualquiera merecía elegirse entre muchos, inventar otro supuesto y venderle el decreto en mil y quinientos escudos. La razón de que no se castiguen tales simonías no nos toca averiguarla. El otro fué traer a su casa un hijo de aquella señora parienta suya ya difunta (más difunto el marido vivo) y publicar en las casas de juego y partes semejantes, sin propósito, que aquél es su singular heredero, añadiendo muchos desprecios de los que el mundo tiene por sus parientes, en que no se pondera lo extraordinario de su última voluntad (que se da por dculpada si puso el amor en aquel niño imaginando mayor obligación o mayor deudo), sino que se haya hecho cuento de ello sin necesidad y sin ocasión, teniendo las leyes para casos semejantes (aun en los últimos términos de la vida) prevenidos los testamentos cerrados, no sólo en gracia y respeto de los mayores parentescos, sino

en conservación del séquito y correspondencias familiares. Y porque no vaya tan severa la relación de estos procedimientos y se enjague algo lo sangriento de su memoria, tenga lugar entre tantas veras un cuento familiar con que, como la fiereza del león por la uña, podrá, por una pequeña parte, conocerse la liberalidad de este Tántalo. Vino a Madrid un sobrino suyo y posó en su casa. Sus buenas prendas, el lugar que se ha hecho con ellas y la estimación que han merecido de los extraños, deja de decirse por muy sabido. Detúvose pocos días sin hacerle costa más que en lo limitado de la comida, y una noche, sobre cena, le dijo que los negocios a que asistía de su padre iban muy a lo largo, que ya sabía un juego que llamaban del soldado a quien vestían con diferentes piezas los que entraban en él; si todo lo die-  
ra uno, el juego se deshiciera; en su casa se había acogido un mes, tenía hermano y hermanas de su madre, tíos en su mismo grado; que se valiese de ellos otro poco de tiempo y se repartiase la carga de manera que no cayese toda sobre él. Poquedad maravillosa; *si te oyera una dama de buen gusto, que decía la oían a chinchas los miserables, ¿a qué la hediera este avariento?* El moço, a imitación de su padre, se fué animosamente otro día sin dineros a una posada, y brevemente se vió muy mejorado en el regalo y en el trato; visitaba algunas veces a su buen tío, que se admiraba mucho de

verle limpio y aliñado, pareciéndole milagro increíble todo lo que no se obraba con sus conjuros, y que no podía curarse la enfermedad de la pobreza con medicina que no llevase los ingredientes de que él usaba. Estuvo por este tiempo Suldino en una enfermedad sin esperanza de la vida. Recibió el último sacramento, prevenidos los lutos y la sepultura, y ni en el aprieto ni en la convalecencia le envió a visitar por no obligarse al gasto de un criado. Cosa que en el oficio público que tenía se notó mucho, y más por el dolor y lástima general con que en aquella ciudad y su tierra se habría sentido el temor de su pérdida. Estos malos términos, y otros muchos que dejan de referirse, unos por demasiadamente horribles, otros por no tan considerables, acabaron de desengañar a Suldino y aun de desesperarle para hacer resolución de no tratar ni ver jamás a Fraudelio, haciendo cuenta que era muerto o que no le había conocido. Acabó su oficio como el primero, y por haberse moderado algo más, salió dél, menos alcançado; volvió a la Corte, y Fraudelio, que sagazmente ha sabido siempre remendar con la piel de la çorra lo que no alcanza a cubrir la del león, y todas las veces que ha visto en salvo su dinero le ha parecido útil la compañía de su hermano, entendiendo, por los informes que tenía, que se hallaba acomodado de manera que no le pediría nada por entonces, le asistió a su pesar, importunamente, comu-

nicándole lo que quiso de sus sucesos. Disolviéronse las Cortes, y convocáronse otras brevemente. Compró otro oficio por haber; envió los despachos defectuosos apresuradamente; no le importara poco que los viera su hermano, a quien pidió que se fuese con él para hallarse en las suertes; cuando llegaron se habían echado sin meterle en ellas; puso pleito a la nulidad, en que le ayudó Suldino con diligencias más que ordinarias, arriesgando por su causa todo lo que tenía de bienquisto, con demasiados empeños, obligado de las veras con que Fraudelio se había dado por sentido de aquel agravio y de los juramentos con que prometía gastar en su satisfacción hasta el postrer maravedí de su hacienda y, siendo necesario, la última gota de su sangre. Llegaron a Madrid, y al cuarto día se dejó el pleito, si compuesto con los contrarios con algún concierto o sólo por facilidad y mudança, él lo sabe; cuál sería peor, con dificultad podrá juzgarse. La verdad ignoraron los interesados, y Suldino más que nadie. Voy envolviendo pedaços de su vida en el primer intento, por cumplir con la obligación que ha introducido la costumbre en los que sacan a luz versos ajenos, y no he querido perdonarle una flaqueça que se notó en ella, porque se conozca cuán sin pasión escribo, y porque, ver cuánto pueden rendirse a la voluntad el juicio y la experiencia, sirva de exemplo para que huyan sus peligros los que no se hallan tan defen-

didos. Dijose que dejó llevarse de los engaños de una mujer, si no de las más comunes, de las que en mediana suerte han menester valerse de sí mismas para pasar en las Cortes. Hiço más pública esta liviandad los muchos versos que escribió en ella, infelices por el sujeto y porque fueron causa de que, con parte de ellos, se perdiesen los demás que fenecieron en el despecho de su arrepentimiento y también porque, aborreciendo desde entonces esta inclinación, fueron los últimos que hiço. De todos sólo han podido juntarse los que siguen:

QUÉJASE DE UNA DAMA EN QUIEN SE MALOGRABA LA FINEÇA  
DE SU AMOR

Clori, mi pensamiento malogrado  
De su misma fineça perseguido,  
Te desobliga más con lo rendido,  
Te desagrada más con lo adorado.  
Esto sutil de amor, que mi cuidado  
Ajustar a tus fueros ha querido,  
O no lo miras bien por desvalido,  
O te parece mal por desusado.  
Tomemos medio, pues, en mi sosiego;  
Ni bien lo sueltes, ni lo prendas todo  
Cuando nada mortal se te defiende,  
Y tirana en la vida que te entrego,

Usa de los sentidos a tu modo,  
Deja a Filis el alma que la entiende.

ENCARECE LA CEGUEDAD DE SU PASIÓN

Finjo, por divertirme del tormento,  
O que alargo o que rompo la cadena,  
Y cuando floja o desatada suena  
Más apretadas las prisiones siento.  
Si luz figuro, desengaño miento,  
Que alumbra la razón o que la ordena;  
Mas ciego, y más asido de mi pena,  
No alcanço la razón del escarmiento.

Clori, yo moriré de ti ofendido  
Y tuyo moriré, que no hay ofensa  
Que amor no la disculpe o la perdone.  
Mas firme me verás aborrecido;  
Executa cruel, ingrata piensa  
Quien ama todo, a todo se dispone.

QUÉJASE DE AFECTOS CELOSOS, Y PONDERA EL HABERSE  
ENAMORADO CON EL TRATO

¿Qué confusión es ésta en que me anego?  
¿Qué sombra es ésta que a mi luz asiste?  
¿Qué niebla oscura que del sol se viste?

¿Cuál humo es éste que parece fuego?  
¿Qué horror feliz es éste, donde, ciego,  
Miro el origen de mi pena triste?  
¿Quién es? ¿Dónde aparece? ¿En qué consiste  
Esta ilusión que turba mi sosiego?  
Y tú, Clori; ¿qué eres, que así oprimes  
Mi libertad por insensible parte,  
Más imperiosa que el autor divino?  
¿Con cuál encanto, que en el alma imprimes,  
Inventas tercer modo de adorarte,  
Que ni es por elección ni por destino?

PROPONE LIBRARSE DE LA SUJECIÓN, DESPECHADO DE LOS CELOS

Mucho tormento es ya para sufrido,  
Y mucho agravio para tolerado;  
Clori, presumes mal: no se ha privado  
El alma de razón, se ha suspendido.  
Si verme entre las llamas encendido  
Te asegura de eterno mi cuidado,  
En las penas de amor el condenado  
No parece incapaz de arrepentido.  
Yo tiraré con ánimo tan fuerte  
Del laço en que mi cuello se cautiva,  
Que le rompa o me ahogue la violencia.  
Esto también por ti, que es ofenderte

Ser tuyo y ser tan vil, que torpe viva  
infamando el amor con la paciencia.

DICE LOS EFECTOS DE LA HERMOSURA Y EL TRATO DE UNA DAMA

Lesbia, tu trato infiel y tu hermosura

Están en un sujeto tan unidos,  
Que los dos han de ser aborrecidos,  
O quererlos a ciegas mi locura.

En vano el alma señalar procura

Por término a tu imperio los sentidos,  
Que al tiempo de entregarlos divididos,  
Nada de las potencias asegura.

Asido a tu beldad, todo lo lleva,

A mi despecho, la violencia fuerte  
Que oculta lo engañoso del encanto.

Bien que con una diferencia nueva

Formada de mirarte y de entenderte,  
Ámote más, y no te quiero tanto.

EFECTOS DE LOS CELOS

Este penar sin deshacer los hielos,

El alma en vivas llamas abrasada,  
La privación del bien desesperada,  
Donde faltan alivios y consuelos.

Estas ansias sin fin, estos desvelos,  
Esta violencia en la razón turbada,  
Esta inquietud del pecho acelerada,  
Poco se explica si se llama celos.  
Agravios son de causa declarada,  
Donde falta el auxilio del engaño  
Y el favor de la duda se ha deshecho.  
Ni fenecerse ni templarse espera  
Dolor, que crece con el desengaño  
Y no llega a matar con el despecho.

RECONOCE ALIVIO EN SU PASIÓN, CON ALGUNA LUZ DEL  
DESENGAÑO

Ya tu belleza, Cloris, en mi pecho  
Hace menos atroces los estragos,  
Y en tus infieles labios, los halagos  
Algo de los encantos han deshecho.  
Y ya la unión del éxtasis estrecho,  
En que confusos los alientos vagos  
De gozo celestial eran amagos,  
Deleite rudo y material se ha hecho.  
Ya en mi ciega noticia restituyes  
Lo que de humana me negó el engaño,  
Y algún defecto que se hurtó al juicio.  
¡Oh tú, deidad, que la razón influyes,

Enciende más la luz del desengaño,  
Y anima el humo de mi sacrificio!

A LA MUDANÇA DE LA FORTUNA DE SU AMOR

Este desdén con libres falsedades,  
Desprecio y burla de mi pensamiento,  
Yo le vi en mi descuido soñoliento  
Querer lisonjas y temer verdades.

Yo, que ahora soy todo ceguedades,  
Tan hidrópico vi su fingimiento,  
Que parecía que el ardor violento  
Mitigaba la sed con sequedades.

Ya su porfía regaló engañosa  
El hielo, y fomentó en el pecho mío  
La ponçoña que ardiente se desata,  
Ufana de que sólo poderosa,  
Esfuerça los venenos en el frío  
Lesbia, más que las víboras, ingrata.

SU AMOR, MÁS RECONOCIDO Y MENOS ATENTO A LA FINEÇA, SE  
HALLA DESOBLIGADO, Y SÓLO DURA EN LA PARTE INFERIOR

De la playa de amor menos serena  
Tanto burla mi nave la fiereça,  
Que por salir del riesgo su pereça

No se dispone a la menor faena.  
Si las jarcias confuso desordena  
El ocio, que introduce la torpeça,  
No repetidos votos de fineça,  
Algún gemido del deleite suena.  
Sólo corre tormenta el apetito;  
Si no en tranquilidad, están en calma  
Memoria, voluntad y entendimiento.  
Y aunque parece el piélago infinito,  
Como se engolfa el gusto sin el alma,  
No se pierde de vista el escarmiento.

A SU DESENGAÑO

Llego de las tinieblas reducido  
A ti, deidad, que alumbras los mortales,  
Mal borradas del rostro las señales,  
No bien de las prisiones redimido.  
Y la soberbia imagen de Cupido,  
Fingida en el mejor de los metales,  
Arrojo, despreciada, a tús umbrales  
Por glorioso trofeo del olvido.  
Si llegare a tu templo el dueño hermoso  
Que, despreciando los aplausos míos,  
Adora otros ingratos pensamientos,  
El ídolo le muestra fabuloso,

Tan venerado de sus desvarios,  
Tan infamado de mis escarmientos,

AL RECONOCIMIENTO DE SU ERROR

Lesbia, yo te aborrezco, arrepentido,  
Y llego a confesártelo, afrentado.  
Mira cuál estaré de haberte amado,  
Si de quererte mal, estoy corrido.  
Fiscal de mi razón cada sentido,  
Me repite el horror que le has dejado,  
Y queriendo librarme del cuidado  
Con el odio embaraçan el olvido.  
Yo acabaré la guerra de este afecto,  
Último en mi pasión, sin perdonarme  
Escrúpulo de duda en la victoria.  
Que en lo más interior de mi secreto  
Hasta de arrepentirme he de olvidarme,  
O no he de tener paz con la memoria.

DESEANDO LIBRARSE DEL ODIO EN QUE SE HABÍA TROCADO

EL AMOR

Yo fui, loco de amor, en su cadena  
Con afrentosos eslabones preso.  
Ya con la libertad y sin el seso

He mudado el delirio, no la pena.  
Porque de agravios la memoria llena  
Y rota la paciencia con el peso,  
Mi alma, de un exceso en otro exceso,  
No el escarmiento, la vengança ordena.  
Este segundo error ha introducido  
Otra ciega pasión, con que, forçado,  
Pienso en la causa de mi engaño necio.  
Y estoy sin acordarme del olvido,  
Solicitando, a costa del cuidado,  
Lo que puedo tener con el desprecio.

DESPÍDESE ARREPENTIDO DE LA CEGUEDAD DE SU PASIÓN, Y OFRECE

FIRMEÇA A SU PRIMER CUIDADO

Quédate, Lesbia, a dispensar barato  
Lo que insaciable y fácil solicitas;  
Anégate en el cieno que exercitas,  
Parecido a tu pecho y a tu trato.  
No usurpes la fineça, no el recato  
Que con opuestos términos limitas;  
Deja de amor las glorias infinitas  
A la deidad que la suspendo ingrato.  
Y tú, Filis divina, en mi accidente  
Lo irracional perdona del sentido  
Que con torpes halagos se conforma.

Rosas aplica al corazón doliente,  
Quedaré de lo bruto redimido,  
Adoraréte en la primera forma.

A LESBIA, RAMERA, CORTESANA. EPÍSTOLA FAMILIAR, SU RETRATO

INCLUSO

Mírate retratada de la ira  
Que mueve el pecho (Lesbia) donde estaba  
Impresa y adorada tu mentira.  
Mira trocado el mismo que usurpaba  
Luces al sol, respeto a las deidades  
Que idólatra infeliz te consagraba.  
Mira cómo te pintan mis verdades,  
Libre de tus engaños y corrido  
Del tiempo que adoré sus falsedades.  
Y el que tan deslumbrado y suspendido  
Te ignoró por divina y soberana,  
Mira cómo te entiende arrepentido.  
Bien sé que habrás quedado muy ufana  
De que te ofrece el rendimiento mío  
Triunfo mayor que de victoria humana:  
Que rendir la razón al albedrío,  
Profanar el sagrado a la experiencia,  
Introduciendo en ella el desvarío,  
Dar a la voluntad tanta licencia

Cuando falta disculpa en la locura,  
No se permite a natural violencia.  
Pero por esto mismo se murmura  
Que debes lo glorioso del suceso  
A tus conjuros, más que a tu hermosura.  
Que imito al can rabioso te confieso,  
Pero no he de callar, que muerda o ladre,  
De tus fieles virtudes el exceso.  
Baste que no diré las de tu madre,  
Que no es justo tirar tan a lo vivo  
Quien ha poco que fué tan tu compadre.  
Para segunda parte habrá motivo,  
Si dejando la historia dividida  
De tus anales, la mitad escribo.  
Como en agraz, aceda y desabrida,  
Estás en los melindres y en el trato  
Ocho lustros corridos de tu vida.  
Lisonjero te pone mi recato,  
Con la cifra de números extraños,  
La edad en la fachada del retrato.  
Tu patria, por estrecha, en pocos años  
(Comiença el lápiz a correr) dejaste,  
No son para en estrecho los engaños  
Lo más lucido en tus facciones baste  
Para que en esta imagen misteriosa  
Muchos primores la pintura gaste.

Dibujar por menudo cada cosa  
En un espacio tan sucinto, hiciera  
La lámina confusa y enfadosa.  
No he de ponerte nada de hechicera,  
Con ser ésta una seña en que consiste  
Que como vivo lo pintado fuera.  
Al valle de Pisuegra te viniste,  
Y tomando pupilos poco expertos,  
Flores que les quitaste les vendiste.  
En la tuya logró varios conciertos  
El arte de la tía vizcafna,  
Sagaz espía de los perros muertos.  
Conocióte la Corte en mantellina,  
Pasando los menores ejercicios  
De aprobación del año, en una esquina,  
Hasta que dando del talento indicios,  
Con oficial de pluma de un valido  
Lograste los primeros artificios;  
Porque el hombre, de lindo presumido,  
Como crédulas son las presunciones,  
Preñado y parto te creyó fingido.  
Y aunque era miserable en ocasiones,  
Embobado de padre, por lo vano,  
Dejaba el secretario los cañones.  
Pero, cayendo en el error temprano,  
O casóse o cansóse, o todo junto,

Y tú viviste al vuelo aquel verano;  
Hasta que en infeliz y triste punto  
Y en tan aciago y tan funesto día,  
Que pálido era el sol como difunto,  
Entró a experimentar tu tiranía,  
Executando lo fatal del hado,  
Cierta comendador de Andalucía.  
Y aficionada más a su criado  
Le traçaste la muerte alevemente,  
Y tuvo efecto el caso desastrado,  
Sacando con violencia la inocente  
Sangre del corazón, hecho pedaços,  
Donde estaba tu imagen delincuente,  
Poco después que, con traidores braços,  
Le tuviste suspenso y detenido  
En fingidos y pérfidos abraços.  
No sé quien tal suceso haya entendido  
Como sabe entender, si no aborrece  
Lo aleve de tu pecho endurecido:  
No sé cómo de horror no se estremece  
Siempre que con sentidos engañados  
Tus costosos deleites apetece.  
Danse al cordel los cómplices culpados,  
Y libre tú de la sentencia sales;  
Secretos son al cielo reservados.  
Pasado el susto de peligros tales,

Entraste de una vega en la verdura  
A lo que dicen espantar los males;  
Allí tu condición, rebelde y dura,  
Sujetó la cerviz al yugo grave,  
Donde hiciste pechera la hermosura.  
¿Qué importa que lo diga, si se sabe?  
Siempre a tu gusto la verdad enfada  
Y sólo lo fingido es lo suave.  
A toda perdición enamorada,  
De quien más se preció de despreciarte  
Te viste aborrecida y ultrajada.  
A tan áspero Argel vino a librar te  
La redención de un perulero pollo;  
Obra de su merced fué rescatarte.  
Aquí comienza el cuento del criollo,  
Y aquí comienzo yo muy presumido  
De que tengo mi piedra en este rollo.  
Érame yo a Madrid recién venido,  
Y érate tú a venirte a mi posada,  
Por lo de parroquiano conocido;  
No me pedía tu avaricia nada,  
Siendo por la mañana y por la siesta  
Bien recibida como mal pagada.  
De darte en que salir alguna fiesta,  
Eran la recompensa estas visitas,  
Que templabas, ni escasa, ni molesta.

Pasábansenos horas infinitas  
    Sólo en hablar del trato cortesano;  
    Toda extremos, consumes, o no incitas.  
Acaso me dijiste, que la mano  
    Y palabra te dió de casamiento  
    Del número de Lima un escribano;  
Y que con este fin era de asiento  
    Respeto tuyo, y en papel con sello  
    Me mostraste firmado el instrumento.  
Como importaba poco no creello,  
    Cortés te lo creí, para mi engaño  
    ¡O cuánto a mi sosiego le iba en ello!  
Entraba ardiente la estación del año  
    Que la sangre podrece o la requema,  
    Con que enfermó tu amante, por mi daño,  
Y tú sin su embaraço y con tu tema,  
    Que por ley del amor, dura y forçosa,  
    La tibieça en lo amado es lo que quema,  
De noche te venías cuidadosa  
    Adonde, desabrido y soñoliento,  
    Me hallaba tu atención artificiosa.  
No tiene el arte vuestro movimiento,  
    De todos los que el gusto solemniça,  
    Que no aplicases a mi desaliento;  
Ni perdonaste nada en lo que atiça  
    El ánimo rendido, hasta que viste

Con alguna centella la ceniza.  
¿Qué halagos, qué caricias no mentiste,  
Y en lágrimas envueltas las terneças,  
A qué parte los labios resististe?  
Hasta que agradecido a tus fineças  
(O inclinado quiçá), también me inclino,  
Que no tengo yo escamas ni corteças,  
Con la continuación, el trato vino  
A inventar un cariño indiferente,  
Ni bien por elección, ni por destino.  
No fué de amor legítimo accidente  
Esta ciega pasión, sino porfía  
Con que mi voluntad, osadamente,  
Quiso, por caprichosa biçarría,  
Apostar que en el cieno se arrojaba,  
Y que sin mancha del horror salía.  
Supe que neciamente me engañaba  
En la bajeça que a tu amante mientes,  
Y que de noble origen se ilustraba  
Con novedad de varios accidentes.  
Trajo en esta noticia mis desvelos  
El concurso de afectos diferentes;  
Entráronse en mi alma unos recelos,  
Que atenta la raçón los fomentaba,  
Con que, creciendo más, se hicieron celos.  
Y como en tus engaños me fiaba,

De algunas conveniencias ayudado  
Que para tus aumentos destinaba,  
Llegué a solicitar tu desagrado,  
Osando persuadirte que quitaras  
La causa que alteraba mi cuidado.  
Y tú, que en los perjuros no reparas,  
Infiel juraste que por gusto mío  
El corazón de tu galán sacarás;  
Que luego sentiría tu desvío,  
Mostrándole señales en que viera  
Las sequedades de tu pecho frío;  
Que cuando los desaires te sufriera,  
No te contentarías con mostrarte  
Desdeñosa con él, sino grosera;  
Que eran todas sus cosas a cansarte,  
Que sólo de obligada le sufrirás,  
Sin que tuviese de tu gusto parte;  
Y, finalmente, que le pedirías  
Tanto, que despechado te dejase,  
O que de inútil tu le dejarías.  
Él entonces, o fuese que alcançase  
Algo de nuestro trato, y más atento,  
De pundonor altivo se picase,  
O ya que fuese acaso y sin intento,  
Todo el caudal en agradarte emplea,  
Aumentando la pena en mi tormento.

Quien quiere conseguir lo que desea  
Todos los imposibles desconoce,  
Por más error que en la locura vea.  
Harto ignora de ti quien no conoce  
Que mejor que alargar de dos el uno,  
Supieras estrechar otro con doce.  
Pero forçada de dejar alguno,  
Como por tu trato cauteloso  
Nada de lo mental en oportuno,  
Sólo lo material es lo gustoso,  
Con lo sutil de amor te desatinas  
Y te relaja en él, lo misterioso,  
A excusarte de mí te determinas,  
Y poniendo en razón tus sinrazones,  
Al mancebo de América te inclinas,  
Y en esta falsedad otra dispones;  
Que con una traición no se contenta  
Tu pecho, original de las traiciones.  
Y tu calumnia o tu malicia intenta  
Publicar que me opongo a tu sosiego  
Con la traça más vil y más violenta.  
Y que, desatinado, loco y ciego,  
Trato medios civiles de ausentarte,  
Solicitados del favor y el ruego.  
Este agravio no puedo perdonarte;  
El solo me ha obligado a responderte

En términos que puedan lastimarte.  
Por lo demás, contento con mi suerte,  
Estoy agradecido a la ventura  
Con que hice la ganancia de perderte.  
Pero no ha de olvidar en tu pintura  
Otro golpe el pincel muy importante,  
Para dejar airosa la figura;  
Y es que cuando del uno y el otro amante  
A competencia la pasión ardía,  
Y era más liberal el más galante;  
Y cuando con solícita porfía,  
Nuestra fineça desvelada en vano,  
Continuados instantes te asistía,  
Averigué que todo aquel verano  
A tus varios alientos ofrecías  
Dos portugueses más y un italiano.  
¡Memoria triste de las ansias mías!  
Ya rompió las prisiones mi cuidado,  
Huyó la libertad de las arpías.  
Ya, Lesbia, en tus cautelas recatado,  
De tus viles engaños advertido  
Y de tus sinraçones enseñado,  
Siempre a tu ingratitude agradecido,  
Que dió toda la luz a mi juicio  
Con que el Astolfo de mi seso ha sido,  
Te ofreceré perpetuo sacrificio

Si hallare parte de piedad ajena  
Donde altar se consagre para el vicio.  
Libre de la memoria de mi pena,  
En varios eslabones dividida  
Arrojo destroçada la cadena.  
Y la prolixa copia de tu vida,  
No sin industria, dejó bosquejada;  
Porque tenga también de parecida  
Lo deslucido de quedar manchada.

Quedaron situados los réditos de la hacienda de Suldino para el sustento de la familia que dejó en su casa, sin que sobrara nada con que poderle socorrer en Madrid; el contado que traía se había de medir con sus pretensiones. Desigualóse este concierto con el tiempo, creciendo accidentes en el gasto y dilaciones en los negocios; comenzó la necesidad a entrar, desbaratando las cosas de lustre, que consisten en el adorno, y pasó brevemente a las forçosas sin que no se puede vivir, y aunque sea muy ordinario pasar necesidad los hombres de ingenio, por su natural tibieça y poca solicitud, y de esto se ha ya oído y leído mucho, no puede haber igualado nada a los aprietos que padeció este sujeto, a quien constantemente exerció la fortuna, sin levantar la mano de su persecución en todo el discurso de su vida. Él, esperando alguna mudança en ella, no se determinaba

a retirarse, considerando las estrecheces de su tierra, y que con irse a ella enterraba la esperanza que en las Cortes alienta a los más desvalidos. Crecían con el tiempo las descomodidades, y entre ellas sólo sentía que todas se habían de atribuir a sus culpas y que las desdichas tomarían nombre de delitos, como siempre acontece en las adversidades, cuya creciente nunca es grande si, a vueltas del descanso de la vida, no se lleva la reputación del juicio. Tratar de justificarse un desgraciado es empresa imposible, si primero no deja de serlo. ¿Cómo han de tener crédito los miserables, si fundan los poderosos en negársele, la disculpa de no socorrerlos? Con este desengaño, buscaba el consuelo dentro de sí, y sin pasar a querer hallarse inocente, se contentaba con persuadirse a que no todas sus calamidades eran castigos. Dejéronle sus criados y sus amigos; no es nuevo seguir los hombres la inclinación de la fortuna. Fraudelio le desamparó el primero, huyendo de su desgracia como de ruina. Había crecido mucho en hacienda; porque además de lo que le valieron las Cortes, afectó en ellas el retiro del juego, y en algunos encierros hizo ganancias de mucha monta. Luego que se vió desembarazado, valiéndose con más frecuencia de su suavidad, en menos de año y medio ganó más de cincuenta mil escudos. Apartóse de su hermano sin más causa que verle pobre, y poco a poco (por razón de

Estado) fué convirtiendo el retiro en sentimiento, dándole color con algunos testimonios pesados en descréditos de sus sobrinos, hasta que descubiertamente publicó la enemistad y poniéndose a murmurar de ellos y de su padre con hombres de mala vida, con terceras comunes y ramerías cortesanías, mezclaba en estas pláticas civilidades y torpezas, que siendo los que las oían de estas obligaciones, se declaraban por los mayores fiscales de su ruindad y la referían avergonçados. Esto baste para que se entienda de la casta que serían, cuando faltan términos decentes con que explicarlas. No es pequeña maravilla que tenga desenvoltura para tirar piedras como inocente, quien se halla con tales culpas, que se han librado del castigo por demasíadamente atroces. Tiene sus privilegios el pecar por mayor, y los cordeles sólo se hacen para moderados delitos; señaláranse algunos que irritaran mucho a la justicia si no fuera precepto de quien permitió escribir este papel que sólo se diga lo precisamente necesario para verificar la razón de esta enemistad. Alçóse, finalmente, Fraudelio con todo el depósito de la humanidad, quebró con todo el crédito de la naturaleza y llegó la insolencia a tal extremo, que yendo en un coche de cuatro mulas, con gran aparato de criados, encontraba muchas veces solo y a pie al que tenía por su hermano mayor y por cabeça de su casa y linaje, y pasaba sin hablarle ni hacerle corte-

sía; maldad sin disculpa, vileza sin exemplo y juego notable de la fortuna, que suele burlarse a un mismo tiempo, de más ciertas hermandades con mayores diferencias. A vista de estas tiranías, la necesidad, gran maestra de persuadir bajeças, representó a Suldino que su modestia ocasionaba toda su descomodidad; que si las suertes se trocaran y se diera por imposible que sus entrañas se endurecieran como las de Fraudelio, no le valiera ningún desvío para desembaraçarse de él: con violencia se le metiera en casa, por fuerça se valiera de su hacienda. Él, al menor ceño, se rendía; con volverle el rostro se daba por vencido. Aquel hombre terrible le tenía por su hermano; la opinión, en tales casos, hace los mismos efectos que la verdad. Sobre grandes prendas podía pedirle: una nación, una patria, unos templos, unos sepulcros, y lo que más es para con él un linaje, un mismo vientre estaban de por medio. En descubrirle sus aprietos, iba a ganar de conocido: o conseguiría el socorro o justificaría la razón del sentimiento. Con estas consideraciones, llegó a su casa a tiempo que se sentaba a comer; esperó a que acabase, vióle desde una ventana, y que le había visto, y vino a decirle por un criado que quería hablarle. No volvió con la respuesta; dió el mismo recado a una mujer y después de haberse detenido mucho, le despidió con que su amo había salido por otra puerta y cerrando la que tenía

poco abierta, le dió con ella en los ojos. Todo puede suceder en la vida, dijo él, y más cuanto fuere menos. Breve novedad tiene este desprecio; porque no le hace el mayor, el de más puesto, el de más valimiento, por haberse aventajado en el ánimo, en el ingenio, sino por dichoso en el ocio, por afortunado en el juego; pero todo lo demás estaba vencido: el fuego, la cruz, el veneno, el destierro, el acero de Mucio, de Régulo, de Sócrate, de Rustilio, de Catón. Vénçamos algo nosotros; y acordándose de otro perseguido de su hermano y de semejantes bienes, con que se hallaba para desquite de aquel desaire, salió a la calle, suspenso, no postrado, a tiempo que Fraudelio atravesaba por otra poco distante, descompuesto, sobresaltado, volviendo muchas veces atrás la cabeça, a manera de fugitivo que deja cometido delito grande. Todas las penas se encierran en la avaricia, y siempre tiene un castigo nuevo, con que paga de contado cualquiera culpa. ¿Quién codiciará sus bienes con sus pensiones; cuál juicio entero querrá más la riqueza de Dionisio, con su desconfianza, que la pobreza de Arquímedes, con su seguridad? Cuanto mayor cargo se hacía en la dureça de aquel ministro de la crueldad, monstruo que se les fué de las manos a las costumbres, como los otros a la naturaleza, tanto más escrupuloso quedó el ofendido de que fuese creíble cerrándole sin testigos; y para tener con quien calificarle, se valió de

un caballero amigo de los dos, y le pidió hablase de su parte a Fraudelio, y le dijese que su intento era darle cuenta de que deseaba pasar a Italia a besar la mano al Virrey de Nápoles y ampararse de su favor en que podía esperar todo lo que él sabía; que llevaría los dos hijos con que se hallaba en Madrid, y se quitaría el embaraço de su presunción en que tantas veces hablaba y ésta y las demás conveniencias se conseguirían dándoles alguna ayuda de costa para el viaje, y se contentarían fuese en letra que hubiese de cobrarse personalmente en Italia, con que se satisfacían las dudas y quedaba prevenido el temor de que se convirtiese en otro uso. Ofreció aquel caballero que haría con veras el oficio que se le encargaba. Habló a Fraudelio que, después de haber oído su embajada, le respondió estas palabras, consultadas con su razón, dictadas de su ateísmo, no en la verdad ajenas de su sangre. «Lo lícito y lo fiel son bienes de los desiertos; para las comodidades de la vida civil, otras prendas solicita la industria; quien no tiene brío para usurpar lo ajeno, nunca será poderoso; el que no se atreve a ser cruel, siempre vivirá lastimado; la misericordia es afecto femenino, condenado en los corazones fuertes, no permitido en los ánimos estoicos; la propia tutela tiene el primer lugar en todos derechos; no se ordena bien la caridad sin este principio forçado; descubro un secreto político, no aprendido en nin-

guna lección, hallado en mis experiencias; la mayor materia de estado para conservar la buena fortuna, es no socorrer a los necesitados: por este medio se hacen enemigos y tienen los felices contra sí los votos de los desgraciados, cuyos deseos nunca se cumplen. Yo estoy menos sobrado que parece; mi hermano tiene más de lo que dice y es el verdaderamente rico; heredó el mayorazgo de mi padre, ha tenido el valor de sus oficios y muy frecuentes dádivas mías, de que se olvida ingrato, y yo me acuerdo arrepentido; si todo no basta para sus perdiciones o para sus infortunios, desengañese y retírese a cuidar de la muerte, mucho antes, fuera tarde para dejar de ser niño quien comenzó a ser hombre tan temprano; casa tiene donde vivirá con autoridad, aunque pase con limitación. ¿Qué quiere hacer en la Corte, afrontando a sus deudos, destruyendo a sus hijos? Ahogarme a mí con el peso de sus adversidades y tener en mi estrago consuelo de su ruina. Él, por la costumbre de malos sucesos y con la filosofía que profesa, podrá vivir miserable; yo, que siempre he sido dichoso y no me precio de tan sabio, me moriré en viéndome desacomodado o deslucido. Esos moços mal entretenidos y bagabundos sirvan al Rey en la guerra, acaben en ella o pasen adelante; no con el ocio del vicio, con el sudor y la sangre se compran los aumentos; si parecía conveniente llevarlos a Italia, ahora dos años se pudo disponer con

mucha sobra el viaje que quieren hacer a mi costa, pensando que siempre han de hallarme por fiador de sus desórdenes. Todo lo que tengo he menester para mí, y no me basta; si me sobrara algo ha de ser para este niño a quien amo y debo más de lo que se entiende. Confieso por raçonable la queja de decirlo antes de tiempo y quisiera excusarla; pero privárame de mucho gusto. El efecto a de ser uno, repitiéndolo se multiplica el contento y se deleita la memoria hablando en el deseo en cuanto llega la ejecución. Mi hermano, que sabe tanto de amor y no le emplea tan bien, perdone este achaque del mío, o execute en buen hora las amenazas de averiguar que no somos parientes; envolverá en esta vengança mi mayor lisonja: que principio quisiera atribuirme que no se creyera, si se ignorara mi nacimiento. Las alas de mi ingenio, para no haberse perdido de vista, han tenido más peso que la humildad de mi linaje; al aliento de mi ánimo, ¿quién le ha puesto ceniza sino la cortedad de mis pañales?; ¿cuál hermano segundo de gran señor se ha tratado tan lustrosamente por veinte años continuados en la Corte?; ¿quién puede alabarse en ella, de que todos le han conocido siempre acaudalado, siempre crecido? Solo yo, que, como el Nilo, nadie me ha visto pequeño; no han tenido mis dichas más açar que a mis deudos: ellos asombrándolas las escurecen, atendiéndolas las aojan, encareciéndolas las agueran;

ninguno de mis bienes se libra de su codicia. La salud me envidian, el sosiego, los pensamientos y aun los sueños; estos no sin causa, que son los míos iguales a los mayores. También se embaraça mi fantasía, durmiendo, con imágenes misteriosas de sol, luna y estrellas, y no las interpreto esperando la adoración que pueden ellos darme, por parecerme poca. La conclusión de esta plática sea: que por ley divina y humana es mi primer cuidado mi conservación, que no tengo de estragarla, remediando miserias que distribuye el mayor poder y son forçosas en el mundo desde la culpa original; que pienso llegar-me cuanto pudiere a los felices y huir de los mal afortunados; que si tengo alguna obligación a mi hermano y a mis sobrinos (o ya sea a Suldino y a sus hijos), está ciento por una satisfecha, que él ni ellos no han de haber jamás nada de mi hacienda; que se valgan de su industria y de su trabajo si quieren medrar, o se ajusten a vivir dentro de su fortuna, que cuanto yo tuviese ha de ser para este verdaderamente pariente mío, que lo tengo de decir muchas veces por tener muchos gustos; que desprecio cuanto es posible sus sentimientos y sus quejas, y ojalá resultase de ellos el entenderse que tenemos diferente sangre, con que se lograra sin susto mi felicidad. »

Atónito quedó el mensajero de oír la respuesta de su demanda, y ayudando su extrañeza a que se estampase mejor en la memoria, la refirió puntualmente a Suldino,

que después de haberle atendido con semblante quieto y corazón sosegado, dijo: «De las razones de Fraudelio sólo me hace novedad el concierto; lo demás tenía prevenido; esta postrera diligencia se hizo para esfuerzo de mi queja, no para reparo de mi necesidad; has conseguido el intento. Quedo presumido de mi razón y de haberos hecho testigo, juez de ella; considerad, señor, de qué alma estará informado quien saca de entre los hombres las justicias, quien infama la misericordia, quien destierra la caridad, quien alaba el hurto, quien cifra toda la razón de su estado, todos los misterios de su política, en el precepto de no hacer bien. Esta doctrina infusa de Lucifer, no pronunciada de ningún sectario, pudiera yo haber penetrado en Fraudelio, advirtiéndole que en mucho tiempo que anduvimos juntos jamás le vi dar limosna; atribúyalo de ordinario a descuido, alguna vez a miseria; nunca entendí que tenía la malicia tan honda raíz. Creo que su hacienda será menos de lo que se entiende y que le faltará mucho para satisfacer a sus acreedores. Con cualquier Dios que conozca, en cualquier ley que profese, se hallará obligado a la restitución, y vendrá a parar la herencia que solemniza, en el gusto de haber hablado en ella; haga cuantas veces quisiere esta lisonja a su amor, si le parece que agasaja con ello la inocencia del niño, la memoria de la madre, la bondad del marido. Las prendas aventajadas en que mis hijos com-

pitèn (dígase sin agravio de la modestia de padre) no las puede deslustrar su calumnia; los aplausos con que confiesan todos por el mejor al que primero encuentran, no los puede ahogar su ciçaña; no nacieron en su confiança, no se criaron con su ayuda, vivirán sin él. El servicio del rey, a que les incita, ¿con qué socorro se les ha facilitado?, ¿con qué exemplos se les ha persuadido?, ¿daránles aliento los depósitos que ha hecho para su partida, o causaránles emulación las banderas que ha colgado por testigos de sus victorias? Si dentro de su ruin natural se le ha aparecido la fortuna, si se ha visto siempre tan grande, tan caudaloso como blasona, sin haberle costado una resistencia de su mala inclinación, ¿cómo acusa el ocio, sin empacho, y no se avergüença de señalar por precio de los aumentos la sangre y el sudor? ¿qué más es esto que reírse los estropeados de los ágiles, burlarse los etíopes del color de los alemanes, quejarse los grajos de la sedición? Yo, para lo que me resta de vida, sobre entenderme conmigo, reconociendo lo que me va en acertar a morir bien, no necesito de sus documentos para mi retiro; primero lo creeré cristiano que le admita consejero; acepto en duda la licencia que me da para romper el gran secreto que introdujo la piedad de mi madre y he tolerado tanto tiempo, de cuya verdad aún viven testigos si se hubiera de reducir a información; pero la infalible probança, en este caso, se

contesta con sus señas, se fulmina con sus costumbres; ningún Dovalle se ha visto rubio, ninguno calvo, ninguno de trabada pronunciación, ninguno artificioso, ninguno miserable, ninguno malquisto; ignoro los motivos de su desvanecimiento, que le obligan a tener en poco el origen que se le atribuye. De mí sé, que heredé las casas antiguas de mis padres, que sucedí en lo que fueron ellos; que no quiero ser más, contento con esta nobleza; él, si no quiere ser hermano mío, diga quién es, revélenos los fundamentos de su presunción. Por aquel tiempo no fué a nuestra tierra emperador alguno a quien pueda prohiarse; los dioses vanos Júpiter y Marte, de quien se presumieron hijos Alexandro y Rómulo, tiene por fabulosos nuestra religión; dentro nació de los umbrales de mi casa; allí no pudo tener mejores padres que los míos; peores, ya sería posible; esto para su tiempo. Las demás vanidades de su delirio más merecen risa que respuesta; desembarácese de la contemplación de su dinero que le ensordece para no oír los silbos del pueblo; librese de la ignorancia que le ciega para no ver que cada lucimiento suyo es una infamia, cada ostentación un escándalo y conocerá la envidia que puede tenerse: de salud, sobre cincuenta y dos años; de sosiego, sobre mala conciencia; de pensamiento, sobre mala fe; de sueños, sobre mala fama. Yo tengo obligación de saber y de haber enseñado a mis hijos que sólo

es rico el que no tiene nada ajeno; que sólo es bienaventurado el justo; que Dios nos desengaña de lo poco que montan los bienes de esta vida, dándolos a los peores; que son muy infelices los muy dichosos en ella; porque no les favorece su providencia, desconfía de ellos. Alumbrados de estos avisos, miramos sus prosperidades como el vulgo la representación de algún tirano, cuyos buenos sucesos atiende gustoso, porque sabe que a lo último de la fábula le espera en los verdugos el tormento, en las fieras, el sepulcro. Ya él se halla en el tercer acto de la vida; aquel gran autor, maestro de las artes y de las ciencias no quebrará las leyes de la tragedia, y en sus postrimerías entederemos por qué hayan sido tan largas y tan prósperas las dos primeras jornadas; con esta esperanza, con esta fe, vea lo que juzgaremos de su felicidad, lo que merecerá de nuestra envidia.» Hasta aquí Suldino, y el que confuso y admirado lo atendía, mostrando inclinarse a su razón, excusó el peligro de hacer juicio declarado entre litigantes hermanos, y se despidió triste de no dejarlos amigos. Bien se pudiera con poco artificio hacer más verisímil lo que resta de este suceso, pero ha sido el intento de quien le escribe referirle como pasó, sin decir nada incierto, dejando que obre por sí sola la fuerza de la verdad sin ningún auxilio del arte; para los casos ocultos donde no puede llegar la evidencia, dan paso las

conjeturas, que si se sacan de razones fuertes hacen más fe que los testigos, porque persuaden el entendimiento, libres de las tachas que puede ocasionar la pasión. Quedan señalados por indicios, para crédito de lo que se ha de referir en el nacimiento de Fraudelio, las señas de su persona: los resabios, en sus procedimientos a las costumbres de Inglaterra y Génova, el olvido y desprecio de la casa que ha tenido por de sus padres, el desamor y el odio a todos los de su apellido y familia, los tiros y malos oficios que ha hecho a Suldino, lo que le han congojado sus buenas obras, siendo siempre más agradables las que se reciben sobre la obligación del mayor parentesco, su condición diferente y opuesta en todo a los que se creyeron hermanos suyos, siendo cierto que en él conocerán todos la ignorancia de cuanto no fuere vulgar, la fasedad, la codicia, la miseria, la soberbia, la ira y otros vicios tan unidos, que apenas dan lugar por donde pueda mostrarse luz de alguna virtud. En Suldino confesaron hasta sus enemigos el ingenio grande, la noticia universal de todas buenas letras, la condición apacible, la intención sencilla, el trato fiel y otras prendas de estimación que le hicieron bienquisto en su tierra y en las demás partes donde vivió y gobernó, y que vencieron sin dificultad los defectos forçosos y vinculados a la imperfección de la naturaleza, donde (además de la vecindad y parentesco que tienen los extre-

mos de las virtudes con los principios de los vicios) en las calidades que causan las inclinaciones se constituye una mezcla inseparable con que se enlaçan el bien y el mal, de manera que apenas se hallará liberal sin ambición, moderado sin codicia, apacible que sea casto, continente que no sea cruel; motivo grande para que sin agravio de la justicia esté siempre muy de nuestra parte la misericordia, y por esforçar esta última presunción y dejar excluído cuanto puede imaginarse, por creer que naciesen de unos mismos padres hombres tan diferentes, ha parecido consagrar una parte de estas relaciones a la memoria de Bonifacio Dovalle, digna de mayor monumento.

Fué hermano segundo de Suldino; nació el año de 1588, víspera de San Andrés, tuvo poca dicha en el primer alimento. Enfermedades y otros accidentes de las amas que le dieron leche obligaron a que se le mudasen muchas, de que resultó criarse desmedrado y enfermizo; no debió mucho cariño a sus padres, o porque cueradamente se recelaron de poner el amor en lo que parecía poco durable, o porque les estorbó para solicitarle, con los donaires de la niñez, la tristeza que ocasionaban sus achaques; pasó con ellos la infancia, y adelante convaleció, dando muestras de natural robusto; comenzó el ejercicio de las primeras letras a que se aplicaba mal, y del todo se dió por rendido a la entrada de la len-

gua latina, pareciéndole imposible penetrar lo prolixo de aquellos rudimentos; halláronle muchas veces llorando a solas, afligido de que no podía obedecer a su hermano siguiendo el camino por donde le guiaba; en sabiéndolo él, se conformó con que le mudase, y trató de que aprendiese todo lo necesario para la profesión de la milicia, en que se vió trocada maravillosamente su rudeça, pasando al mayor extremo de prontitud, porque en el manejo de los caballos, en la lucha, en el salto, en la carrera ni en las demás agilidades de fuerça y ligereça no le ganó nadie de muchos que contendieron con él; aventajóse particularmente en la destreça de las armas que exercitaba con biçarría y entendía con fundamento, hallando fáciles las más sutiles proposiciones de la geometría y aritmética, quien se había embaraçado con los preceptos de la gramática; tanto puede la inclinación. Era grande el amor que tenía a su hermano y mayor el respeto: sólo para lo forçoso se sentaba en su presencia, nunca se cubría; solía decir que quisiera ser más porque no pareciere mucha la sumisión que hacía a su hermano, en que sólo tenía vanidad; él se lo pagaba con igual amor y estimación, y así juntaban la fineça de verdaderos amigos a la obligación de buenos hermanos, no habiendo entre los dos pensamiento que no fuese común, caudal que fuese propio. Parecióle a Bonifacio que la hacienda de su hermano necesitaba de socorro

muy relevante para tomar estado, y por esto sintió mucho que se casase con su prima hasta que fué su cuñada; luego trocó aquellos nombres en los de hermano y galán. Inventaba y prevenía en todas las ocasiones cuanto podía ser a propósito para su agasajo, levantando antojos en sus preñados, gastos en sus fiestas, para tener ocasión de hacer lisonjas a su regalo y aliño; bien diferente, como en todo, de Fraudelio que ha procurado siempre concurrir con las causas de los martirios de esta inocente señora, alegrándose de verla padecer agravio, que si no alcançare vengança en esta vida tiene en la otra segura la satisfacción. Pasaron con esta conformidad y gusto hasta que Bonifacio cumplió veinte años y començó a inquietarle el deseo de levantar su casa, fin que hace tolerables los mayores afanes de la vida y con que se mueven a experimentar los mayores peligros en ella todos los humanos. Sentía Suldino entrañablemente que se ausentase, no le parecía posible vivir sin su hermano; él atropellaba todas las contradicciones del gusto, llevado de su obligación y de los exemplos de ocho hermanos de su padre y abuelos que murieron sirviendo al Rey en la guerra, y todos tuvieron encomiendas en las órdenes militares, que de aquel tiempo puede referirse por calidad. Hallábase más poblada esta provincia, eran muchos los que se ofrecían a servir voluntariamente, no tenían los Reyes necesidad de solicitar soldados, ni era

forçoso premiar a tantos; estimábanse más los honores porque se alcançaban con dificultad. Salió Bonifacio de su tierra el año de 1610, dejando con general sentimiento de su partida a todos los de aquella ciudad, donde fué tan querido y deseado como después en la Corte y en los exércitos, siendo en la parte de hacer amigos tan favorable su estrella, que puede decirse, por encarecimiento, que no ha solicitado Fraudelio tantos odios como Bonifacio inclinó voluntades. Detúvose en Madrid pretendiendo, hasta que se le hiço merced de doce escudos de ventaja en consideración de los servicios de sus pasados; començó a servir en las galeras de Nápoles, siendo general el marqués de Santa Cruz, que le favorecía con reconocimiento de obligaciones; hallóse en la jornada de los Quérquenes el año de 1612, y en la resistencia que hicieron los alarbes recibió dos heridas de peligro; pasó a Nápoles y de allí a Lombardía con el tercio de españoles que llevó D. Pedro Sarmiento; hallóse en todas las guerras del Piamonte, siendo generales el marqués de la Hinojosa, el de Villafranca y el duque de Feria. En la ocasión que mataron a D. Sancho de Luna, le retiraron con muchas heridas por muerto. En los sitios de Berseli, Asti y Onella hiço servicios muy particulares, y en todo lo que se ofreció en su tiempo fué de los que más se señalaron. Los trabajos de las campañas, las heridas y otros excesos le gastaron mucho

la salud, bien que nunca se excusó por los achaques de ninguna obligación de su cargo. Estando alojado en Mortara encontró en Milán a un capitán de caballos de su patria, y muy de su obligación que le llevó a su casa y le tuvo en ella algunos meses, cuidando de su salud con mucho regalo. Recibía por este tiempo continuas cartas de su hermano y en todas iban grandes quejas de las sinrazones de Fraudelio, de quien jamás tuvo letras ni señal de memoria; sentía Bonifacio en el alma leerlas, y comunicábalas con su camarada que procuraba divertirle siempre con palabras oscuras que prometían algún misterio, hasta que hallándole un día triste y preguntándole la ocasión, le mostró una carta que acababa de recibir de España en que su hermano le encarecía mucho las causas de sentimiento que tenía de Fraudelio y señalaba algunas muy notables. Parecióle al capitán que no cumplía con las leyes de la amistad ni con la religión del hospedaje encubriendo más lo que pudiera ser de algún alivio a Bonifacio; le dijo: «Paréceme, amigo y señor mío, que lo más vivo de vuestro cuidado es el honroso dolor que os aflige, de que en vuestro linaje y de vuestros padres haya nacido un hombre de tan mal proceder que sea forzoso avergonzaros de llamarle hermano, y porque os consoléis en esta parte con el desengaño de que Fraudelio hace lo que debe o quien es, quiero deciros lo que causará maravilla» y levantándose a reconocer

si podría hablar seguramente, echó la llave a la puerta, y quedando solos y cerrados prosiguió: «Criéme, como sabéis, en casa de vuestro padre, sirviéndole de paje; llevóme a Madrid cuando fué a servir una procuración de Cortes que tocó a cierto señor pariente suyo, y se la dió graciosamente; no valían entonces tanto estos oficios y estaban para poder mostrarse más liberales los señores. Repartiéronle de aposento la casa de una señora principal y viuda que tenía una hija sola, hermosa y discreta, todo en extremo; vióla vuestro padre, aficionóse a ella, y por medio del ama que la había criado (y ordinariamente quedan obligadas a semejantes confidencias) se correspondieron, y antes que llegase a imaginarse se casaron; sintió vuestro abuelo este suceso como fin y pérdida de sus esperanças; hallábase casado muy calificadosamente: su mujer, por su padre, era sobrina de un gran señor, por su madre, de un príncipe de la iglesia; tenía muy desempeñado su mayorazgo y una gruesa encomienda en la orden de Santiago. Su hermano segundo había entrado en otra en edad que podía esperar gran puesto en la religión de San Juan; otro hermano, canónigo de Toledo, con cuantiosos beneficios y muchos dineros ahorrados; todos tenían los ojos en vuestro padre, esperando con su casamiento adelantar mucho su casa, no inferior entonces a ninguna de muchas de su lugar que brevemente consiguieron títulos y crecieron en ha-

cienda. No se atrevió vuestro padre a ponerse delante del suyo, quedóse en Madrid, donde tuvo dos hijos: Antonio y Fernando; murió el uno en haciéndose cristiano, el otro antes de acortarle las mantillas. Vivió vuestro abuelo hasta el año 80, y en su mujer se acrecentó la tristeza y el luto con la falta de Rogerio, su hijo, el menor y el más querido, que murió peleando en las galeras de Malta, poco después de haber costado 7.000 ducados su rescate de Argel, donde estuvo cautivo en la ocasión que también lo fué D. Antonio de Toledo (después conde de Alba), Francisco de Valencia, Basilio de Tora y otros caballeros de importancia; envió a llamar a su hijo, desengañada de que su yerro había sido sólo en hacienda; prevínose el viaje brevemente de Madrid con vuestra madre, y entre otros criados traxo un lacayo llamado Amaro Carlhet, de nacimiento inglés, de profesión soldado, que tiró sueldo de los que en Francia llaman hugonotes en las guerras civiles de aquel Reino, y aunque se sospechaba que creía de la secta de Calvino, las opiniones de Eco Lampadio, lo disimulaba sin darlo a entender, viviendo como católico. Era su mujer genovesa, y por no saber su apellido y haberse valido de lavar paños para ganar el sustento la llamaban comúnmente Julia Lavandera. Estuvo vuestro padre sin hijos, hasta que el año 87 nació Suldino, vos el siguiente, entrambos malsanos y con pocas esperanças de logro.

Hallábase quejoso de que no se le hubiese hecho merced considerable habiendo servido en dos Cortes continuadas, las referidas y las siguientes, que le tocaron por oficio suyo, en que fué jurado Felipe III, por el fin del año 84. Volvió a Madrid a solicitar sus pretensiones; dejó a vuestra madre con sospechas de preñado, fuéle sirviendo Amaro de repostero, quedó su mujer preñada también y fueron los partos tan de un tiempo, que sólo se llevaron seis días en que se anticipó Julia, que parió dos hijos. Pareció a propósito para criar a vuestro hermano, y la primera noche que se le entregaron le ahogó desgraciadamente, sin saberse por cual descuido del sueño. Començaba vuestra madre los extremos de sentimiento debido a este desastre, y atajólos el consejo de una criada muy querida suya que la persuadió excusase aquella pena a su marido, poniendo en lugar del niño muerto uno de los hijos de Julia; parecióla bueno y posible el engaño, porque cuando se trataba no habían despertado las demás criadas, que dormían muy aparte, y sólo las tres sabían la desdicha; trocaronse los niños con brevedad y silencio; dijose que había muerto el mayor de los hijos de Amaro (que en el nacimiento llevó al otro pocos minutos) y confirmóse en lo demás la felicidad del secreto, cayendo mala la madre el mismo día de un dolor de costado que la mató el séptimo. Al hijo que dejó por suyo pusieron el nombre del padre; el pro-

hijado se llamó Fraudelio. Traslucieronse luego notables siniestros en su condición brava y terrible, achacábanse todos a la dureza del ama que lo criaba (siguiendo la opinión de los que piensan que puede algo la leche en las inclinaciones). Era esta mujer tan feroz, que por una ocasión liviana que le dió un zapatero, oficial de su marido, le mató sin más armas que las manos. Apostaban el niño y ella en crueldad: él, cuando tomaba los pechos, la tiraba de ellos tan recio que se los arrancaba; ella, para que los soltase, le metía las uñas por la garganta tan bárbaramente que le hizo una llaga de que estuvo para morir, porque encubriéndola con cuidado tardó en remediarse. Era ya de seis meses cuando volvió vuestro padre, alegróse de verle tan lucido y despejado, y por la falta de salud de los hermanos juzgó que sería el sucesor de su casa, sin advertir la diferencia, que en todo estaba descubriendo con claridad el engaño. En vuestra madre substituyó el amor de su elección todo el poder de la naturaleza. No se hallaba un punto sin Fraudelio, decía que le quitaba los pesares, y apenas le dejaba de los brazos; él la pagaba los halagos y los besos con golpes y mordeduras, de que continuamente andaba señalada. Admirábanse todos de ver tanta fiereza en aquella niñez, y entre otras cosas que se advirtieron en ella fué notable que trayéndole con otros juguetes (para acallarle) un retrato pequeño de vuestro padre lo arrojó

en el suelo con tal furia que causó admiración ver que hubiese tenido fuerza para tirarle tan lejos; acertó a estar presente un religioso aficionado a las vanidades de la astrología, y dijo que aquel niño había de ser causa de que se asolase su casa, o por el desamparo o con la persecución y replicándole a ello, respondió que no haber hecho caso de un agüero semejante en la crianza de Moisés costó bien caro a los gitanos, y con esta ocasión hizo un juicio de su nacimiento en que se señalaron grandes dificultades de riqueza y manejo de dineros, pero sangriento y desdichado fin. Este papel, con otro en que vuestra madre, escrupulosa, hizo declaración de los padres de Fraudelio, por si llegase el caso de suceder en el mayorazgo de su marido, cumpliendo de su parte con lo que pudo, guarda hoy una religiosa descalza que fué criada suya. Entristeciéronse mucho vuestros padres con la figura del niño, acongojándose desde luego por el fin sangriento que le amenazaba, y les consolaron personas cuerdas que tienen por ridículos estos pronósticos, y desengañóles de que no hubo misterio en tirar el retrato, ver en otras muchas ocasiones que por instinto natural aquel niño aborrecía las imágenes, de manera que en llegándole alguna daba gritos, se tapaba los ojos, la escupía y la arrojaba, y siendo de materia débil la rompía. Fué creciendo, y con la edad el coraje, las maldiciones y los reniegos. Los muchachos de su tiem-

po no venían a jugar con él, sino a verle, haciéndole corro como a las fieras que se crían domésticas, y se atan para seguridad. Ninguno lo conocía por Fraudelio, y aunque muchos le pusieron Roberto (por haber oído las diabluras de otro de este nombre), todos le llamaban hereje, sin saber por qué; lo demás de su crianza y de su condición y proceder después de adulto, sabéis vos y no ignora Suldino lo que yo he referido, porque vuestra madre reconociendo lo que se adelantó en él la lumbré natural y el uso de la razón, le trataba como a hombre y le comunicó este caso que a mí me dijo la secretaria de él, con quien quise casarme, y por su muerte se desbarató el intento y se trocó todo el camino de vida. Admirome mucho de que vuestro hermano os haya callado negocio tan importante, él debe de saber el fin con que lo ha hecho; yo he querido decíroslo para que estéis advertido en lo que puede suceder y obréis en ello desengañado.» No quedó Bonifacio con tanta admiración de esta noticia como de la memoria de su ceguedad, considerando los muchos sucesos y señales en que pudiera haber conocido el caso de que tan tarde se informaba. Y en la verdad, cuando no hubiera argumentos ni testigos para saberse los padres de Fraudelio, bastara a quitar toda duda lo parecido de los dos hermanos, que fué con el mayor extremo y más raras circunstancias que jamás se han oído. Criáronse y crecie-

ron Amaro y Fraudelio, tan semejantes en el rostro, en el cuerpo, en el aire, en el habla, en las acciones, que sólo se conocían por los vestidos; aunque estuviesen juntos, apartados y desnudos nadie sabía con cuál hablaba; venían a ver al uno personas que de ordinario le trataban, metíase por burla el otro en su cama y después de haber estado con él gran rato hablando y respondiendo, ni en la voz, ni en los ademanes, ni en todo lo demás que pudiera advertirse, nunca hubo quien percibiese la diferencia; estaban tristes o alegres a un mismo tiempo, enfermaban y sanaban juntos; averiguóse que reían y lloraban en correspondencia estando ausentes, aunque el uno no tuviese ocasión; verificóse en ellos, finalmente, todo lo maravilloso que se ha dicho de los hermanos de un parto, y fué sobre lo demás prodigioso un suceso no leído en ninguna magia natural, no imaginado de ningún físico (quien le escribe verdadero con temor, por increíble no tuviere osadía para inventarle). Teniendo estos muchachos doce o trece años, se usaban en su tierra unas batallas, entre los de su edad, que se llamaban pedreas, desafiábanse tantos a tantos los de diferentes barrios o escuelas, juntábanse cincuenta o ciento de cada parte, y en el campo o en la calle más desembaraçada se tiraban, hiriéndose muchos y matándose alguno, sin que la justicia ni la razón pudiese meterlos en paz, hasta que se les acababa el día o el co-

raje. En una guerrilla de éstas recibió Amaro un golpe grande de una piedra en el brazo derecho, y en aquel instante sintió Fraudelio tan gran dolor en el suyo que comenzó a quejarse a voces, y no lo pudo alzar ni mover; fué mejorando como se fué curando la herida del hermano y sanaron en un día. De este rarísimo suceso fueron testigos todos los vecinos de una ciudad; ya pocos se acordarán de él, ninguno lo advirtió entonces. Tenerle por casual hizo menor la maravilla; la causa verdadera de ella (como los demás secretos grandes que en respeto de la naturaleza, retiró su autor de la noticia de los hombres) se ignora, aunque se dispute, y por la opinión más raçonable se atribuye a la conformidad de temperamentos que engendró tal simpatía en aquellos individuos que, a pesar del número, procuraba reducirlos a unidad, obrando en ellos a un tiempo, no sólo los accidentes interiores sino las contingencias externas, a la manera que en los instrumentos templados en un sonido, hiriendo el uno suenan en el otro las mismas consonancias, sin impeler las cuerdas, sin pisar los trastes. Si ya no fué más cierto golpe de la providencia, tirado invisiblemente por otro lado, como para advertir el estrago que se encerraba en este caballo griego y pudieran estorbar entonces los asolados por él, si el entendimiento no fuera siniestro.

El fin de Amaro no se ha sabido cierto. Siendo moço

salió huyendo de su tierra por un delito feo; dijose que por otro del mismo género había sido castigado en Zaragoza con muerte infame.

Escribió Bonifacio a su hermano, dándole cuenta de la noticia que había tenido y quejándose de la ofensa que le había hecho con su silencio, y él se disculpó dando razones que bastaron a satisfacerle. En todas las cartas se esforçaban las quejas del ruín trato y correspondencia de Fraudelio, y en la última que escribió Bonifacio hay una cláusula que contiene puntualmente estas palabras: «Tiénneme tan apurado las insolencias de ese inglés, que si no lo impidiera mi falta de salud me hubiera partido a matarle; culpo mucho su blandura de V. M. y me espanto de que dé ocasión con ella a que le pierda el respeto, sabiendo que la demasiada modestia de los buenos incita la superchería de los atrevidos.» Poco después del recibo de esta carta llegó la nueva de la muerte de Bonifacio. Fué en Nápoles, de enfermedad larga; acabó con la paz que había vivido en edad de treinta y tres años, dejando mucha lástima de su mocedad y mucha envidia de su fama; remitióse a Suldino su testamento, en que venían algunos legados a personas de obligación y declaraciones de deudas de cantidad. Todo se cumplió y se pagó antes de pasar el año, y se le hicieron honras y sufragios, empeñándose su hermano para ello en partidas de consideración. Fraudelio no le

dijo una misa, como tampoco se la deben las almas de los que tuvo por sus padres.

Entre las muchas virtudes de Bonifacio sólo se le conoció un vicio, mejor se dirá flaqueça de humanidad que no permite mortal sin achaque: era en extremo inclinado a los divertimientos amorosos, continuamente estaba embebido en algún galanteo; acabándose el uno, parecía el siguiente el primero y el mayor, y por reducirse todos, más a lo mental que a lo práctico, imitando en ello mucho las fineças antiguas y fabulosas, con apariencias en que mostraba la nobleça de su alma y la blandura de su natural, le llamaban sus amigos el derretido o el Macías, o todo junto. En Fraudelio (todo diferente o contrario a esta como a las demás inclinaciones de los dos hermanos) jamás se ha conocido amor más que a su dinero; si alguna vez lo ha fingido ha sido, no sólo con falsedad, sino con malicia, teniendo por fin principal hacer el agravio, por accesorio el apetito. Son innumerables sus ruindades en este género; baste, para cifrarlas todas, decir que hoy se corresponde con una mujer de obligaciones, y siendo sólo lo que puede disculpar la flaqueça en la mayor edad confesar el rendimiento y prevenir el recato, dice (permítase la bajeça de sus términos a la propiedad de quien habla por él) que ha de desquitar lo que le cuesta en que lo sepan todos; que la trata sin voluntad, sólo por capricho, reconociendo que es fea, negra, puerca, roma, y

en su casa hace que la remeden sus criados y aquel niño, bien inclinado, levantando las narices como las tiene la pobre dama, de manera que no hay cosa en la Corte más deshonrada y escarnecida. Los halagos y extremos que hace con el sobrinito (o que quier que sea) y el haberle publicado por su heredero, no ha tenido más fundamento que deshonrar al padre, a quien aborrece, sólo porque tiene bondad; de otra manera ya se ve que pudiera dejar su hacienda sin hacerle este tiro, en que también es comprendida la madre, sin haberla valido la inmunidad del sepulcro y en su vida hiço la misma burla y habló de ella con la desestimación que de las demás, afeando públicamente las faltas de su persona y hablando en ellas como pudiera de la ramera más vil. Ultimamente ha puesto los ojos en una señora de buenas prendas y opinión para casarse, y en todas partes publica que no se le da nada de que el padre halle conveniencias para negársela ni se la ha de pedir, sino obligarle a que le ruegue con ella o dejarla infamada con las exterioridades de su galanteo. Con esta decencia trata lo que le toca tan de cerca, no teniendo por propio sino lo que tiene dentro de sí. Excúsanse más abominables exemplos por no causar horror, y sólo se ha dicho lo que ha parecido precisamente necesario para mostrar la diferencia de estas condiciones y esforçar con este indicio los demás, en orden a deshacer la presun-

ción de esta hermandad. El que le pareciere dificultoso de creer este suceso por lo que tiene de inverisímil, mire si creará más fácilmente que haya hombre hijo de padres nobles que se vea muy rico entre muy lucidas alhajas, muy preciosas joyas, innumerable suma de dineros sobrados, y que teniendo en el mismo lugar donde vive un hermano muy necesitado (a quien debe tan grandes buenas obras, que muchas de ellas no pueden decirse), se resuelva a no socorrerle y se acomode a lograr el gusto de la comida, el reposo del sueño, sin que le inquieten las voces de la humanidad ni el hervor de la sangre. Esto solamente es lo imposible, porque es contra naturaleza.

Lo que se ha referido es puntualmente la verdad que basta para que su fuerza por sí se la rompa a las más espesas tinieblas, haciendo que salga la luz, a pesar de la mayor oscuridad, y que se vea con ella lo más oculto. ¡Ojalá!, como queda bien descubierta la falsedad de este parentesco, pudiéramos librar a todo el linaje humano de haber nacido en él, sujeto tan escandaloso. Pero esto toca a la providencia de Dios, que porque los hombres no se desvanezcan cuando oyeren que los crió poco menos que ángeles, permite que se conozcan entre ellos algunos peores que demonios.

Estas relaciones, infelices en el argumento, que no han permitido a la pluma más materia que lástimas y

malicias, cerrarán unos tercetos que andan en manos de muchos y son deseados de más. Defiéndese en ellos la vida de la Corte, con la elegancia y doctrina de las demás obras; escribiólos su autor a un caballero moço, hijo de un señor de Sevilla, que por la estimación de sus papeles solicitó su correspondencia.

Dos veces inclinado, en vuestra ausencia,

Con la cerviz y el ánimo, os ofrezco

Señales de afición y reverencia.

Que disculpéis mi vanidad merezco

Socorriendo en el riesgo a mi osadía,

Si con vuestra elección me desvanezco.

Ya os escribí señor, cómo vivía

Retirado en la Corte, y que gustoso

Estas contradicciones convenía.

Que navegaba el golfo peligroso,

Ni recatado de los bienes varios,

Ni de firmes escollos receloso;

Y que rotos los laços voluntarios

Reinaba ya mi libertad ociosa

Sin victorias a falta de contrarios;

No hay en el viento ni en el agua cosa

Menos estable que el sosiego humano:

Aún padece inquietud cuando reposa.

Un accidente menos que liviano

Redujo mi salud a tal dolencia,  
Que no me cuento en número de sano.  
No basta la razón ni la experiencia  
A prevenir con arte ni cuidado  
Todos los lances de la contingencia.  
Deste accidente y otros obligado  
(Por que mi natural vivía violento),  
Dejo la Corte y déjola forçado.  
Más me fatigo cuanto más me aliento,  
Y crece resistida la tristeza  
Cuando los medios de consuelo intento.  
¡Oh! cuánta confusión, cuánta extrañeza  
Hallará ejecutado mi retiro  
Si tan horrible a figurarse empieza.  
No duermo, ni sosiego, ni respiro,  
Y en el ahogo de fatiga tanta,  
Un suspiro me impide otro suspiro.  
Vuestro juicio pienso que se espanta  
De mi cobarde aliento, y discursivo  
A más que a mi noticia se adelanta,  
Oponiendo a las lástimas que escribo,  
Cuantos ingenios doctos alabaron  
La candidez del siglo primitivo,  
De cuya dulce libertad sacaron  
Las causas verdaderas de alabança  
Que a nuestras soledades trasladaron.

No es lo mismo tibieça que templança,  
Ni la común modestia se condena  
Como la singular desconfiança.  
Cuando la soledad pudo ser buena,  
Ignoróla el despecho, y el delito  
Era costumbre entonces, no era pena,  
Y si ahora en el número infinito  
De opiniones, la miro defendida,  
Ninguna me convence ni la imito;  
Que cuando más la retirada vida  
Tenga raçones para tolerada  
No se las hallo yo para elegida.  
Dura resolución desesperada,  
Labrarse un molde en que vaciar los días  
Sin que se altere de la estampa nada.  
Alimentarse de melancolías,  
¡Siempre con el tormento en un estado,  
Imitar las eternas agonías!  
A todas horas el humor de un lado,  
Reclinados en él los pensamientos,  
Nunca del gusto, siempre del enfado.  
¿Qué bronce sufrirá los cumplimientos  
De una ciudad, las veras, los retiros,  
Las temas, las malicias y los cuentos?  
Pues si salís al campo a divertir os  
Con las amenidades que os ofrece,

Ya vuelven a estorbarse mis suspiros.  
Cuanto en la selva vegetable crece,  
Para ruda lisonja de los ojos,  
Todo sordo se ve, todo enmudece.  
Aquéllos en abril verdes despojos  
Que se muestran teñidos del estío,  
En el invierno pálidos y rojos;  
Cuanto se viste del humor del río,  
En la vuelta de un sol acelerada,  
Lo matiza el calor, lo borra el frío.  
Y una vez advertida o contemplada,  
La novedad malogra los primores  
Y queda la atención desconsolada  
Descifrando a las fuentes los rumores,  
Entendiendo por señas a las plantas,  
Oyendo por alientos a las flores  
Y consultando variedades cuantas,  
Se ven de brutos tardos y veloces.  
¿Qué pueden enseñar rudeças tantas?  
Bramar, rugir, ladrar, son unas voces  
Que contienen agüero en el sonido,  
Y sólo pronunciados son feroces.  
¿Daráse entre las fieras por vencido  
Lo racional, y para introducirse  
La humana voz se volverá bramido?  
¿O será que procure divertirme,

Inventando en su engaño alguna traça  
De perseguirlas y de perseguirse?  
Qué gustoso dijera de la caça  
Cuanto de vicio su virtud encierra  
Si no temiera el freno a la mordaza.  
O nunca fuera imagen de la guerra  
Con que usurpó los imperiales votos  
Y nuestros labios respetivos cierra.  
No menos que en los páramos remotos,  
De nuestras almas las celestes lumbres  
Lucen entre tumultos y alborotos.  
«Si supieras usar de las lugumbres,  
Despreciaras los reyes que veneras»,  
Dijo un sabio, culpando las costumbres  
De otro, que respondió: «Si tú supieras  
Usar bien de los reyes, más modesto,  
sin alimentos rústicos vivieras».  
Lo desabrido más, lo más molesto  
No el sosiego del ánimo asegura,  
Ni consiste del bulto en lo funesto.  
El regalo con orden, la blandura  
Sin exceso, no estorba en los prudentes  
La sencillez de la conciencia pura.  
Si de notar las obras excelentes  
De la primera causa derivadas,  
Dan materia las flores y las fuentes,

Entre plantas más vivas, informadas  
De mejor alma por mayor cuidado,  
Para otro fin sin fenecer criadas,  
¿Motivo no será más dilatado  
Mirar uno de inútil afligido  
Y ver otro afligido de ocupado?  
Ciego de confianza el presumido,  
Turbado el ignorante de recelos,  
Mudo de confusión el desvalido.  
La codicia alterada de desvelos;  
La riqueza, oprimida de cuidados;  
La pobreza, cercada de consuelos;  
El pesar y el contento tan mezclados,  
Que ni en lo temporal son los mortales  
Por castigos ni premios agraviados.  
Envuélvensen los bienes y los males,  
Y a nuestro engaño, ciego en sus errores,  
Falta la luz que los descubre iguales.  
Las dos fortunas son dos escultores  
De la naturaleza, en que trabaja  
Una y otra diversas las labores.  
La buena, en pulimento se aventaja  
Por aumentar el precio artificiosa  
Con el adorno a la materia baja.  
La mala, labra siempre en la preciosa,  
Que castigada del buril severo

Descubre más valor, menos vistosa;  
Y con acuerdo pródigo y entero  
Para la suerte adversa y la propicia  
Se examinan los méritos primero.  
¡Oh! cuán errada acusa la malicia  
(Porque la fiel distribución no alcanza)  
Al peso celestial de la justicia!  
Qué neutral se mostrara la balanza,  
Pesándose el temor con los dichosos  
Y con los infelices la esperanza.  
Y sin estos discursos misteriosos,  
Bastara lo exterior en que se ostentan  
Ejercicios alegres y gustosos,  
Desta gran maravilla en que se aumentan  
O se dilatan tanto los alientos,  
Que se pueden gastar sin que se sientan.  
Donde son tan lucidos los contentos,  
Entra el pesar tan recatado y breve  
Y están tan a la vista los aumentos;  
Donde todo en su círculo se mueve  
Gustoso, alegre, fácil y discreto,  
Apacible, suave, blando y leve.  
Y si contiene algún error secreto,  
Y toda esta hermosura es un engaño,  
Que es engaño dulcísimo os prometo.  
Venid vos a entender el desengaño,

Que le examinaréis con más acierto  
Y sin peligro ni temor del daño.  
Sin esta variedad, todo es desierto,  
Aunque la ilustre población se cuente  
Que os tiene retirado y encubierto.  
Aquí, en lugar a tantos eminente,  
Preceptos formaréis con el ejemplo  
Que la noticia cortesana aumente,  
Y las altas virtudes que contemplo,  
Y antes de la noticia conseguistes,  
De vuestra fama labrarán el templo.  
Otra vez, vos que la licencia distes,  
Dad disculpa también al desvarío  
Que provocastes o que permitistes.  
Que [si] a vuestro caudal del genio mío  
(Que entre tantas fatigas desfallece),  
Los tributos estériles envío,  
El respeto, el amor que los ofrece  
Y de pecho sencillo se deriva,  
En vuestra estimación lugar merece.  
Cuando más coronó la frente altiva  
Alejandro de triunfos vencedores,  
Pisando al orbe la cerviz cautiva,  
De la insigne Corinto embajadores,  
Naturaleça en ella le ofrecieron  
Porque fuese capaz de sus honores.

Y como en el semblante conocieron  
Que de la oferta burla o no repara,  
Con animoso corazón dijeron:  
«Esta demostración con que declara  
Nuestra ciudad el ánimo rendido,  
No te la ofrece grande, sino rara.  
Que gozar vecindad sin ser nacido  
En Corinto, por grande y victorioso,  
A Hércules y a ti sea concedido.»  
Mudó semblante el príncipe ambicioso,  
Y con la emulación hizo concepto  
De este trofeo por el más glorioso.  
Y yo con tanto ejemplo me prometo  
(En la esfera que alcanço) vuestro agrado,  
Advirtiendo también que de mi afecto  
Sólo este obsequio ha visto consagrado,  
La deidad que por ídolo venero  
Y el príncipe que tengo por sagrado.  
Y vos, para que fuédeses primero,  
Ni mi noticia os mereció ni el mundo.  
Sois por el tiempo en número tercero,  
Y por nada, en el ánimo, segundo.

De este linaje eran los versos que se perdieron (como se ha dicho). De la fábula de Anaxarte, en octavas, y de una égloga de sus sucesos en diferentes metros (que

dejó trasladar pocas veces) no he podido haber una copia, aunque lo he procurado. Los amores que se dice tuvo el Rey Don Alonso VIII con una judía, en Toledo, escribió en ochenta estancias con maravillosos afectos, y no permitió que se sacasen del borrador; tal fué la modestia de este ingenio, a quien la fortuna redujo en lo último de su vida a un aposento tan estrecho que apenas cabía en él una cama de cordeles, con tan escasa ropa, que necesitaba echar en ella la capa para defenderse del frío, y con tal necesidad, que dejó de escribir algunas veces por falta de papel, muchas por falta de luz. Lo más opuesto de nuestra sagrada ley al error de la gentileza es prohibir a los mortales la fuga voluntaria de las miserias, no permitirles (digo) que puedan romper por sus manos los laços con que ahogan las desdichas. Por esta resolución bárbara, fué celebrado (entre otros varones grandes) Catón, cuyas encarecidas alabanzas son innumerables en los escritores más insignes de la antigüedad; basten para cifrarlas todas Lucano y Séneca: el primero, justificando la causa de Pompeyo, pondera que estuvieron los dioses por la parte victoriosa, pero por la vencida Catón, contraponiendo su juicio a todos los votos celestiales; el segundo dice, que le achacaron que se tomaba del vino, y que si fué verdad, será más fácil hallar honestidad en la embriaguez, que torpeza en Catón, y en otra parte que se deleitaron los

dioses tanto viendo el valor con que se dió la muerte, que para hacer más durable el gusto con que lo miraban, no consintieron que se matase de un golpe. Este furor frenético, que los étnicos aclamaban glorioso, ensalzaban divino, veneraban con altares, eternizaban con túmulos, condenan los cristianos por desesperado, desahuciando en los que le executan la salvación, infamando la memoria, confiscando la hacienda y prohibiendo el sepulcro. Por la religión de esta doctrina, Suldino, guiado de infalible fe, triunfó de sus calamidades, mostrando con verdadera fortaleza que podía ser miserable y estando siempre superior a sus trabajos hasta la última enfermedad, en que no tuvo para llamar médico ni pagar medicinas. Pasáronse algunos días enteros sin desayunarse, y limitó (para decirlo de una vez) aquel desahogo (que alienta los humanos) de decir que nadie muere de hambre; a tal estrecho pudo llegar un hombre tan conocido, que tan bien había servido al Rey, a la vista de deudos muy obligados, de amigos en que había repartido muchos dineros, de señores que estimaban y solicitaban sus escritos, y, lo que más es, de quien teniéndose por su hermano se hallaba con cien mil escudos ganados al juego. Murió, finalmente, con pobreza, que dificultó su entierro, con desengaño que acreditó su juicio, y con arrepentimiento que aseguró su salvación. Quedó Fraudelio, prosiguiendo sus vicios, en sus felici-

dades, y el mundo esperando, en su fin, el desempeño de la divina justicia.

TABLA DE LOS VERSOS QUE HAY EN ESTE DISCURSO

Amor, para mi inquietud.  
Amamos, Filis, porque anima, al viento.  
Ahora que a los méritos premiados.  
Aquel que pudo, Fabio, aquel que pudo.  
Aunque el amor, ¡oh Lisidia!, podía.  
A viva fuerza la contraria suerte.  
A tu poder, amor, y a tu porfía.  
Adiós, fabuloso dueño.  
Aunque en tu acuerdo, Filis, he vivido.  
Aquel soberbio intento en que se viera.

Bien airosamente empieza.

Como conviene mal, con el profano.  
Culpó en los ojos la elocuencia muda.  
Con laços, Filis, del papel asidos.  
Con esta misma pluma que fulmina.  
Clori mi pensamiento mal logrado.  
Cuantas veces se recata.  
Cuando el toro rebelde a la obediencia!

Después que pudo más suave Orfeo.  
Del pecho vanamente defendido.  
Desta que admiras, rica de tributos.  
Dirás, Filis, que finge o que encarece.  
De tus desdenes, Filis, abrasada.  
De mi muerte la fábula fingida.  
Dichosos son los ojos que merecen.  
De la playa de amor menos serena.  
Dos veces inclinado en vuestra ausencia.

Este dolor oculto trasladado.  
En ésta, que el pincel ha trasladado.  
Este triunfo señora conseguido.  
Esta que te señala de los años.  
Este es el templo, Filis, y este el día.  
En vano, Fabio, los efectos fías.  
Era ciudad augusta, imperial, era.  
Este penar sin deshacer los hielos.  
Este desdén con libres falsedades.

Finjo por divertirme del tormento.  
Filis, indicios de mujer! Previno.  
Filis, ¿no ves la saña del planeta.  
Filis, los puros afectos.  
Filis, de vuestra belleza.

Físico Apolo, del dolor te mueve.

Filis amor venció, que ni pudiera.

Hasta cuándo ha de sacar.

Hoy con tu arbitrio, Filis soberana.

¡Hoy también niegas a las ansias mías.

La suerte ciega no, pródigo el hado.

Las rotas alas, que batió siniestra.

La mal formada máquina deshace.

Lesbia tu trato infiel y tu hermosura.

Lesbia, yo te aborrezco arrepentido.

Llego de las tinieblas reducido.

Malogras todo el rigor.

Milagrosa prisión de mi albedrío.

Mientras desierta la silvestre avena.

Mírate retratada de la ira.

Mucho tormento es ya para sufrido.

Niéguenme a vuestras luces celestiales.

¡Otras armas, señor, otro elemento.

Oye, Filis, que muero, oye que muero.

Once veces borrados del estío.

O! rompa ya el silencio el dolor mío.

Prueba el sueño a fingir vuestra hermosura.  
Para que el corazón más obstinado.  
Próvida Juno, que astros encontrados.  
Patente, Hernando, la celeste esfera.

Quédate Lesbia a dispensar barato.  
¡Qué confusión es esta en que me anego.

Rompa en hora feliz la voz amante.

Salid, crecidos áspides, que entrastes.  
Si al demasiado osar, el ardimiento.  
Si los cabellos que, al funesto duelo.  
Si ausente (discretísima María).  
Si de mi pluma el demasiado aliento.  
Si ya tus sienes oprimió divinas.

Teme, Licio, al placer, teme si tienes.

Voz de oráculo fué que se entregara.

Ya tu belleza Cloris en mi pecho?  
Ya fuí, loco de amor, en su cadena.

En el mundo a los que se llaman  
Por que el mundo es un teatro  
Fórmula feroz, que es una  
Fórmula, feroz, que es una

Quedate feroz, que es una  
Fórmula feroz, que es una  
Fórmula feroz, que es una

Como en una vida de voz  
Como en una vida de voz

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

Si el mundo es un teatro  
Si el mundo es un teatro

# ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Portada.....	III
PRÓLOGO.. .. .	V
AL QUE LEYERE.....	1
Encarece poéticamente la hermosura de una dama en disculpa de mi amor.....	23
A una dama que se ofendía de que la mirase con atención.....	24
Encarece su amor con ocasión de un eclipse.....	25
Volviendo a ver una dama después de una ausencia.	25
Volviendo unos papeles que se le pidieron para ase- gurar el recato.....	26
Consuelo engañoso a la ausencia.....	27
A las lágrimas de una ausencia .....	27
A una dama que le dijo que no la mirase, porque se notaba.....	28
A la misma, quejándose del poco tiempo en que podía contemplarla . .....	29
Quéjase de condición desdeñosa y cruel.....	29
En ocasión de haberle faltado dos días recado de una dama.....	30
A la memoria amorosa de su dama, en una ausencia.	31
Anima la confianza de una hermosura con el exem- plo de una rosa.....	31

A la biçarría del pensamiento.....	32
Discúlpase, con la fineça, de no haberse muerto de amor.....	33
A unos pensamientos, que se acusaron de poco secretos y sin excusarlos desto, se disculpan.....	33
Ofreciendo los planetas sus propiedades a la perfección de una dama.....	36
Con ocasión de la enfermedad del marqués.....	46
A un retrato del mismo.....	46
A un amigo que, teniendo vencida la voluntad, excusaba cobardemente la execución.....	47
A una dama que, no siendo muy escrupulosa, dijo que dejaba de quererle, sólo por no pecar.....	48
En ocasión de haberse cortado los cabellos una dama.....	48
A las cenizas de un amante, puestas en un reloj de arena.....	49
Hace memoria del día y de la parte en que tuvo principio su amor.....	50
A unos ojos negros.....	50
A un amigo que, por desengaño, tenía una calavera en su aposento.....	51
A un astrólogo, ciego de su nacimiento.....	52
Encarece su firmeça en una ausencia.....	52
A un amigo, que le escribió persuadiéndole que no dejase de hacer versos, pues tenía tanta ocasión en la dama que servía y en el señor a quien celebrara.....	72
A una dama muy entendida y de muy buena voz....	78
Discúlpase, con la pureça de su amor, de que no le vença la edad.....	84
Pondera la fuerça de su amor cuando más pudiera desengañarse.....	85
Consideración [sic] por buena suerte la insuficiencia para no alabar la hermosura de su dama, con que se ocasionara más celos.....	86
Disculpa las pocas demostraciones de su amor.....	86

Describe el tiempo de su amor y pondera la firmeza.	87
A una esperanza perdida.....	88
A una dama que quemó sus papeles en día que nevaba mucho .....	88
Encarece la pureza de su amor y satisface a las dudas que se ofrecen en ella.....	89
Quéjase del rigor de una dama, y pide al amor que le favorezca.....	92
En ocasión de haber corrido voz de que era muerto.	95
Despidiéndose del embaraço de un cuidado inútil..	96
A un amigo que se quejaba de que crecía su pena con la vista de su dama.....	98
Respondiendo a una señora que le dió cuenta de que hacía jornada a Sevilla por haber tenido muy malos sucesos en el lugar en que vivía y le pidió que la dijese cómo le iba en la Corte.....	101
En las esperanzas del nacimiento del príncipe serenísimo de Asturias, pareciendo que se dilataba por haberse errado en la cuenta, algunos días, el preñado de la reina nuestra señora.....	108
[A la muerte del rey de Suecia].....	109
Soneto del serenísimo infante don Carlos.....	109
En aplauso del soneto de atrás.....	110
A una inundación que hizo gran estrago en la ciudad de Valladolid.....	111
A un incendio que sucesivamente hubo en el Monasterio de Santa Cruz, de la misma ciudad.....	111
Con ocasión de haber unos judíos açotado a una imagen de Cristo crucificado, con las espinas de un rosal. Escribióse en un certamen.....	112
Pondera el peligro de la gran felicidad.....	113
En ocasión de haberle recetado unas medicinas estando enfermo.....	113
Hallándose en el mar un galán con dos damas, estaba enamorado de la una y la otra lo estaba de él, fué forçoso que arrojase en el agua la una y echó a la que le quería, quedándose con la que amaba.	114

En ocasión que el rey mató en una fiesta a un toro que había muerto a un león.....	115
En ocasión de hallarse con ciertos achaques una señora que se preciaba de poco cariñosa con su marido.....	116
Prometiendo seguridad en la asistencia de su patria, desengañado de peregrinar sin fruto.....	116
Encarece la fuerza de su pasión con afectos amorosos.....	117
A una dama que le dejó quejosa de un agravio que se le achacó sin culpa.....	121
Respondiendo a un papel.....	123
Quéjase de una dama en quien se malograba la fineza de su amor.....	133
Encarece la ceguedad de su pasión.....	134
Quéjase de afectos celosos, y pondera el haberse enamorado con el trato.....	134
Propone librarse de la sujeción, despechado de los celos.....	135
Dice los efectos de la hermosura y el trato de una dama.....	136
Efectos de los celos.....	136
Reconoce alivio en su pasión, con alguna luz del desengaño.....	137
A la mudanza de la fortuna de su amor.....	138
Su amor, más reconocido y menos atento a la fineza, se halla desobligado, y sólo dura en la parte inferior.....	138
A su desengaño.....	139
Al reconocimiento de su error.....	140
Deseando librarse del odio en que se había trocado el amor.....	140
Despídese arrepentido de la ceguedad de su pasión, y ofrece firmeza a su primer cuidado.....	141
A Lesbía, ramera, cortesana. Epístola familiar, su retrato incluso.....	142
Tabla de los versos que hay en este discurso.....	194

Índice.....	199
Colofón.....	204

**SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES:**

Junta de gobierno.....	205
Socios protectores.....	206
Lista general de Socios. ....	206
Obras publicadas por la Sociedad.....	217



FUERON IMPRESAS LAS MEMORIAS FAMILIARES Y LITERARIAS  
DEL POETA D. LUIS DE ULLOA Y PEREIRA, SEGUNDO  
VOLUMEN DE LA SEGUNDA ÉPOCA DE LA SOCIEDAD  
DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES, A COSTA DE LA  
MISMA, EN LA VILLA Y CÔRTE DE MADRID,  
EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA DE DOÑA  
RAMONA VELASCO, VIUDA DE PÉREZ,  
SIENDO REGENTE D. FEDERICO  
SANTANDREU, Y SE ACABÓ SU  
IMPRESIÓN EL DÍA XII DE  
DICIEMBRE DEL AÑO  
DE MCMXXV  
LAUS DEO



# SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

## JUNTA DE GOBIERNO

PRESIDENTE DE HONOR.	Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner, Director de la Real Academia Española.
PRESIDENTE EFECTIVO...	Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba, de las Reales Academias Española, de la Historia y Bellas Artes.
VICEPRESIDENTE.....	Excmo. Sr. Conde de la Viñaza, de las Reales Academias Española y de la Historia.
SECRETARIO.....	Sr. D. Agustín G. de Amezúa y Mayo.
TESORERO.....	D. Ignacio Bauer y Landauer, Correspondiente de la Real Academia de la Historia.
	Excmo. Sr. Marqués de Laurencín, Director de la Real Academia de la Historia.
	Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori, de la Real Academia Española.
	Excmo. Sr. Conde de Cedillo, de la Real Academia de la Historia.
	Sr. D. Manuel Serrano y Sanz, Catedrático de la Universidad de Zaragoza.
	Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, de las Reales Academias Española, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas.
VOCALES.....	Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, de la Real Academia de la Historia.
	Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes, de la Real Academia de la Historia.
	Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, Director de la Biblioteca Nacional, de las Reales Academias Española y de la Historia.
	Excmo. Sr. Conde de la Mortera, de las Reales Academias Española y de la Historia.

# SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

## SOCIOS PROTECTORES

*Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.*

*Excmo. Sr. Conde de la Mortera.*

*Excmo. Sr. Conde de Castilleja de Guzmán.*

*Sr. D. Carlos de la Huerta.*

*Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer.*

*Sr. D. Domingo de las Bárcenas.*

*Mr. R. Foulché-Delbosc.*

*Sr. D. Francisco de P. Ureña.*

*Sr. D. Germán Valentín Gamazo.*

*† Sr. D. Francisco Díez Barroso.*

*Sr. D. Agustín G. de Amezúa.*

*Excmo. Sr. D. Valentín Ruiz Senén.*

## LISTA GENERAL DE SOCIOS

1. **S. M. el Rey Don Alfonso XIII.**
2. † Sr. D. Jacinto Octavio Picón.—Madrid.
3. Sr. D. Eugenio Mafféi.—Madrid.
4. Biblioteca Nacional.
5. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.—Madrid.
6. Sr. D. Rafael Vidart y Vargas Machuca.—Madrid.
7. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.—Madrid.
8. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.—Madrid.
9. Sr. D. Luis de Escalante.—Santander.
10. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.—Madrid.
11. Ateneo de Madrid.

12. Biblioteca del Senado.
13. Excmo. Sr. D. Pablo de Garnica.—Madrid.
14. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.—Madrid.
15. Real Academia Española.—Madrid.
16. Sr. D. Emilio Ruiz de Cañabate.—Madrid.
17. Sr. D. Enrique Bailly-Bailliére.—Madrid.
18. Real Academia de la Historia.—Madrid.
19. Excmo. Sr. Marqués de Villasinda.—Madrid.
20. Sr. D. Juan de Dios Esquer.—Madrid.
21. † Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.—Madrid.
22. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.—Madrid.
23. Sr. D. Joaquín de Montaner.—Barcelona.
24. Sr. D. Monserrat Batlle.—Barcelona.
25. Biblioteca Arús.—Barcelona.
26. Sr. D. Carlos de Uhagón y Arispe.—San Sebastián.
27. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—  
Madrid.
28. Sr. D. Eduardo Corredor.—Madrid.
29. Sr. D. Fernando Fé.—Madrid.
30. Excmo. Sr. Conde de Toreno.—Madrid.
31. Biblioteca Imperial de Strasburgo.
32. Biblioteca del Congreso de los Diputados.
33. Excmo. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.—  
Madrid.
34. Excmo. Sr. D. Nazario Calonje.—Madrid.
35. Sr. D. Luis Tusquets.—Madrid.
36. Biblioteca de la Universidad de Barcelona.—Barcelona.
37. Excmo. Sr. Conde de Sallent.—Madrid.
38. Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes.—Madrid.
39. Sr. D. J. C. Cebrián.—Madrid.
40. Excmo. Sr. Marqués de Laurencín.—Madrid.
41. Sra. D.<sup>a</sup> Blanca de los Ríos.—Madrid.
42. Excmo. Sr. Conde de Cedillo.—Madrid.
43. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa.—Sevilla.
44. Excmo. Sr. Marqués de Grigny.—Madrid.
45. Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.—Madrid.
46. Excmo. Sr. Marqués de Valderrazo.—Madrid.
47. Excmo. Sr. Marqués de Santillana.—Madrid.
48. † Excmo. Sr. Marqués de Comillas.—Madrid.

49. Sr. D. Enrique de Arrillaga.—Madrid.
50. Excmo. Sr. Conde de la Viñaza.—Madrid.
51. Excmo. Sr. D. Anselmo Rodríguez de Rivas.—Sevilla.
52. Sr. D. José María de Urquijo.—Bilbao.
53. Excmo. Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori.—Madrid.
54. Sr. D. Manuel Serrano y Sanz.—Zaragoza.
55. Gran Peña.—Madrid.
56. Sr. D. Adrián Romo.—Madrid.
57. Sr. D. Fernando Astier Balboa.—Madrid.
58. Excmo. Sr. D. Alonso Coello.—Madrid.
59. Sr. D. Antonio Rubiños.—Madrid.
60. † Sr. D. Victoriano Suárez.—Madrid.
61. Biblioteca Universitaria de Sevilla.—Sevilla.
62. Sr. D. Eloy García de Quevedo y Concellón.—  
Burgos.
63. Sr. D. Gabriel Molina.—Madrid.
64. Excmo. Sr. Conde de Polentinos.—Madrid.
65. Sr. D. Martinus Nijhoff.—La Haya.
66. Sr. D. Gabino Páez Melero.—Madrid.
67. Sres. Ruiz Hermanos.—Madrid.
68. University Library de Cambridge.
69. Sr. D. Antonio Martínez Gayo.—Madrid.
70. Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín.—Madrid.
71. Instituto de Valencia de Don Juan.—Madrid.
72. Sr. D. Pablo Font de Rubinat.—Reus.
73. Excma. Sra. Marquesa viuda de Aranda.—Madrid.
74. Sr. D. Luis Santos.—Madrid.
75. Sr. D. José María Moreno y Giménez de Borja.—  
Madrid.
76. Sr. D. Alejandro Lerroux.—Madrid.
77. Sr. D. Gonzalo de la Torre de Trasierra.—Madrid.
78. Sr. D. Eugenio García Rico.—Madrid.
79. Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.—Madrid.
80. Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín.—Madrid.
81. Biblioteca Municipal de Santander.
82. Excmo. Sr. Marqués de Valencina.—Sevilla.
83. Excmo. Sr. Marqués de S. José de Serra.—Sevilla.
84. Ateneo Barcelonés.—Barcelona.
85. Sr. D. Juan Batlle —Barcelona.

86. Sr. D. Juan Roldán y Ocariz.—Madrid.
87. Sr. D. Juan Givanel Mas.—Barcelona.
88. Sr. D. Agustín G. de Amezúa y Mayo.—Madrid.
89. Sr. D. Ramón Domingo Viñas.—Barcelona.
90. Excmo. Sr. Marqués de Toca.—Madrid.
91. Excmo. Sr. Marqués de la Puebla de Rocamora.—  
Madrid.
92. Sr. D. José Parajón.—Madrid.
93. Sr. D. Valentín Martínez y Pérez.—Barcelona.
94. Sr. D. Angel Sabata Lara.—Barcelona.
95. Sociedad Bilbaína.—Bilbao.
96. Sr. D. José Díaz Agero.—Madrid.
97. Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de  
Zaragoza.
98. Biblioteca Universitaria de Zaragoza.
99. Sr. D. José Ramos y Loscertales.—Zaragoza
100. Biblioteca Municipal.—Madrid.
101. Sr. D. Antonio Graiño.—Madrid.
102. Sr. D. Melchor García.—Madrid.
103. Excmo. Sr. D. Mariano Núñez Samper.—Madrid.
104. Sr. D. Leopoldo Martínez Ochagavía.—Madrid.
105. Sr. D. Gustavo Gili.—Barcelona.
106. Archivo Biblioteca del Consejo de las Órdenes.—  
Madrid.
107. Sr. D. Lamberto Mata.—Barcelona.
108. Sr. D. Fernando de Villabaso.—Bilbao.
109. Sr. D. José Lázaro.—Madrid.
110. Excmo. Sr. Marqués de Piedras Albas.—Madrid.
111. Sr. D. Vicente Castañeda.—Madrid.
112. Sr. D. Angel Uriarte.—Madrid.
113. Sr. D. Victoriano Suárez Graiño.—Madrid.
114. Sr. D. Antonio Trelles.—Madrid.
115. Sr. D. José Trelles.—Madrid.
116. Excmo. Sr. D. Antonio Maura.—Madrid.
117. Excmo. Sr. Conde de la Mortera.—Madrid.
118. Sr. D. Pedro M. de Artñano.—Madrid.
119. † Sr. D. Juan Rosel.—Madrid.
120. Excmo. Sr. Duque de Almazán.—Madrid.
121. Excmo. Sr. Marqués de Velada.—Madrid.

122. Sr. D. Luis de Errazu.—Madrid.
123. Excmo. Sr. Duque de Dúrcal.—Madrid.
124. Excmo. Sr. Marqués de Rafal.—Madrid.
125. Excmo. Sr. Marqués de Viana.—Madrid.
126. Excmo. Sr. Duque de Aliaga.—Madrid.
127. Excmo. Sr. Marqués de Pons.—Madrid.
128. Excmo. Sr. Marqués de Argüeso.—Madrid.
129. Excmo. Sr. Duque de Medinaceli.—Madrid.
130. Excmo. Sr. Duque del Arco.—Madrid.
131. Excmo. Sr. D. Alfonso Merry del Val.—Londres.
132. Excmo. Sr. D. José Quiñones de León.—Madrid.
133. Sr. D. Carlos de la Huerta.—Madrid.
134. Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer.—Madrid.
135. Excmo. Sr. Conde de Llobregat.—Madrid.
136. Excmo. Sr. Conde de la Cimera.—Madrid.
137. † Excmo. Sr. D. Jerónimo Bécker.—Madrid.
138. Excmo. Sr. D. Adolfo Herrera.—Madrid.
139. Sr. D. Julio Puyol y Alonso.—Madrid.
140. † Sr. D. Mariano Gaspar y Remiro.—Madrid.
141. Sr. D. Antonio Ballester y Beretta.—Madrid.
142. Biblioteca del Museo Laboratorio Jurídico de la Universidad Central.—Madrid.
143. Excmo. Sr. Marqués del Saltillo.—Sevilla.
144. Excmo. Sr. Marqués de Seoane.—Madrid.
145. Excmo. Sr. D. Rafael Altamira y Crevea.—Madrid.
146. Sr. D. Miguel de Asúa.—Madrid.
147. Excmo. Sr. D. Carlos Cañal.—Sevilla.
148. Excmo. Sr. D. Miguel Sánchez Dalp.—Sevilla.
149. Excmo. Sr. Marqués de Arriluce de Ibarra.—Madrid.
150. Excmo. Sr. Barón de San Petrillo.—Valencia.
151. Excmo. Sr. Conde de Gamazo.—Madrid.
152. † Excmo. Sr. Conde de Casa Real.—Pamplona.
153. Excmo. Sr. Marqués de Selva Alegre.—Madrid.
154. † Sr. D. Luis Lletget.—Madrid.
155. Sr. D. Gabriel M. del Río y Rico.—Madrid.
156. Sr. D. Germán Valentín Gamazo.—Madrid.
157. Sr. D. Narciso Alonso Cortés.—Valladolid.
158. Sr. D. Germán de la Mora.—Madrid.
159. Sr. D. Tomás Marina.—Madrid.